

Katerine Leal



*Nada
es Eterno*

Salvo que tu lo quieras...

Nada es Eterno



Katerine Leal

NADA ES ETERNO

© Katerine Isabel Leal

Primera edición: mayo 2019

Edición y corrección: Katerine Leal y Carolina Vivas

Diseño de portada: Carolina Vivas

ISBN:

kaylupilu@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

A ti Dios, por permitirme expresar a través de letras lo que mi corazón no puede.

A mi hija Victoria, por ser el mayor pilar de fortaleza en mi vida.

A mi hijo Luis Carlos, por ser mi eterno príncipe.

A cada persona que me lee y cree en lo que hago.

A ti Iveth, por estar allí cuando más lo necesité.

Y a ti Mónica, por siempre regalarme una sonrisa y también regaños justo en los momentos precisos.

Katerine Leal

Índice

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Sobre la autora](#)

"El perdón cae como lluvia suave desde el cielo a la tierra.
Es dos veces bendito; bendito al que lo da y bendito al que
lo recibe"

William Shakespeare.



Prefacio

Nunca hubiera imaginado que luego de ocho largos años aún recordaría a la perfección cada uno de sus rasgos cincelados: ojos negros, labios carnosos y mandíbula gruesa. Era un chico hermoso sin duda alguna. La primera vez que lo vi, yo contaba con dieciséis años, enamorada del último grupo pop del momento, dos hermanos que me cuidaban más que a un importante político y dos amigas más locas que una cabra. Era una chica tímida, pésima en matemáticas y que le daba pelea a la balanza rosa del piso de mi baño, esa que cada vez que la trepaba se burlaba en mi cara porque ya vaticinaba la muy astuta que esos *diez* kilos de más me harían soltar rugidos de frustración; pese a que estaba desprovista de ropa la condenada balanza no mostraba un gramo menos, tenía la estúpida idea de que eso ayudaría a no sumar más peso en contra. Pero no, allí estaban los benditos kilos siempre así comiera lechuga, ellos no se iban y yo comenzaba a resignarme, tenía que aprender a convivir con ellos.

Pese a todo era feliz, nada perturbaba mi mundo, mi burbuja, mi felicidad, mi vida.

Solo una persona fue capaz de destruir todo eso.

Quien menos crees, es ese, el culpable.



Capítulo 1

SUICIDIO

Me he sumergido por unos instantes en mi doloroso pasado. Sí, ya sé que lo pasado pisado, pero justo hace unos minutos a mí buzón de correo llegó un *e-mail* con una dirección no conocida, en el cual se leía:

Asunto: ¿Eres tú mi dulce amor?

Mi corazón se paralizó por un brevísimo instante.

«¿Quién carajos bromeaba con esto?»

Comencé a temblar, notando mis manos sudar y se tornarse frías, me levanté de un brinco del sofá y por poco mi laptop cae al piso, fui rápida y evité que ocurriera.

«¿Qué hago?» pensé ya presa de unos malditos nervios que desde hace rato había dejado de sentir en mi vida.

No pude abrir el correo, no sola, eso hubiera sido suicidio. Pensé en una de mis mejores amigas —Mónica— ella es más calmada y no da consejos a la ligera, todo lo contrario a Iveth que tiene un carácter más volátil. Con manos aún temblorosas marqué el número del celular de Mónica, respondió al segundo timbrazo.

—Hola, nena, ¿qué cuentas? —*No respondo de inmediato porque la voz no me sale. Mónica resopla, no necesita ser adivina para saber que algo sucede. Y lógico, ese algo tiene nombre y apellido. Ella activa su sexto sentido—, Isabella, cálmate, tú tienes siempre el control, tus debilidades le conceden poder a tus enemigos, no olvides eso. Ahora dime, ¿qué sucede?*

Aprieto los ojos con fuerza buscando tranquilizarme, esto no puede estar sucediendo, respiro hondo y le respondo a mi buena amiga.

—Acabo de recibir un e-mail y... —*Y allí está el maldito nudo en la garganta, la confusión y mezcla de algo más batallan en mi cerebro. Por lo general no suelo decir tantas palabrotas, pero cuando soy presa de los nervios ellas salen solitas sin pedir permiso. Me fuerzo a seguir con mi respuesta—, en el asunto dice «dulce amor.»*

—*¡Oh, Dios querido! —balbucea mi buena amiga—, Isa... eh... ¿estás segura?, ¿lo leíste ya?*

—*¿Por qué crees que te estoy llamando? Mónica, no lo puedo leer, necesito... —Ella no me deja terminar la frase.*

—Ya estoy saliendo para allá.

Media hora después, las dos nos encontramos sentadas frente a la laptop en la mesa del comedor. Pasan minutos, segundos, no sé realmente cuánto tiempo ocurre, hasta que Mónica asiente y gira el rostro hacia mí para infundirme valor, respiro profundo y procedemos a abrir el correo.

Asunto: ¿Eres tú mi dulce amor?

Hola, tú:

Debes ser la persona número 200 o algo parecido a la que le he escrito y no bromeo en esto. ¿Por qué? Bueno, realmente es algo difícil de explicar en un correo, solo a mi favor debo decir que busco a alguien que casualmente lleva tu nombre y apellido, necesito con urgencia hablar con ella, es un asunto de vida o muerte. Si no me crees un loco desequilibrado te veo en la dirección que anexo abajo.

Atte.: Alejandro Castillo.

Unas incontenibles lágrimas resbalan de mis ojos y pongo ambas manos en mi boca para ahogar el llanto que comienza a subir por mi garganta. A mi lado, Mónica está tensa, suelta un suspiro y me habla en un susurro pausado y con precaución.

—*¿Cómo es posible esto? él... murió hace diez años y era el único que te llamaba de esa manera.*

Me encuentro abrumada, no comprendo nada en lo absoluto, existe gente perversa que le gusta jugar con el estado mental de las demás personas, pero no caeré en ese juego de nuevo y claro que me presentaré en esa dirección. Rezo y mucho, porque si realmente es Alejandro a quien veré, que Dios me de valor para estar de pie frente a él, porque él fue, es y será el amor de mi vida.

Mi amiga me observa fijamente, ella sabe que no me permitieron asistir a su funeral, tampoco supe en cuál cementerio fue enterrado su cuerpo. Todo con él se desvaneció desde aquel fatídico día, aún sigo lamentando el hecho de

haber aceptado ir a ese viaje, si tan solo me hubiese negado, él estaría aquí a mi lado, vivo; de eso me encuentro absolutamente segura. Por eso, al recibir este correo necesito corroborar que es una broma o algo parecido, de otra manera no entenderé como él pudo desaparecer por diez malditos años.

—Piensa ir, ¿cierto? —pregunta Mónica temerosa.

—Sí, por mi paz mental debo ir, Moni. Aquí... —Poso una de mis manos en mi pecho—, él siempre ha estado vivo. —Mi amiga me limpia las lágrimas que caen sin cesar, me arrastra hasta ella y me envuelve en un abrazo protector.

Mónica estuvo largo rato conmigo, luego se marchó cuando me calmé. Más tranquila y con mente fría le respondí el correo al extraño, aclarando que aceptaba verlo, pero no donde exige él, sino en un sitio que yo escogería; lugar en el que Mónica e Iveth —luego que le cuente a esta última lo acontecido lo más probable es que me mate por no avisarle de inmediato— se encontrarán cerca en caso de que realmente resulte un loco trastornado. Me rio internamente, así era él, Alejandro siempre estaba de buen humor divertido y alocado.

Recostada sobre mi cama y solo con la luz de mi lámpara de noche iluminando la habitación, miro el cielo estrellado, pincelado a través de los grandes ventanales de cristal, las cortinas color verde agua están corridas. Vivo en un apartamento en el piso quince —muy alto para mi gusto— pues me aterran las alturas, tanto, que cada vez que debo viajar en avión por mi trabajo debo tomar algún calmante o en serio no puedo realizar el viaje; continúo concentrada en el cielo que de igual manera se contrasta con las puntas de los edificios. Pienso en él y mi mente viaja al pasado, a ocho años atrás, a mi etapa de adolescente.

Ocho años atrás.

—¿Podrías bajar el volumen de la música cariño? —objetó mamá con media sonrisa de súplica, yo estaba sudando a chorros con escoba en mano, delantal y guantes, limpiando a profundidad nuestra casa porque la sala estaba hecha un caos, parecía la tercera guerra mundial. Bueno, no tanto, esto lo hacía una vez por semana y ese día debía tener música y a todo volumen para llenarme de energía.

—¡Yo creo que Isa está sorda, mamá! —gritó bien fuerte mi hermano

mayor, César, sobre la canción que estaba sonando de los *Backstreet Boys*, *As long as you love me*. Suspiro, los amo realmente, Nick era oficialmente mi novio platónico aunque Iveth dijera: «*ya estoy casada con él.*»

«Ja, ni en tus sueños querida amiga.»

Mamá lanzó de nuevo una súplica antes que los vecinos se quejaran. Ni modo, eran todos una cuerda de aburridos. Caminé hacia el aparato de sonido haciendo los pasos de baile de mis adorados *BsB*, César rodó los ojos, pero soltó la carcajada. Sí, no tenía remedio, era una fan más llena de amor por ellos.

Era jueves y se suponía que debíamos hacer las compras en el supermercado. La nevera lucía como una plaza, según mi adorada madre: «*agua y luz.*» Nuestra casa estaba reluciente como una tacita de plata y yo lista para acompañar a mamá al *súper*, decidí esperar por ella en las pequeñas escaleras de la entrada principal, bajé los tres escalones y me senté con mis audífonos pegados a mis oídos. Seguí escuchando a mis adorados *Backstreet*, me encantaba la música, era mi pasión sumada a escribir y leer. Tarareé la canción que resonaba dentro de mis oídos y alcé la vista al cielo, al paisaje, a la calle y me percaté de algo; la casa diagonal que estaba desocupada hacía un mes ahora se encontraba ocupada. Un gran camión de mudanzas estaba aparcado enfrente, había mucha gente y actividad, hombres salían y entraban de ella cargando todo tipo de muebles, mesas, camas y todo lo que se suponía había en una casa. Una señora no mayor y muy emperifollada salió de la casa con aire de superioridad, ceñuda y dando órdenes cual primera dama de la república. La observé detalladamente, desentonaba con nuestra zona, no era que vivíamos en un barrio pobre —más bien era clase media— mi padre ganaba lo suficiente para mantenernos a los cinco, éramos felices con nuestra casa, un auto, un perro trastornado y un gato que se creía de la aristocracia; pensé que nuestro felino se llevaría de maravillas con la nueva vecina.

Mientras la doña —apodo que me di el gusto de darle— daba órdenes a diestra y siniestra, de la puerta principal se asomó un chico: alto, delgado, pero con brazos musculosos y cabello negro. Llegó hasta ella y le dijo algo, la doña asintió con cara amargada, parecía que en cualquier momento de sus orejas saldría humo, eso me causó gracia y como si él me hubiese escuchado me lanzó una mirada y me contempló divertido. Mientras él me observaba fijamente, yo bajé el rostro, no pude mantenerle la mirada porque me hizo sentir incomoda logrando que mi cara se tornara caliente.

—¿Lista, Isa? —Mamá me habló, pero yo estaba en *Hello Kitty* —inventos de Mónica cuando nos perdíamos en nuestros propios pensamientos— mi madre insistió y tocó mi hombro, en ese instante me sentí valiente y levanté la mirada. Y claro, él aún me escudriñaba con media sonrisa, valiente, levanté una ceja amenazadora y él se cruzó de brazos como si me retara—, ¿podemos irnos ya, cariño?, ¿sucede algo? —Esas dos preguntas me pusieron alerta y me puse de pie rápidamente «decreto número uno: no mirar más a los nuevos vecinos.»—, ¡Qué bien, nuevos vecinos! —canturreó mamá.

«Lindo el vecinito, su mamá es una amargada.» Pensé. Nos subimos al auto de papá y seguimos a nuestra salida del día.

El supermercado estaba tranquilo y con poca gente, recorrimos cada pasillo eligiendo los productos que mamá siempre llevaba, los cuales iban anotados en las respectivas listas de cada miembro de la familia.

Papá: crema de afeitar, hojillas para lo mismo, champú anti caspa, —sí, de su cabeza se desprendían copos de nieve muy resaltados— y una docena de cervezas para el fin de semana.

Gabriel: papas fritas, galletas de chispas de chocolates, cereales azucarados, gaseosas de uva —sus preferidos— y helado de tres sabores, vainilla, chocolate y fresa.

César: todo lo que era comida chatarra tipo snack y el envase más grande de gel para el cabello, el mundo se detendría si su cabello no estaba en puntas muy afiladas, a mí me hacía gracia porque parecía un puerco espín.

Yo: todas las lechugas del supermercado, frutas, gelatina light y un té chino que sabía asqueroso, pero según el comercial te hacía botar quince kilos en un mes. Esa sería la octava vez que lo compraba para eliminar unos kilos que me mantenían loca, mamá siempre me decía que yo era la conejilla de indias de esos productos para perder peso, ella no apoyaba que ingiriera cuanta cosa salía en la televisión, pero igual terminaba cediendo. La adoraba, era y es la mejor madre de la galaxia entera, se los juro.

Mi madre ignoró de la lista de Gabriel y César ciertos encargos, según ella eran muchos productos innecesarios y mucha porquería para el cuerpo, no obstante de última hora tomó un pote de helado y las galletas de chispas de chocolate, aunque ella lo negara la había visto comerse algunas galletas mientras estaba cocinando y creía que nadie la veía.

Miró ceñuda mi lista y tamborileó su mejilla con un dedo, eso lo hacía cuando algo la incomodaba. Y sí, allí era cuando venía el regaño.

3, 2, 1...

—Isabella, ¿cuántas veces debo repetirte que no estás gorda, cariño?
—Eso, señoras y señores, era amor ciego de una madre.

Les explico, mi estatura 1 metro 65 centímetros y pesaba 75, se suponía que debía pesar 65 kilos o ¿60? , así que repliqué a las palabras de mamá ¡Porque sí estaba y me sentía gorda! la observé con ojos suplicantes, no quería que mi lista fuera lanzada a la papelera.

—Mamá, por favor... digamos que no estoy gorda. —Traté de seguirle la corriente, esa táctica nunca fallaba—, pero si sigo comiendo cualquier cosa pronto rodaré por las calles de la ciudad, todo sea por mi salud. Anda, no seas así. —Me acurruqué a ella con cariño y ella soltó un suspiro ahogado.

«¡Sí!»

—Eres una tramposa, abusas de lo mucho que te amo, Isabella —resopló divertida—, pero señorita ¡No quiero verte comer solo lechugas, por caridad! un día de estos te vas a desmayar, eso no es comer sanamente y que yo sepa no eres un conejo.

Su comentario me hizo mucha gracia, papá últimamente me llamaba «coneja.» Para serles sincera, ya odiaba la lechuga, las comía para derrotar mis kilitos, pero las había comido en cantidades industriales así que ya no las toleraba.

Terminamos nuestra compra y mamá decidió hacer una parada en *Mc Donalds*. Ay, Dios mío, ella adoraba esos helados y yo... pues también, pero solo me permitía comerlos los fines de semana. Mamá decidió comprar por el Auto Mac, pidió dos *Macflurry* de *oreo* y yo me encogí en mi puesto «*muchas calorías, muchas calorías, noooo.*»

Si lo rechazaba se iba a molestar, como toda madre ella siempre me veía hermosa, cual princesa de cuentos de hadas, aunque debía reconocer que no era fea porque muchos me lo decían, incluso había un chico en mi secundaria que ya parecía acosador de tanto que me perseguía. Estaba lindo, pero no me atraía y eso era todo. Había otro que sí me llamaba la atención, pero nada, no sentía el "clic". Mis amigas un día sugirieron hacerme un test porque no podía ser que ningún chico pudiera impactarme, Iveth tenía la loca idea de que no se justificaba el que no me gustasen los chicos, creía que entonces eran las chicas las que podían atraerme, solo estallé en carcajadas y por venganza le empecé hacer ojitos y a darle besitos en la mejilla, Iveth casi me degolló, estaba colorada de los pies a la cabeza y todos nuestros compañeros que desfilaban

por el patio de la secundaria nos daban silbidos sin compasión; fue un día épico para mí.

Mamá me colocó frente a la cara el succulento helado y yo me resigné no sin antes hacer la señal de la cruz. No estaba mal, pero en serio, este helado para mí era pecado.

En la radio el locutor anunció la canción *I want it that way* de los *Backstreet* y yo le di full volumen y comencé a cantar a todo pulmón, mamá me acompañó porque se sabía las canciones de tanto oírme cantarlas. Y fue en ese momento que comí mi helado feliz.

You are my fire, the one desire

Believe when I say, i want it that way

But we are two worlds apart, can't reach to your heart

When you say, that I want it that way

Tell me why, ain't nothin' but a heartache

Tell me why, ain't nothin' but a mistake

Tell me why, i never wanna hear you say

I want it that way.

Ya casi oscurecía por lo que mamá aparcó frente a nuestra casa al llegar, sería más rápido bajar las bolsas de la compra hasta nuestra entrada que ir al estacionamiento, siempre debíamos “ser prácticos” me recordó mi adorada progenitora.

Eran varias bolsas y pesadas, grité a todo pulmón los nombres de mis dos hermanos, pero ellos seguro estaban en *Marte* porque no asomaron la nariz. Mamá se adelantó para abrir la puerta mientras yo, dándomela de *La mujer maravilla*, sujeté seis bolsas con mis dos manos. Resultado: dos bolsas al suelo, cuatro aún en mis manos y repentinamente un vecino a mi lado.

«¡Maldición! ¿Y a este quién lo llamó?»

—Déjame ayudarte.

—Okay. —Lo observé recoger las bolsas del piso en un dos por tres —era rápido el muchacho—. Se levantó a los segundos y me observó precavido.

—¿Crees poder con todas?

—¡Hola! —Fue mi madre quien lo saludó y venía de regreso con media sonrisa, el chico se la devolvió sosteniendo las bolsas que tomó del piso con una mano y la otra se la tendió a mamá para presentarse.

—Buenas noches, señora. Soy Alejandro Castillo, mi familia y yo nos acabamos de mudar.

Mamá puso su carita de buena gente porque así era ella, confiaba en todos. Una falla que yo le hacía ver cada vez que podía, en esta vida no se podía ser tan confiado.

—Encantada, jovencito, soy Valeria. Un placer y bienvenidos. —Mamá me contempló divertida porque seguro mi cara estaba desencajada—, hija, ¿ya te presentaste? —Si no fuera mi madre, en estos momentos le daría un coscorrón, me giré para darle la cara y también la mano al muchacho.

—Isabella, un gusto. —Cuando él me dio la mano y sus pupilas negras se clavaron en mis ojos marrones, sentí una sensación aterradora de miedo y una extraña calma.



Capítulo 2

ERES PERFECTA

—¿Quién eres tú? —preguntó uno de mis guardaespaldas, perdón, mi hermano mayor, César, con cara de ogro de cuentos se posicionó a mi lado y me pasó uno de sus brazos por los hombros cual novio celoso, yo rodé los ojos por menuda vergüenza y acabé rompiendo la conexión visual que tenía segundos antes con el vecino.

Mamá estaba colorada por el comportamiento de su hijo mayor y él sin pizca de remordimiento le lanzó una mirada escrutadora al vecino, este le sonrió de forma educada y hasta amena se podría decir, le tendió la mano tal como lo hizo con mamá.

—Alejandro Castillo, supongo que eres uno de los hermanos de Isabella, tienen mucho parecido.

«¿Qué?, ¿parecerme yo a ese mastodonte?»

Lo adoraba, era mi hermano, pero no le veía parecido a mí, ya saben, yo y lo terca de reconocer los parecidos con la familia. Por un momento dudé sobre los modales de mi carcelero, pero fue criado por mis padres y así fuese un gruñón cuando tenía algún chico cerca de mí, sus modales nunca me defraudaban.

—César, hermano mayor de Isabella —dijo a secas, le estrechó la mano y regresó de nuevo a la casa, no sin antes pedirme el resto de las bolsas de compras y quitarle sin previo aviso las que sostenía Alejandro en sus manos. Este ni se inmutó ¡genial, buen comienzo!

—¡Mami! ¡Isa! Apuren, me faltan solo cinco piezas para armar mi

rompecabezas.

Gabo, como le decía de cariño a mi hermano menor Gabriel, salió dando brinquitos de la casa con su disfraz de *Superman*, últimamente estaba en ese plan de querer ser un súper héroe con su respectivo indumentaria. Ya estaba comenzando a sentirme incómoda, toda la familia se había paseado cual desfile de modas delante del vecino. Gabo a pesar de tener nueve años era igual o peor que César a la hora de espantar a los chicos de mí, detuvo sus brincos y vino hacía nosotros de forma apresurada, podía jurar que me parecía verlo volar con esa capa roja ondeando por el viento; lo más cómico de esa escena era que tenía sus pantuflas de *Garfield*, ese gato gordo y perezoso que casi todos conocemos.

—Hola, tú —Pinchó con uno de sus dedos a Alejandro—, soy Gabriel, pero puedes llamarme Gabo.

Mamá y yo nos quedamos petrificadas « ¿Quién era él y qué había hecho con mi hermanito Gabo? » Alejandro bajó el rostro hasta quedar cerca del de Gabriel y le guiñó un ojo.

—Un placer, *Superman*, me siento mucho más seguro contigo cerca.

Mamá suspiró de ternura y yo miré a ese par, Gabo se puso los bracitos en la cintura tal cual lo hacía ese famoso personaje y Alejandro le sonrió con complicidad, yo reaccioné antes de que saliera mi padre, él no era como mis hermanos, pero ya tanta presentación y protocolo me mareaba.

—Eh... interesante conversación, pero es hora de hacer la cena, mamá.

Ella salió de su letargo, no supe qué tanto le veía a ese muchacho.

—Cierto, hija... encantada de nuevo, Alejandro, espero nos visites pronto. —Y allí estaba mi madre de nuevo, un pan de Dios en serio y yo feliz de ser su hija.

—Lo mismo digo, señora Valeria —Nos sonrió a todos.

Nos despedimos del nuevo vecino. Fui la última en entrar a casa, di una ojeada a la calle y justo en ese instante, él hizo lo mismo.

Les soy sincera, desde la primera vez que me miró sabía que lo que venía era más grande que yo, así de simple y estremecedor.

—¡Dime que irás con nosotras! y por favor sin César, no soporto tanta custodia, parece tu novio en vez de tu hermano. —Se quejaba Iveth sentada a mi lado en una de las bancas de nuestra secundaria, hablaba respecto a un próximo concierto de nuestros amados *Backstreet*. Mónica se paseaba cerca de nosotras, ensayando una escena para una obra, a ella le apasionaba el teatro

y estaba por presentarse en una obra; esta vez sería en otra secundaria más grande que la nuestra y al parecer llena de chicos ñoños.

—Entendido, jefa, le suplicaré a mamá que lo amarre a la pata de la cama —dije divertida, mi amiga me propinó un golpe en el brazo.

—¡Oye, eso duele, Iveth! —protesté.

—Te aguantas, no tomas en serio las cosas.

Ella tenía razón, yo a veces era demasiado divertida para mi propio bien, no obstante, mi familia se había quejado sobre mi comportamiento, pero, ¿qué podía hacer yo si era así? era imparable a la hora de hacer bromas. De repente mi vista giró por todo nuestro entorno y él llegó a mi mente, *¿qué estaría haciendo ahora?* Tal vez concentrado en algún examen o ¿estaría ya en su casa?

—Hola, linda.

Regresé a la realidad cuando Gerardo —mi admirador según mis amigas— besó mi mejilla. No me molestaban sus muestras de cariño porque sabía que me quería aunque yo no le correspondiera del mismo modo; él no se rendía, insistía en que fuese su novia. No se crean, había hecho de *Cupido* buscando a alguien con quien él pudiera ser feliz de una buena vez, pero no conseguía candidata, una vez lo intenté con el par de amigas que tengo y ellas se negaron de inmediato, Iveth estaba por ser novia de Hernán —un chico de nuestra clase— y Mónica ya tenía novio. Sí, fue una loca idea, pero como siempre, recurría a mis *dos* comodines.

—Hola, Gera —sonreí.

—Isa, hola... ¿Irías conmigo al cine?

Y esa era la invitación número dieciséis —mi edad— y pues yo le di por décimo sexta vez una respuesta negativa. Me dolía mucho más a mí que a él, sabía que lo lastimaba, pero no quería darle falsas esperanzas.

Gerardo se levantó abatido, sin embargo mantuvo su postura de buen amigo como ya le había pedido que fuera, mis amigas lo vieron partir con sus rostros apenados, luego me miraron y ambas se sentaron junto a mí dejándome en el medio. Sabían de sobra que comenzaría a llorar si seguían por ese camino.

Estaba en mi cuarto terminando la tarea de matemáticas más horrible del planeta, había acudido a pedir ayuda a César o llegaría al año 2.040 y yo aún con esta; al terminar eran las dos de la tarde y decidí darme una ducha.

Antes de entrar a darme un baño, observé la balanza rosa en el piso, le

tenía miedo, la odiaba, la amaba, la detestaba, la había botado a la basura y luego había regresado por ella. Nosotras teníamos una relación enfermiza, pero ninguna cedía. Decidí subirme despacio como si estuviera en un campo minado, ya me encontraba arriba de ésta y conté hasta cinco para bajar la vista hasta mis pies. 5... 4... 3... 2... 1... y nada.

—¡Condenados kilos! —vociferé alterada.

—¡Isabella, baja de ese peso ahora mismo o te juro lo voy hacer añicos! —gritó mamá a lo lejos, pero la escuché bien clarito, sus gritos le ganaban a los míos cuando se lo proponía.

Después de mi guerra interna con el sobrepeso fui a la sala a ver videos musicales en la tv y ya imaginarán de qué grupo. Antes de instalarme, mamá me llamó.

—Isa, ¿puedes mover el auto? necesito hacerle un cariño al garaje.

Hice lo que me pidió, saqué el carro hasta la calle y lo estacioné frente a nuestra casa, sabía manejar desde los quince años gracias a la insistencia de papá. Antes de bajarme del auto advertí que por la calle venía un autobús escolar, bonito, de color blanco y vino tinto. Se detuvo justo frente a la casa de los nuevos vecinos y de este se bajó Alejandro, por alguna razón mi corazón se agitó. Lancé un suspiro y decidí esperar hasta que él entrara a su casa, pero no, se giró mirando hacia mi casa y entonces me vio. La sonrisa se le expandió por toda la cara y caminó hacia mí, llevaba un bonito uniforme con los mismos colores del autobús, excepto por el pantalón que era color negro, su peinado perfecto le daba un aspecto de recién duchado.

—Hola, Isabella. —Asomó la cabeza a través de la ventana del auto y colocó los brazos sobre esta de manera sexy. Mi corazón se detuvo un milisegundo.

—Hola —respondí suave, él entrecerró sus ojos negros y supe que estaba pensando algo, su rostro me lo decía. Tomó la manija de la puerta del piloto y la abrió para tenderme la mano ayudándome a descender—, no eres muy habladora —se burló.

—En realidad lo soy, solo que a ti apenas te conozco —repliqué mostrándole una leve sonrisa forzada.

—¿Eso es todo? te invito al cine entonces y de esa manera podemos conocernos un poco y romper el hielo, ¿qué dices?

—Me parece buena idea.

«¿Yo dije eso? *Wow*»

—Perfecto. Sábado. Paso por ti a las dos de la tarde. Te advierto que prefiero las películas de terror.

—Yo no, pero doy la pelea.

—Es un trato entonces —Sus ojos bailaron con diversión.

—Exacto... ya debo irme. —Le guiñé un ojo y ni idea de por qué hice ese estúpido gesto ni de por qué acepté de buenas a primeras su invitación.

—Espera... —Me tomó por el codo y sentí que un calor me recorrió desde la punta de la cabeza hasta los pies—, ¿debo pedir permiso a tus padres?

—No es necesario, ya mamá te conoció, mis hermanos igual y créeme que ya papá sabe de ti. Si me secuestras deberá ser un buen plan porque tiene escondido debajo de su cama un arma. —Él ni se inmutó, luego se rascó la cabeza con confusión.

—Me encanta tu familia. Hasta el sábado entonces, Isabella.

Me despedí de Alejandro y regresé a casa. Era lunes, quedaban cinco días y tendríamos una primera salida. Eso me causó escalofrío.

Había pasado la semana como un rayo. Ya era viernes y estábamos en la escuela de los niños para ver la obra de teatro en donde estaría Mónica, que había logrado el papel principal —la muy repetitiva obra trágica de *Romeo y Julieta*— así la viera cien veces no me cansaba de ella; es que su amor fue tan hermoso, pero sufrido a la vez. Y ni hablar de su terrible final. De alguna manera me cautivaba.

Nos encontrábamos en un auditorium muy grande e iluminado el cual estaba atestado de estudiantes, de nuestra secundaria solo permitieron venir a la clase de nuestra aula en apoyo a Mónica.

Iveth estaba concentrada en Hernán —su novio— y viceversa «par de empalagosos» giré la cabeza por el lugar y me percaté de algo, sus uniformes eran iguales al que usaba Alejandro. De nuevo, él ocupó mis pensamientos, había sido igual toda la semana, lo había visto un par de veces, porque yo trataba de estar frente a la casa haciendo cualquier tontería: regando las flores de mamá, jugando con nuestro perro loco Orejitas o lo que inventara mi cabeza; lo que en realidad buscaba era que él me viera cuando llegara de la escuela. Y cuando me veía siempre se acercaba a saludarme.

Ya teníamos camaradería y milagrosamente, César no se había percatado de su presencia o le había ladrado, de verdad que sí, ni Orejitas se ponía en ese plan; al contrario, le agradaba Alejandro. Hablábamos de cualquier cosa: de su vieja casa, de su hermano menor, de sus metas. Yo prestaba atención a lo

mínimo que me contaba y él hacía lo mismo.

—Oye, chica, ¿hay alguna manera de que te cambies de puesto?

Una voz odiosa me sacó de mis cavilaciones, detrás de mí había una chica delgadita, pelo largo castaño y nariz de bruja.

—¿Cómo dices? —No entendí a la primera su pregunta, pero ella se encargó de que lo hiciera haciendo gestos con las manos.

—Tú cuerpo, eres muy cuadrada y eso no me permite ver el escenario.

No supe qué responder. La miré con ojos serios y sus amiguitas alrededor sonreían con malicia. Giré la vista al escenario con una opresión en el pecho, era vulnerable respecto a mi peso y eso me bajaba el ánimo a mil. Iveth no se percató de nada o les juro que quemaba el auditorium por completo. Deseé marcharme, pero había ido por Mónica, me quedé solo por ella, fui fuerte por ella. Sin embargo cuando apagaron las luces y anunciaron la famosa obra, una lágrima cayó despacio por mi mejilla.

El presentador dio la bienvenida y acto seguido comenzó todo.

Mi mandíbula cayó al piso, el famoso *Romeo* era nada más y nada menos que ¡Alejandro! ¿Cómo no lo supe antes? «*Así que le gustaba la actuación.*» Solo me había mencionado que le gustaba dibujar. Lucía tan perfecto como *Romeo* y mi adorada Mónica perfecta con *Julieta*, se veían lindos en escena destacando sus dotes histriónicas.

La obra transcurrió tranquila, salvo por las veces que la bruja y sus secuaces me pincharon con un lápiz o halaron con disimulo mi cabello, juro que estuve a punto de un colapso.

«Aguenta un poco más.» Me decía.

En la última escena cuando *Romeo* cayó muerto luego de tomar el veneno, Alejandro lo actuó de forma tal que en realidad creí que estaba muerto y las lágrimas aparecieron de la nada. Finalmente terminó la obra con todos aplaudiendo de pie, las luces se encendieron y yo aún estaba llorando.

Solo estábamos a una fila del escenario, Mónica nos ubicó y nos lanzó besos llena de felicidad, Alejandro observó hacia donde Mónica miraba y cuando sus ojos tropezaron con los míos sentí de nuevo ese calor recorrerme de pies a cabeza; por el torrente de lágrimas mi vista se nubló aún más.

Alejandro me guiñó un ojo y me lanzó un beso de la misma manera que hizo mi amiga, no supe en ese momento por qué lo hizo, lo supe luego. Iveth casi cae al piso y Mónica colocó una mano en su boca para no gritar. Sí, hacía eso cuando se emociona de más por algo.

—¡Eres una gorda llorona! —La loca maléfica detrás de mí reaccionó cual loba herida.

Y eso fue todo, mi fuerza y voluntad cayeron al piso, me sentí pequeña, humillada y muy fea, así que salí a toda prisa de ese lugar, no quería saber nada más.

Corrí sin sentido y me perdí. No conocía esa escuela y era demasiado grande, lloré sin parar de tal manera que me costaba respirar, los pasillos estaban vacíos y supuse que era por la obra de teatro. Llegué a una encrucijada, no sabía a dónde ir o qué hacer, comencé a retroceder de espaldas llorando a más no poder porque me dolía el alma. Era muy vulnerable y eso me ponía sumamente molesta.

Unos brazos cálidos me envolvieron, sentí un aliento en mi cuello, pero no podía ver quién era porque estaba de espaldas a mí. No solía permitir que extraños me tomaran de esa manera, pero algo dentro de mí me advirtió que no me harían nada.

—Shh, no llores preciosa, ellas no lo valen. —Esa voz, era él. No quería que me viera llorando, que me viera tan vulnerable y tan estúpida, pero sentirlo cerca me quebró en mil pedazos. Tanto llanto me provocó espasmos y él me sujetó con más fuerza, quise alejarme, quise alejarlo.

—Por... favor... déjame.... —No podía articular una frase completa.

—No, Isabella, jamás lo haré —me susurró al oído—, no permitas que las palabras de otros te lastimen, no lo hagas. Tú eres valiosa y una gran persona, lo he notado en tan pocos días de conocerte. Te he detallado desde lejos y eres perfecta.

«*No lo oigas*» me gritó mi subconsciente y empleé mi fuerza para irme.

—No soy... nada de... eso que dices. —Sus brazos me giraron para quedar frente a él. Era alto y me miraba de forma triste, comenzó a limpiar mis lágrimas, lágrimas que no me obedecían y seguían saliendo incontrolablemente.

—Eres hermosa, pero lo eres más cuando sonríes.

Mi llanto cesó de inmediato, su mirada me envolvió y sentí su calidez y la sinceridad en sus palabras. En un segundo sus labios estaban sobre los míos, tenía dieciséis años y ese era mi primer beso.

Sus labios eran gruesos y provocativos, pero no supe qué hacer, jamás, nunca había besado a un hombre. Alejandro me besó despacio marcando el ritmo él, me abrazó de una manera protectora y tierna, luego sonrió con sus

labios sobre los míos.

—¿Jamás te habían besado? —adivinó bajito, cerquita de mi rostro, me puse muy roja y negué con la cabeza, agaché la mirada una vez más y él no lo permitió porque me levantó el mentón suavemente.

—Bien, me alegra ser el primero. Te prometo ser un buen maestro si me lo permites. —Me contempló con adoración y luego me besó en la frente.

Creí estar soñando.



Capítulo 5

MI SEÑAL

—Estás muy callada, hija, ¿todo bien? —preguntó mi madre al otro lado de la mesa, ella se encontraba tomando un café recién colado en nuestra pequeña y acogedora cocina, el olor de ese líquido oscuro lo impregnaba todo, era delicioso, pero a mí no me gustaba a menos que estuviera mezclado con leche.

Miré a mi madre, ella me observaba con rostro neutro, nos encontrábamos las dos solas porque mis hermanos aún se estaban preparando para el día de escuela y mi padre se había ido más temprano de lo normal a su trabajo.

Luego de despedirme de Alejandro la noche anterior, ella me esperó en la sala, pero se había quedado dormida en uno de los muebles con el televisor encendido, gracias a los cielos fue así porque si me hubiera visto en el estado en el que estaba, habría sido mucho peor. Cuando la levanté para que se fuera a la cama a pesar de su somnolencia, no evitó preguntar sobre la reacción de los padres de su yerno con respecto a la boda, simplemente le dije que ellos no estaban en casa, no quería enfrentar a las dos familias, no quería que mi madre discutiera con esa señora por mí, eso empeoraría las cosas, mientras tanto no le iba a contar nada de lo sucedido pues era lo que había decidido, deseaba pensar que todo iba a mejorar más adelante. Alejandro, me prometió hablar con su madre para hacerla entender que nuestro amor era verdadero, que no era un juego o simple enamoramiento de jóvenes locos. No, no lo era, era mucho más que eso, iba mucho más allá de nosotros.

Mi noche se tornó larga y preocupante debido a toda esa situación, la reacción de la madre de Alejandro me dejó muy intranquila, no entendía y no

me cabía en la cabeza, ¿por qué no me quería para su hijo? aunque la doña había dejado claro que su hijo debía estar con alguien mejor. Pero, ¿mejor en qué? el maldito dinero no hace mejores a las personas, las personas son lo que son por como las educan en sus hogares, nadie es más que nadie por las cuentas en los bancos, siempre ha habido personas millonarias, pero de buen corazón no quedan muchos. A esas personas que siempre juzgan por una condición social son las personas que poseen el alma más pobre del universo entero, así de sencillo.

Me dolía el alma, toda esa situación era una porquería y lo peor era que me sentía poca cosa cuando no debía ser así, pero mi vulnerabilidad estaba de regreso. Mi madre esperaba mi respuesta y yo hacía el empeño en fingir normalidad, bostecé como quien no quería la cosa.

—Cansada, mamá, estuve repasando para un examen de matemáticas casi toda la noche. —Realmente no era mentira, ese día presentaba un examen de matemáticas, pero mi desvelo no había sido por esa materia.

—¡Esa tontería! Bah, si tienes a Alejandro pegado a ti todo el santo día explicándote sobre esa materia, antes era tu hermano César, pero desde que estás con Alejandro, cambiaste de profesor, pícara.

Por el comentario de mamá solté una gran carcajada y no pude evitar sonrojarme, ella era única, la amaba tanto y aún lo hago, me había logrado sacar una sonrisa.

«Así que mi madre cree que soy una pícara» pensé, solo repetía esa frase en mi mente y mi risa se hacía más estrepitosa.

—¿De qué nos perdimos?

Mis dos hermanos entraron a la cocina listos para irse a clases, César era quien había realizado la pregunta, Gabo me estampó un beso sonoro en la mejilla y se guindó de mi cuello —a veces sentía que su madre era yo—. Mamá se levantó al vuelo de su silla para servir el desayuno de sus otros dos consentidos.

—Solo le comentaba a tu hermana lo del cambio de profesores —dijo a medio reír.

—¿Qué profesores? —preguntó César.

—Solo son rumores de nuevos profesores en mi clase. —Traté de afincarme en mis palabras, no quería que el momento gracioso se evaporara por los estados de ánimo de mi hermano, así él estuviera en son de paz con mi novio no quería más discusiones con respecto a ese tema.

Subí a mi cuarto a cepillarme y terminar unos retoques. Bajé a la sala, miré mi reloj y eran exactamente las 6:20 am, nuestro transporte no debía tardar en llegar, mis hermanos ya estaban terminando su desayuno y yo no quería estar sentada en los muebles de la sala, salí a esperar por ellos en las escaleras frente a mi casa y fue imposible no mirar a la casa diagonal, la casa que ya veía como un campo minado y muy peligroso; entonces se abrió la puerta y me tensé.

«Que no sea ella, que no sea ella» repetí internamente.

El pequeño Arturo fue quien salió con un morral guindado a su espalda más grande que él, se veía tan chistoso, parecía que iba a irse de espaldas, detrás de él salió Alejandro, mi corazón dio un brinco o quizás veinte. Él de inmediato me miró con rostro preocupado y sin más se encaminó hacia a mí, su cabello aún se encontraba húmedo por la ducha mañanera, aunque lucía muy sexy en su uniforme.

—Buen día, dulce amor. —Se acercó a mí y me besó, yo me dejé envolver en su beso y abrazo, sentí que él quería algo más cuando se pegó a mí todo lo que pudo, su beso se hizo más urgido, más necesitado y eso me alertó. Un pitido fuerte resonó en la calle asustándonos a ambos, el transporte de él y su hermano se acercó, Arturo se cubría apenado los ojos con sus manitos por el arrebató entre su hermano y yo, me reí bajito por la reacción del pequeño. Mi novio me tomó el mentón girándolo hacia él—, debemos hablar, Isa, hoy paso por ti a tu escuela, ¿sí?

Su seriedad me puso los pelitos de punta y no pude evitar estremecerme, él notó eso y me abrazó fuerte. Cuando se separó de mí, ya el bus escolar esperaba por él, Arturo ya estaba dentro.

—Te espero entonces —me apresuré a decir, mi novio besó mi frente, luego tomó mi mano donde se encontraba mi anillo de compromiso, lo besó también y se fue a su escuela de niños ricos, esa en donde su madre debía creer que estaba la novia perfecta.

Mis hermanos salieron cinco minutos después y nuestro transporte llegó de inmediato, mis labios aun sentían el beso de Alejandro y deseaba que ya llegara la hora de salida para verlo y saber qué quería decirme.

—Así que la bruja sacó sus garras —dijo Iveth en todo molesto, ya en clases.

—La vi un par de veces en la escuela de Alejandro, fue durante los ensayos a saludarlo aunque él me dijo que no iba precisamente a verlo, ella

iba a las dichas reuniones del comité de graduación... y, ¿sabes algo, Isa? la estúpida que se burló de ti estaba guindada del brazo de ella cual extensión de luces navideñas, son tal para cual por lo que veo —dijo Mónica, tensa.

—Debe ser la famosa *Rudy*, no sé si ella fue novia de Alejandro, pero hoy aclaro ese punto con él.

—No estoy de acuerdo en que no le cuentes a tu madre, Isabella, no me parece —me regañó Mónica.

—Opino lo mismo —la secundó Iveth y yo solté un suspiro, lo hacía por evitar más problemas, no quería que eso se convierta en disputa, en serio no es lo que deseaba, si las cosas las llevábamos en paz tal vez esa señora entendería un poco el amor que nos teníamos Alejandro y yo.

—Siempre tú en ese plan, nena, queriendo evitar pleitos —expresó triste Mónica y me abrazó con ternura.

—Ella se pasa de buena gente, hasta que un día explote cual granada y yo no quiero estar cerca.

Iveth, me observó fijamente y era inútil que le llevara la contraria a eso, desde hacía tiempo me lo decía, ella veía que callaba tantas cosas y que no me defendía de la gente que me lastimaba, pero así era yo, no me gustaban las discusiones y si tenía la manera de evitarlo, pues lo hacía.

—Hola, señoritas. El día es más radiante con ustedes cerca.

Mis dos amigas y yo no encontrábamos sentadas en una de las bancas del patio del colegio debajo de un gran árbol resguardándonos del sol, ya era el segundo receso del día y quedaban diez minutos para regresar a clases. Las tres levantamos la vista, ya sabíamos quién era nuestro encantador visitante. Mi eterno enamorado, Gerardo.

—Hola —contestamos las tres a coro.

—Nunca están separadas y nunca dejan sola a Isa. —Me miró con ojos risueños.

Detallé a mi amigo, porque eso era lo que realmente era. Alto y de piel blanca, cabello negro y ojos claros, era lindo, cualquier niña hubiese estado feliz a su lado, pero él se había fijado en mí y yo lamentaba eso porque no podía corresponderle.

—Si la dejamos solita se la come el león —se burló Iveth y Mónica le dio un codazo, Gerardo rio a carcajadas.

—Isa, quería saber...

Gerardo iba a decirme algo cuando la campana sonó, era hora de regresar

a clases y teníamos el bendito examen de matemáticas, si algún alumno llegaba medio segundo tarde, el profesor no permitía la entrada al salón.

—¿Decías, Gera? —pregunté a punto de correr al salón de clases.

—A la salida, Isa. Anda, apúrate. —Me guiñó un ojo, se alejó y yo corrí a alcanzar a las chicas que ya se habían marchado.

Mientras resolvía polinomios, funciones, cuadráticas, concavidad, vértice, eje de simetría y raíces, me reí para mis adentros, eso ya era un paseo para mí, me había vuelto muy aplicada en esa materia y todo se debía a Alejandro, él me explicó cada tema que veía para no perderme, gracias a él podía estar tranquila con aquella materia.

De nuevo sonó la campana, pero esa vez anunció la salida. Me sentí contenta, otro examen en el que estaba segura obtendría la mayor nota.

—Tu cara lo dice todo —dijo Mónica a mí lado mientras nos dirigíamos a la salida.

—¿Y cómo no va a ser la mejor ahora si el profesor Alejandro, por cada ejercicio que Isabella resuelve a la perfección le da un beso apasionado? ¡Hasta yo estaría aplicadita!

—¡Iveth...! —susurré entre dientes, su comentario me había dado mucho bochorno y sentí las mejillas muy calientes.

—¿Qué? No me vas a venir con que durante ocho meses has tenido a Alejandro a punta de solo besos y caricias.

Mónica negó con la cabeza apretando sus labios para no reír, ellas siempre preguntaban si Alejandro y yo habíamos pasado de la primera base, pero en ese tema no me gustaba ser tan abierta con ellas, no lo sé, era algo muy íntimo y me costaba hablarles al natural como lo hacían ellas conmigo; todo lo contrario me pasaba con mi novio, con él sí lo era en ese tema del sexo, cosa que les resultaba extraña a ellas.

Avanzamos hacia el gran portón de salida atravesándolo y riendo del último comentario de Iveth, ellas se marchaban juntas ya que vivían en la misma calle y sus madres se turnaban para recogerlas, mis hermanos se acercaron y se despidieron de mí dirigiéndose al autobús escolar porque ya sabían que me iría con Alejandro y le informarían a mamá. Giré la cabeza de un lado a otro en la gran avenida por donde transitaba el tráfico, los estudiantes salían de una manera pausada, Alejandro aún no se veía por allí.

—Hola, Isa. —Pegué un brinco, Gerardo estaba parado detrás de mí con la sonrisa más iluminada que me había podido dar en tanto tiempo, sentí más

pena por él, debía haberle dicho que ya tenía novio. Él se paró frente mí y me tomó de las manos, al hacerlo, se encontró con mi anillo y lo miró con ojos curiosos.

—¿Y esto? parece un anillo de...

—Gerardo, ¿qué me querías decir? —Lo interrumpí apartando mis manos, advertí confusión en sus ojos e inmediatamente supe que le rompería el corazón al decirle que no solo tenía novio sino que estaba comprometida, era mucho para un solo día. Él, de nuevo tomó mis manos

—Eh, yo... realmente, Isabella, ya lo sabes... yo... —Y de nuevo intenté detenerlo, mejor hacerlo sufrir de una vez antes de que me dijera algo más, pero una voz me detuvo.

—¿Interrumpo? —Detrás de Gerardo se encontraba Alejandro, quien era mucho más alto que él, mi corazón como siempre reaccionó con su presencia, eran ocho meses y todavía sentía como si fuese la primera vez que lo veía. Observé bien a mi novio y advertí que se encontraba molesto, serio, por primera vez lo veía así. Él miró de Gerardo hacia mí y viceversa, mi cuerpo experimentó un cosquilleo extraño, Gerardo se giró para ver quién nos interrumpía, pero no soltó mis manos. Y claro, novio celoso entró en acción—, ¿podrías soltar a mi prometida?

Gerardo alzó ambas cejas y yo quise que me tragara la Tierra, pobrecito, mi novio lo miró con ganas de estrangularlo.

—Isabella, ¿es cierto eso?

—Sí —respondí apenada porque no lo quería lastimar, Gerardo me soltó de inmediato y Alejandro se colocó a mi lado para pasar un brazo sobreprotector por mis hombros.

—Disculpa, Isa... realmente no sabía nada, lo siento. —En serio casi me echo a llorar, mi amigo estaba lastimado y no me gustaba hacer sentir a la gente de esa manera.

—No hay nada que disculpar, Gera. Te veo mañana.

Él se despidió cabizbajo y se fue sin mirar a mi novio, Alejandro se pegó más a mí y sentí ganas de alejarlo por su comportamiento infantil y de macho posesivo, pero claro que no era capaz.

—¿Podemos irnos ya? —dije muy seria.

—Seguro —contestó neutro captando mi estado de ánimo.

«*Bien por ti, señor Castillo*» dije mentalmente.

Alejandro me llevó hacia un taxi que nos esperaba, lo abordamos y él se

sentó muy cerquita a mí. Este arrancó de inmediato, no sabía a dónde nos dirigiámos y durante el trayecto no le dirigí la palabra, él solo se limitó a ver pensativo a través de la ventana.

Luego de media hora, el taxi se detuvo frente a un edificio, nos bajamos y seguimos por un camino bordeado de pequeñas plantas hasta llegar a la entrada, de allí hasta los ascensores, subimos y el marcó el piso número seis. Legamos al piso y ya estaba curiosa con respecto a ese lugar, sacó una llave de su pantalón y nos detuvimos frente a una puerta la cual abrió de inmediato. Yo no me moví de mi sitio, mi cara debía ser de desconcierto y su rostro se suavizó para mirarme con ternura.

—Es el apartamento de un buen amigo que ahora se encuentra de viaje. Te traje acá porque es el único sitio donde podemos hablar tranquilos y en el cual mi madre no nos estará vigilando.

Su última palabra me petrificó. «Dios querido, las cosas iban de mal en peor»

De inmediato entré al apartamento, era lindo, propio de un chico soltero, toda su decoración lo gritaba: muebles negros de cuero, una gran tv, un estéreo muy sofisticado y un mini bar. Las cortinas color blanco estaban corridas y se veía un bonito cielo azul despejado. Alejandro se sentó y me invitó a sentarme a su lado, ya no estaba molesta, lo que sentía era preocupación.

—¿Qué pasa? —Pregunté apenas me coloqué a su lado, él no respondió de inmediato, yo esperaba ansiosa por su respuesta hasta que se decidió.

—Luego que te dejé en tu casa anoche mis padres me esperaban en la mía. Quería hablar con ellos, hacerles entender que esto que siento por ti y que sé que tú también, es real. —Y mientras me decía eso me tomó de improviso y me colocó en su regazo—, ellos... escucha Isabella, no va ser fácil, por ahora mi madre es la que decide y da órdenes en casa, no sé y no entiendo por qué mi padre solapa todo lo que ella dice y... cuando comencé a decirle que lo que siento por ti no es ninguna niñería, ella me amenazó.

Mis nervios se dispararon, por eso me había sostenido en su regazo, yo me solté de su agarre y comencé a caminar de un lado a otro, él se puso de pie de inmediato.

«¿Que pesadilla era ésta? » Me dije.

—Amor, cálmate —me suplicó con voz apagada.

—¿Qué... te dijo? —Exigí temerosa, Alejandro miró al techo, sentí su derrota e impotencia—, habla o voy y le pregunto yo misma. —Eso era

mentira porque ya comenzaba a temerle a su madre y no quería topármela en el camino.

—Ella... dijo que si continuaba contigo me quitaría los estudios y ahorros. Y en vista de que soy menor de edad, ya sabes, tengo solo diecisiete, así que ella se aprovecha de eso... dijo que sabría muy bien si yo no cumplía esa orden porque nos iba a tener vigilados.

—¡Está loca! —Mi corazón se contrajo de dolor y rabia.

—No me importa nada de eso, mi amor. Ella quiere que lo haga, pero no me alejaré de ti, no lo haré.

—Pero... no puedes cumplirlo, Alejandro, ¿cómo vas a sacrificar tu futuro por mí?

De esa manera me quebré, comencé a llorar sin control, a derramar lágrimas de dolor e impotencia. Estuve ocho meses metida en una burbuja alejada de la maldad, solo rodeada de amor. Con mi familia había sido feliz, con momentos críticos, pero habíamos salido adelante. Y en ese entonces eso me rebasó, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Ella no era tonta, habían sido ocho meses en los que Alejandro y yo habíamos estado juntos, salido al cine, a paseos fuera de la ciudad con mi familia, casi todos los días estaba en mi casa, ella debía saber que yo era su novia así Alejandro no le dijera que era yo ¡Éramos inseparables, maldita sea!

Mi conclusión fue que ella esperaba que él terminara conmigo o algo así, todos esos meses, ella pensó que yo era un juego para él y cuando se enteró de nuestros planes de boda... Boom, se le acabó el teatro.

Mi respiración se aceleró y sentí que me faltaba el aire, literalmente me estaba ahogando. Mi novio me sostuvo en brazos y me llevó al mueble sobre el cual me recostó. Estaba teniendo un ataque de ansiedad.

—¡Isabella, Isa por favor, no me asustes de esta manera! vamos dulce amor, respira con calma, vamos amor mío, hazlo por favor, por favor, por favor, no me hagas esto... —Lo miré llorando mientras mi pecho bajaba y subía rápidamente, pero al ver que él lloraba también, cerré los ojos para contar hasta veinte, eso me lo enseñó Mónica en una de las clases de actuación que intenté tomar con ella, cuando iba a presentarme en mi primera obra me dio un ataque de ansiedad y ella me dijo esa vez que cerrara los ojos y contara hasta veinte; esa vez funcionó y pensé que en ese momento también lo haría. Y así lo hice, poco a poco mi respiración fue regresando a la normalidad—, abre esos ojitos, hermosa.

Su voz sonó angustiada y cuando por fin conté el número veinte abrí los ojos, mi novio tenía el rostro lleno de lágrimas y yo comencé el llanto de nuevo, repentinamente había pensado terminar con él para que siguiera su vida, sus estudios y su futuro, pero ese amor que sentía por Alejandro, iba más allá del cielo, más allá de lo infinito. Era así de sencillo y era así de inmenso, lo amaba con todo mi alma y ser. Hice una oración rápida para poder seguir a su lado, así lo deseaba hasta que él mismo me lo permitiera.

—Te amo —dije muy bajito, su rostro estaba pegado al mío así que no hubo necesidad de decirlo más alto.

—Te amo, dulce amor, no hay manera de cambiar eso. —Se acercó a mí y me besó con ternura, con calma besó mis mejillas, mi cuello, mi pecho.

Sus besos se volvieron más vehementes y exigentes, mientras lo hacía soltó los botones de uno en uno de mi jumper escolar, después fue por mi blusa, botón por botón hasta llegar al último, la blusa se abrió, estaba expuesta a su mirada que estaba atenta sobre mi sujetador blanco, me levantó para poder deshacerse de las dos prendas y quedé desnuda de la cintura para arriba, mi respiración se tornó irregular, pero por el momento no era otro ataque de ansiedad. Él me volvió a devorar con sus besos y mientras lo hacía posó una mano en uno de mis pechos, mi cuerpo comenzó a temblar, no tenía control sobre este, mi corazón latía fuerte y desesperado y me dolía allí, justo más abajo del vientre.

—Isa... preciosa, ¿estás lista para esto? —Preguntó con voz entrecortada.

Mi mente se quedó en silencio durante unos segundos, estaba allí hecha un manojo de nervios temblando de amor por él, pero sabía que ese día no pasaría nada, estábamos vulnerables los dos y un momento como ese debía ser especial sin nada que lo empañara, le respondí con la verdad porque entre él y yo no existían secretos, ni penas, ni miedo, ese miedo que le tenía a su madre y que ese día acababa de crecer más de lo normal. Le tomé el rostro con ambas manos, lo besé con ternura y le respondí.

—Hoy no. —Alejandro sonrió, negó con la cabeza y pellizcó mi nariz suavemente.

—Sabía que dirías eso. Hoy no es un bonito día para hacerte el amor como se debe, sé que ya tendremos nuestro día especial.

Me volvió a besar y me ayudó a colocarme la ropa que me quitó con facilidad. A mi mente regresó la amenaza de su madre y no pude evitar hacerle una pregunta.

—¿Estás seguro que quieres seguir a mi lado? —Sus ojos brillaron de una manera especial mostrándome esa dicha que sentía al estar conmigo.

—Tan seguro estoy que no me importa renunciar a todo lo que sea por ti. Tú, mi hermosa Isabella, eres esa señal que he estado esperando desde siempre, eres mi ángel de luz, el destino esconde jugadas y rompecabezas que debemos aprender a descifrar, es muy astuto y cuando lo logramos, es una hermosa victoria. Así que... sí, quiero estar contigo para siempre, vivir mi vida junto a ti hasta que estemos viejitos y amándonos más que nunca. Tú eres mi señal y ya te atrapé, vamos a luchar por este amor, nadie nos detendrá, siempre te voy amar, Isabella. No deseo a más nadie en mi vida porque estoy totalmente seguro de esto.

Sus palabras me dejaron muda, siempre había estado segura de su amor, jamás me había causado dudas.

—Mundo, prepárate, lucharemos juntos por este inmenso amor. —Reí con la cara bañada en lágrimas y él me sostuvo de nuevo en su regazo.

Si el destino nos había unido, a ese mismo le pedí que nos mantuviera así hasta el último de nuestros suspiros.



Capítulo 3

DULCE AMOR

—¿Isa?

La voz nerviosa y angustiada de mi amiga Mónica rompió el instante mágico, que por el momento mi mente gritó « ¡vete Mónica! » pero al girarme hacia ella vi su rostro angustiado y ojos llorosos, eso me conmovió.

Tenía dos buenas amigas que sabía darían todo por mí y yo por ellas, igual, éramos tres hermanas unidas más allá de un simple lazo de amistad. Las había conocido dos años atrás, yo era la chica nueva en esa secundaria y me sentía nerviosa y extraña, era una recién llegada. Al entrar a ese salón de clases, con la coordinadora de pie a mi lado, todos clavaron sus ojos en mí, me hicieron sentir intimidada y con ganas de salir corriendo, me pasé las manos sobre el uniforme jumper azul marino como si estas fueran planchas, seguro el jumper quedaría mucho más liso.

Todos me escudriñaron atentos y yo tragué grueso, pero Iveth se levantó como un resorte y me saludó entusiasta, Iveth era una chica hermosa, volátil y no se andaba con miramientos a la hora de decirle la verdad a quien fuese en su cara. De piel crema, cabello castaño medio y cada vez que sonreía un pequeño huequito se le marcaba en una de sus mejillas. Mónica se unió a ella, esa vez se puso de pie también para darme la bienvenida, Mónica era más tranquila, calmada y tierna; con la tez trigueña igual a la mía, tenía el cabello marrón con un montón de rizos acomodados en perfecta sincronía y una cintura de envidia. Esa vez que las conocí en mi primer día de clases nunca imaginé el enorme cariño que iba a nacer entre las tres.

Alejandro soltó mi mentón al percatarse de la presencia de Mónica, pero

en su rostro se dibujó media sonrisa mientras yo estaba nerviosa y no sabía el porqué.

—Hola, Mónica —respondí apretando los labios, quería que Alejandro me volviera a besar.

—¡Dios, que susto nos pegaste! —contestó ella, pero observando a Alejandro.

—Disculpa... es que me sentí agobiada con esa chica. —Alejandro bufó por lo bajo y mi amiga me dio una enorme sonrisa.

—Puedes estar tranquila, luego de que saliste del auditorium, Iveth saltó sobre ella y Hernán tuvo que emplear toda su fuerza para quitar a nuestra amiga de encima de esa tonta, casi la deja calva, te lo juro. —Alejandro comenzó a reír a carcajada limpia y yo no pude evitar hacerlo también, Mónica se unió a nuestras risotadas «pobre chica» no quería ni imaginar su aspecto en ese momento—, ¿ustedes se conocen? creo que me perdí de algo. —Dijo mi amiga como quien no quiere la cosa, antes de que abriera mi boca para responder, mi nuevo besador y futuro maestro de besos se me adelantó.

—Ella es mi vecina, ¿recuerdas que te hablé de ella?

«¿Cómo era la cosa?» así que mi amiga y Alejandro ya se trataban, no era de extrañar ya que ambos eran *Romeo y Julieta* en la obra.

—Vaya, qué pequeño es el mundo, Isa. Alejandro y yo hicimos conexión de inmediato y entre nuestras grandes conversaciones me habló de su nuevo hogar, vecindario y *vecina*.

No supe si eran ideas mías, pero me pareció advertir que mi amiga hizo ahínco en la última palabra.

—Entonces, Isabella es una de tus dos mejores amigas, me alegra saber eso.

—Sí, es ella e Iveth, *la luchadora del auditorium*, así la acaban de bautizar. En fin, Isa debemos irnos ya.

—Yo puedo llevarla —se apresuró a decir Alejandro y mi corazón dio un brinco.

—No lo creo posible, Alejandro, nuestra orientadora vino con el grupo y lo más probable es que no deje que Isabella se marche contigo, somos su responsabilidad —respondió apenada.

—Entiendo, será en otra ocasión. —Mi besador nos guiñó un ojo a ambas, se despidió no sin antes darnos un beso en la mejilla a cada una y a Mónica casi se le cayó la quijada. Sonreí al verle la cara de asombro y se guindó de

uno de mis brazos cuando tuvimos lejos a Alejandro.

—Habla de una vez, pillína —exigió divertida.

—Lo haré, pero cuando Iveth esté con nosotras, eh, porque no quiero repetir lo mismo dos veces.

Mónica se pegó más a mí y salimos a paso apresurado a reunirnos con nuestro grupo que ya nos esperaba dentro del autobús, pero antes de subir a este sentí que alguien me observaba y la vi —la chica que me había humillado minutos antes— me miró con ojos asesinos y yo aparté la mirada de golpe, no me gustaban las peleas y jamás me gustarán.

Durante el recorrido del bus escolar hasta nuestra secundaria mi par de amigas me acribillaron a preguntas y todas las respondí encantada, les conté cómo sucedieron las cosas tal cual sin exagerar y me sorprendió cuando Mónica nos mencionó que Alejandro le hablaba mucho sobre mí en los ensayos, también le habló de mi familia y hasta de mi perro, pero ella jamás imaginó que era yo la *famosa* vecina. Ella vaticinaba que a él le gustaba esa chica misteriosa que resulté ser yo. A Mónica le gustó la idea de que él y yo iniciáramos una relación, Iveth solo opinó que no me apresurara y llevara las cosas con calma, consejo que nos hizo gracia porque ella y Hernán se hicieron novios en tan solo dos días de conocerse cuando él era el nuevo chico del salón.

En mi cama estaba esparcida cuanta prenda de vestir existía dentro del armario, me había probado todo y con todo me sentía fea, por fortuna tan solo eran las doce del mediodía o Alejandro se habría cansado de esperar.

Me acosté sobre mi cama encima de la ropa, no me importaba que se arrugara, consideré no asistir al cine y punto porque no tenía nada con lo que pudiera sentirme bien.

—¿Cariño? —Mamá asomó su cabeza por la puerta y al ver mi posición entró de inmediato, se posó frente a mi cama con ambas manos en su cintura y cara molesta—, imagino que toda esa ropa se encuentra allí porque vas hacer limpieza en tu closet.

Era una afirmación y no una pregunta, estaba siendo sarcástica, eso lo hacía cuando su humor estaba negro.

—Mamá... no empieces, por favor. —Me incorporé para sentarme en el borde de la cama cerca de ella—, soy tu hija y por ende me ves perfecta y hermosa, pero por favor, no soy ciega y mi peso no miente.

«Querido Dios, yo y mi gran boca»

Mamá comenzó a respirar entrecortadamente anticipando las lágrimas que se avecinaban, la acababa de herir al decir estas estúpidas cosas sobre mi cuerpo. Mi madre inhaló y exhaló, se controló y se sentó a mi lado.

—Por última vez, Isabella. Y no es una advertencia, será un hecho, si continuas en ese plan de autocriticarte de esa manera me veré en la obligación de llevarte a un psicólogo, tanto ataque hacia ti misma no es sano, por favor, tienes a un chico lindo que te invita a salir, disfruta eso, disfruta la vida, haz eso por ti.

Dicho eso una lágrima resbaló por su mejilla, ella tenía razón. Amaba a mi madre, era y será mi héroe, mi amiga, mi ejemplo a seguir y yo no podía continuar siendo la causante de su dolor por culpa de unos ridículos kilos. ¡Al diablo con ellos! La abracé muy fuerte y la empecé a llenar de besos.

—¡Te amo, *ma*, eres la mejor! —Ella se percató de mi cambio de humor y lo supo de sobra porque me conoce más que yo misma, supo que las cosas iban a mejorar.

Alejandro estaba comprando las entradas para la película *Freddy Krueger*, debía ser como la décima película de ese ser y yo no había visto ninguna de las anteriores. ¿Yo la valiente? odiaba los films de terror. Lo esperé en la fila que ya se había formado en la entrada de la sala de proyección, me miré de nuevo, opté por colocarme un vestidito de lo más lindo, uno que me regaló mamá porque decía que me quedaría perfecto: blanco arriba y entallado en la cintura, con mangas cortas y la parte de la falda que era corta mucho más arriba de las rodillas, en color uva claro y lo complementaban unas zapatillas negras y una pequeña carterita atravesada de lado que me colgaba de lo más coqueta. Decidí llevar el cabello suelto —cada vez estaba más largo— cuando Alejandro llegó por mí pude notar como paseó sus ojos de arriba abajo.

—Preciosa. —Él había regresado con las entradas, cotufas, sodas y chocolate, entramos a la sala y nos ubicamos en los puestos de arriba, de allí se apreciaba mejor la vista de la pantalla, se apagaron las luces y comenzó la fea película del *Krueger*.

En cada escena donde hacía acto de presencia el horroroso *Freddy*, yo cerraba los ojos y Alejandro se reía, es que esos chirridos en sus guantes de cuchillas me helaban la sangre. Estaba pegada al brazo de Alejandro, no estaba segura de poder soportar ver más esa película o escucharla, porque lo menos que había hecho era mirar siquiera. Él me despegó poco a poco y me

tomó las manos, las mías estaban frías y las de él las sentí tibias.

—Hey preciosa, mírame. Abre los ojos —pidió cerca, pero muy cerca de mi rostro.

—No quiero... no quiero ver a *Freddy*.

Alejandro rio bajito y luego sentí sus labios junto a los míos, me dejé llevar, era mi segundo beso y cada vez me gustaban más. Él movió sus labios sobre los míos con ternura y luego intentó introducir su lengua y yo lo dejé — así se supone que se debía besar— lo dudé, detuve el beso unos segundos y el rio sobre mis labios de nuevo.

—Lo estás haciendo bien y sabes dulce, a chocolate, sabes delicioso — dijo con ojos brillosos.

La sala estaba oscura, pero con el reflejo de la gran pantalla pude notar ese brillo, sentí arder mis mejillas, él las acarició y de nuevo me besó, esa vez ya sabía qué hacer. No supe cuánto tiempo pasó, pero nos besamos el resto de la película en nuestra burbuja y nuestro mundo.

Transcurrió un mes exacto y oficialmente Alejandro y yo éramos novios desde aquella vez que fuimos a nuestra primera cita al cine, luego de salir fuimos a cenar, justo en esa cena me pidió que fuera su novia, yo acepté de inmediato y desde entonces estaba en una nube de felicidad.

Él era perfecto para mí porque nos complementábamos en todo. En casa mis padres aceptaron nuestra relación al igual que Gabo, César aún estaba medio reacio a tener a Alejandro como cuñado y mis amigas pegaron el grito cuando les di la noticia.

En casa de él su mamá sabía que tenía novia, pero aún no estaba al tanto de que era yo, las veces que había intentado visitarla a pedido de mi novio, ella no podía atenderme porque siempre estaba apurada por alguna reunión importante con sus amigas; esto a mí me preocupaba, pero a mi novio no. En fin, la doña decidiría en qué momento podría atender a su nueva nuera.

De nuevo atravesé la calle encaminada a casa de Alejandro, esta vez con un con un postre de arroz con leche, postre que hacía mamá y le enviaba de regalo a mi suegra. Mamá no tenía ni idea que ella aún no sabía de mi relación con su hijo, tema que prefería no tocar con ella porque la conocía y empezaría con ese plan de venir ella misma a hablar con la consuegra.

«*Ni hablar.*»

—Hola, amor —dijo Alejandro medio serio cuando abrió la puerta de su casa y me dio un beso fugaz en los labios. De inmediato me invitó a pasar, aún

me quedaba lela viendo todo, su casa y la mía eran las mismas, pero esa poseía ese toque de elegancia.

—Déjame adivinar, ella no está.

—¡Hola, Isa! —saludó entusiasta mi cuñadito, el pequeño hermano de Alejandro, tenía ocho años de nombre, Arturo, se parecía mucho a su hermano y estaba segura de que sería todo un galán cuando tuviera por lo menos unos siete añitos más.

—Hola, pequeñín, ¿qué tal tu día?

—Excelente, justo ahora vienen por mí, hoy es el cumpleaños de Maia, una niña muy linda que estudia conmigo. —Y al decir esto sus mejillas se tornaron rosa y yo morí de ternura, se veía tan cuchi. Alejandro puso los ojos en blanco.

—¿No crees que estás muy niño para novias, enano? —dijo mi novio ahogando una risa.

—¡Que no es mi novia, es solo una amiga! —respondió Arturo levantando una ceja amenazadora y se cruzó de brazos.

—Ya déjalo, Alejandro —lo regañé.

Se escuchó un claxon en la calle, eran las personas que venían por Arturo, él tomó su regalo de la mesa del comedor y salió corriendo feliz de la casa. Alejandro lo acompañó a la puerta y lo despidió, yo fui a la cocina, la cual ya conocía gracias a mi novio, porque me provocó el delicioso postre, rebusqué tomé una pequeña tacita de cristal y coloqué una porción, comencé a saborearla; no presumía, mi madre tenía un toque para hacer de ese postre el único.

Alejandro me abrazó por detrás y colocó sus labios en mi cuello, comenzó a besarme provocativamente y como deseaba esos labios en mi boca me voltee para tenerlo frente a mí, me miró pícaro y yo me lancé por esa boca de la que me había vuelto adicta. Nos besamos como locos y sin control, eso porque sabíamos que estábamos solos y por la restricción que teníamos en mi casa; sino era Gabo era César o mis padres que deambulaban cuando Alejandro me hacía las respectivas visitas. Si acaso solo un beso nos dábamos cuando lo despedía y eso era nada comparado con estas ansias locas que nos teníamos ambos, paramos porque nos faltaba aire, nos miramos un rato, mi corazón latía desenfrenado al igual que el suyo y de pronto sentí miedo, un miedo aterrador porque sabía que lo amaba más que a nada en este mundo, inclusive, que a mi vida misma, me entraron unas estúpidas ganas de llorar, no podría ya vivir sin

él.

—Siempre sabes dulce cuando te beso, amor, eres mi dulce amor —dijo mi besador y yo no pude evitar sonrojarme, de nuevo él se abalanzó como depredador sobre mis labios—, te amo, Isabella... te amo —dijo entre beso y beso.

—Te amo, Alejandro... y te amaré por siempre —le respondí con adoración.

Entre beso y beso, Alejandro me llevó hasta el mueble en donde me recostó y se posó sobre mí, no sabía si podía soportar más esa agonía de solo besarlo, lo deseaba a él, a su cuerpo, mi piel lo reclamaba. Mis dedos temblorosos se fueron al pliegue de su camiseta y la levantaron de a poco y sin más, él mismo se la quitó, pero se detuvo y me miró fijamente, nuestras respiraciones eran irregulares, mis manos se posaron en su torso desnudo, lo toqué con temor, su piel se sentía caliente, suave y el olor de su perfume llenaba mis pulmones, lo empecé a acariciar y mi novio cerró los ojos, él se inclinó y colocó una mano sobre uno de mis pechos y creo que estuve a punto de desmayarme. Me dolió el corazón, el vientre, el cuerpo, el solo hecho de tocarlo así me estaba causando un dolor tal que lo único que deseé era que me desnudara y me hiciera el amor de una buena vez.

Volvió a tomar mis labios, los chupó, los saboreó y de repente se escuchó el sonido de unas llaves en la puerta principal. Yo me paralicé, Alejandro sonrió, me ayudó a incorporarme para luego sentarnos derechitos en el mueble, se colocó de inmediato la franela y me acomodó el cabello; imaginé que tendría el aspecto de loca. Alejandro me sostuvo las manos, pues no dejaban de temblarme, tomó mi mentón y me dio un beso fugaz.

—Salvados por la campana, amor —susurró divertido.

—En este momento odio las campanas —dije molesta aunque muy en el fondo estaba segura que nada iba a suceder, Alejandro ya me lo ha dicho, aunque tuviéramos poco tiempo de novios nos teníamos una enorme confianza y ya habíamos tocado el tema del sexo, él sabía perfectamente que yo era virgen y quería que siguiera así hasta que nos casáramos. Porque sí, Alejandro decía cada vez que podía que nos casaríamos luego de terminar nuestras carreras y eso me llenaba de felicidad.

La madre de Alejandro entró a la casa —la doña— vestía un elegante traje de dos piezas en tela cachemira color beige, la detallé y definitivamente parecía de la aristocracia, ella no se había percatado de nuestra presencia,

pero cuando lo hizo se quedó estática, nos miró neutra y paseó su mirada de Alejandro hacia mí dos veces. Su hijo reaccionó y se apresuró a saludarla con un beso en la mejilla.

—Hola, madre. Por fin llegas, tenemos visita. —Mi novio me miró con ternura—, permíteme presentarte a Isabella Landinez, mi novia.

Yo me levanté de inmediato del mueble y le tendí mi mano.

—Un placer, señora Mireya. —Sabía su nombre porque mi novio me lo había dicho y luego de un mes de ser su nuera, hasta ese día se daba por enterada, ella sonrió de forma realmente forzada.

—Mucho gusto, Isabella. Y dime, ¿estudias con mi hijo? —Me lanzó una mirada de policía detallándome de arriba a abajo.

—No, madre, ella vive en esta misma calle. —Sentí que eso no le hizo ninguna gracia, lo supe por la tensión que desprendió su cuerpo.

—Ya veo —se apresuró a decir.

—Mi secundaria no está lejos de acá, ya solo me faltan dos años para terminarla. —De nuevo me miró sin emoción alguna, hubo algo en ella que no me cuadró.

—¿Y dicen que son novios? ¡Por Dios, hijo, solo tenemos unas semanitas acá! no puedes creer eso de que ya estás enamorado de Isabella. Y dime, ¿cómo está Rudy? no ha venido por nuestra nueva casa.

La doña: 1. Yo: 0.

Sentí de nuevo una sensación de dolor en el pecho, pero esa vez era diferente, me dolió de esa manera en la que solo quieres llorar.

«¿Rudy?, ¿quién rayos era ella? » A mi novio se le transformó la cara por la molestia.

—Madre, sabes bien que Rudy y yo, ya no somos amigos, es pasado, ¿puedes entender eso? y no deseo hablar más del tema, Isabella hoy nos visita.

Dicho esto, su madre me mostró una sonrisa sin emoción y me sugirió cenar con ellos, yo me sentí de la patada, pensaba que al tenerla cerca y que ella supiera que Alejandro y yo éramos novios se iba a emocionar un poco, eso hacían las mamás, al menos las que tenían varones cuando un hijo le llevaba la novia a la casa.

"Mi querida suegra" se dirigió a la cocina y Alejandro se apresuró a abrazarme, no le correspondí de inmediato porque mi maldita vulnerabilidad había vuelto.

—Isa, ¿qué ocurre, dulce amor? —preguntó preocupado y con esas dos

palabras me devolvió al cielo.

—Me parece que no le caí bien a tu mamá.

—Nada de eso, es solo que ella... no es como otras madres, le cuesta expresar lo que siente en realidad.

De eso me acababa de dar perfecta cuenta. Y no es que le costara expresar algo, yo era muy perceptiva y estaba segura que a quien ella quería como nuera, era a la tal Rudy.



Capítulo 4

UNA CANCIÓN Y UN ANILLO

—¿Comías arroz con leche, hijo? —gritó desde la cocina la señora Mireya.

—No mamá, Isa lo trajo, su mamá te lo envió —dijo esto mientras me abrazaba más a él, se sentía tan divino estar en sus brazos.

—Pues no, gracias la verdad, pero esto engorda, contiene demasiadas calorías.

Dolió. ¿Estaba rechazando el postre que había preparado con tanto cariño mamá? y para colmo hablaba de calorías «¿en serio?» Eso era todo, no quería estar en esa casa ni un minuto más porque mi ánimo iba en picada, me zafé de Alejandro de la mejor manera posible porque detestaba que me viera vulnerable.

—Oye, ¿te vas? —preguntó con mirada triste.

—Es que recordé que tengo tarea fuerte de matemáticas —mentí y recé para que no se diera cuenta.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes, amor?

—Porque cuando lo iba a sugerir tú me bombardeaste a besos.

Eso era bajo, lo sabía, pero no me quedaba de otra si quería salir pronto de allí. Mi amado sonrió tan hermoso y se pasó la lengua por los labios, ¿por qué me torturaba de esa manera? y como siempre reaccioné de manera acosadora y me importó un pepino que su madre estuviese cerca, me paré de puntillas y me le guiné del cuello para besarlo con pasión.

Alejandro detuvo el beso o si no habríamos terminado en el mueble de nuevo; por educación me despedí de su madre cuando salió de la cocina y ella

ni siquiera fingió su entusiasmo de que no me quedara a cenar. Alejandro, decidió acompañarme a casa y antes de que entrara a mi hogar nos besamos de nuevo, era mucho beso, pero solo llevaba un mes en eso y besar era lo más divino que había podido probar en la vida, hasta los momentos, y al menos, sus labios callaban lo que mi mente maquinaba sobre su madre.

Brincaba de emoción pues estaba con mis dos mejores amigas en el esperado concierto de nuestros queridos *Backstreet Boys*. El estadio estaba a reventar y nosotras no cabíamos de felicidad, por primera vez mi hermano mayor no nos acompañó, realmente desde que era novia de Alejandro me habían brindado un poquito más de libertad y confianza, además César, se merecía eso por gruñón.

Alejandro y yo teníamos ocho meses de novios, aun no me lo creía, habíamos pasado ocho maravillosos meses entre besos y momentos picantes, pero sin llegar lejos, más besos, regalos sorpresas, paseos por la ciudad, cenas y cine. Estaba feliz a su lado, con él me sentía segura, amada, fuerte, y también con él podía ser yo, nos conocíamos a la perfección, solo nos opacaba un pequeñito detalle —su madre— ésta me trataba de manera seria, aún no lograba llegar a ella por más que intentaba, incluso ya conocía a mis padres y ni así ella me trataba como debía ser.

En casa adoraban a mi novio, incluso César, quien ya se llevaba de lo mejor con él, por otro lado a mi suegro no lo había podido conocer ya que por su trabajo llegaba muy entrada la noche y se iba tan temprano que nunca coincidíamos.

—¡Esto es alucinante, chicas! —Me sacó de mis pensamientos, Iveth. Su sonrisa lo decía todo, ese concierto lo habíamos estado esperando durante un año y por fin aquel día veríamos a nuestros ídolos.

Estábamos preparadas como buenas fanáticas con todos los implementos que se necesitan para asistir a un concierto de tus ídolos.

Camisetas de los BsB.

Cintas alusivas de los BsB amarradas en la frente.

Pulseras en todas las formas y colores de los BsB.

Respectivo poster con el "We love u BsB" muy colorido.

Cámara de fotos.

Todos los gritos y brincos que se podían dar.

Si existía novio, éste se quedaba en casa.

Esa noche solo era para chicas, nuestros tres novios que ya se conocían, Hernán, Alfredo y Alejandro se habían ido a jugar billar, no tuvieron otra alternativa.

Paseé mi vista por el estadio, estábamos en las sillas V.I.P cerca a la tarima, nuestros padres hicieron el esfuerzo y nos complacieron, el sitio se encontraba atestado y de nuevo Alejandro vino a mi mente, siempre lo estaba, siempre y eso no me agradaba tanto, mi mundo no debía girar solo en torno a él, porque el pensarlo todo el día me causaba ansiedad y necesidad de él, de estar a su lado. Eso lo hablé con mamá un día, ella solo dijo que era normal, pues me encontraba en esa etapa bonita del amor juvenil y me contó que a ella le había sucedido lo mismo con papá. Recordé entonces una de nuestras salidas.

Hacía dos días que me había llevado de paseo a un parque muy bonito al que jamás había ido, era un picnic sorpresa. Ya era costumbre que para los veinticinco de cada mes —fecha de nuestro aniversario de novios— él me tuviera algo especial.

— Espero que cuando seamos viejitos me sigas consintiendo igual —le dije recostada sobre su pecho, luego del delicioso almuerzo que llevó. Después de comer nos habíamos recostado sobre la cobija en la grama.

— Y así será, dulce amor, si tú sonríes yo soy feliz, nada me agrada más que verte sonreír. —Y yo sonreí porque él amaba eso —Prométeme algo, Isa. —Me incliné sobre mi codo y lo miré curiosa.

— Trata de no gritar tanto por el baboso del Nick en ese concierto. —Lo miré perpleja, pero él se mostró rotundamente serio. Apreté mis labios para no reír, sin embargo, no pude y comencé a temblar por la risa contenida.

— ¿Te ríes de mí, Isabella Landinez? —Detuve la risa y traté de permanecer quieta, pero cuando me prohibían no reír, era peor.

Mi hermoso besador brincó sobre mí y me aplastó sobre la cobija, tomó mis manos y las encarceló sobre mi cabeza, se encontraba serio y con la respiración agitada, yo me encontraba inmóvil y de la nada le hablé con

toda la sinceridad del mundo.

—Alejandro... yo... no creo poder resistir más esto que siento aquí. —Señalé mi pecho, mi estómago y mi vientre—, es mucho más fuerte que yo, esto me rebasa y duele, duele mucho.

Sus ojos se volvieron más negros, era deseo puro lo que había en ellos. Con su mano recorrió mis labios, los acarició y pasó su lengua húmeda sobre ellos, cerré los ojos y volé. Me besó con pasión, pero solo unos segundos, porque se recostó a mi lado y yo me frustré y golpee la grama con los puños, unas lágrimas traicioneras se me escaparon de pronto. Sé que él me miraba, yo aún permanecía con los ojos cerrados y con sus dedos me limpió el líquido salado.

—Isabella, hagamos algo. —Giré para verlo—, si tú lo deseas no esperaremos más, pero es algo que debes pensar muy bien amor, es un decisivo y enorme paso, y no hay vuelta atrás luego de que suceda, ya no serás la misma, amor mío.

Sus palabras penetraron mi alma y mi corazón. Le respondí bajito.

—No sabes cuánto lo he pensado y confío en ti, te amo y estoy cien por ciento segura que no querría hacer el amor con nadie más en toda mi vida, luego de que suceda seguiré siendo yo, lo único que cambiará es que seré tuya para siempre.

Bastaron esas frases para que él asintiera lentamente.

—Tengo ocho meses en los que he sido el hombre más feliz de la tierra porque te tengo a ti.

Regresamos a casa en su nuevo juguete —una moto— regalo de su padre por sus excelentes calificaciones, a mamá casi le da un ataque cuando lo vio llegar en ella para buscarme, odiaba esos aparatos y yo les tenía miedo a decir verdad. Luego de convencer a mi madre de que mi novio no rebasaría los límites permitidos de velocidad, ella me dejó ir, pero no muy gustosa.

Un estallido de luces deslumbró el escenario, haciéndome regresar al concierto, varios bailarines salieron danzando y los gritos ensordecedores se hicieron más escandalosos. Con toda la magia y tecnología del mundo nuestros cinco adorados cantantes salieron debajo del escenario, ellos aparecieron

sobre una plataforma con unas poses de infarto y las tres gritamos tanto que al otro día seguro despertaríamos afónicas.

Everybody, yeah

Rock your body, yeah

Everybody, yeah

Rock your body right

Backstreet's back, alright

Comenzamos a bailar y a cantar al ritmo de los chicos y yo grité a todo pulmón:

—¡¡*Nick*, te amooo!!

—¡Oye, él es mío! —gritó Iveth porque de otra manera no la habría escuchado con tanto alarido, Mónica en medio de ambas sonrió de manera triunfal.

—¡Gracias al cielo, mi amor es solo mío, *Kevin*!

El concierto transcurrió durante dos horas en las cuales la pasamos grandiosamente, nuestros *amores* nos habían regalado lo mejor de su repertorio y antes de finalizar la última canción, *Brian* saludó con cariño:

—¡Buenas nocheeee! les damos las gracias por el enorme apoyo y antes de finalizar la última canción les tenemos una sorpresa... Hay una chica, *Isabella Landinez*, ven al escenario, *Isa*.

«*OMG, ¿yo?, ¿dijeron mi nombre?*»

Mis dos amigas brincaban como unas cabras locas y yo comencé a hiperventilar, en vista de que las piernas no obedecían a mi cerebro, Iveth hizo señas con sus manos a los guardias de seguridad.

—¡Ella es *Isabella*! —Estos captaron el mensaje y le guiñaron un ojo, dos de ellos llegaron a nuestros sitios y me tomaron de la mano para guiarme a las escaleras y subir al escenario.

Las fans estaban frenéticas, miré al público presente, pero con los fuertes reflectores mi vista no podía enfocar mejor, caminé lentamente con las manos sudadas. Allí estaban mis cinco amores: *Kevin*, *Brian*, *Howie*, *A.J* y mi amado *Nick*.

«¡*Ay Dios, que no me desmaye!*» Pedí en ese momento. Al llegar al centro los cinco me rodearon, se imaginarán todo lo que pasaba por mi mente en ese momento.

—Hola, Isa —saludaron en coro, las fans no habían parado de gritar.

—Ho... la. —Fue lo único que logré articular ¡eso era demasiado surreal!

—Esta noche seremos tus magos, te vamos a conceder tres deseos. A ver, chicas, animen a Isa, que luce nerviosa.

«¡¡ISA, ISA, ISA!! » Comenzaron a corear y yo tragué grueso, el nudo en la garganta era pesado, ¿tres deseos?

—¿Isabella? —Me pasó un brazo por el hombro, *Nick* y casi me da un patatús.

«Son tres deseos y son para mí» bien cerebro, enfócate.

—Deseo que mis dos amigas, Iveth y Mónica suban al escenario.

Aplausos y gritos continuaron, pude ver como los guardias de seguridad escoltaron a las chicas que estaban con los ojos desorbitados.

—¡Excelente, Isabella! quedan dos deseos más.

—Bueno... una foto con ustedes justo ahora. —Y de inmediato los cinco, sumados a mis dos buenas amigas, posaron para las cámaras que nos enfocaron frenéticas.

—Te falta solo uno —dijo *Nick* pegado a mí como lapa y justo en ese momento, inevitablemente, él regresó a mi mente, no podía estar fuera de esta por más de cinco minutos. Eso me aterraba, sentía que lo amaba tanto que el sentimiento no me cabía en el corazón.

Ya no escuchaba los gritos, ni a mis amigas, nada en absoluto. Solo quería regresar a casa, llamarlo y abrazarlo; de pronto las luces se apagaron y *Nick* me soltó, yo me quedé en mitad del escenario y una gran luz blanca me enfocó solo a mí. Una voz que no era de ninguno de mis ídolos comenzó a cantar *Drowning* e inició su caminata hacia mí ocupando el puesto en el que se encontraba *Nick*.

Dejé de respirar, era él. Alejandro. Mi corazón latió tan deprisa que me pareció haber corrido un maratón, me llevé ambas manos a la boca para no gritar.

«¡Dios mío!»

Nunca en mi vida alguien me había cantado una canción y mis *Backstreet Boys* no cuentan. Alejandro me tomó una mano, la besó con ternura y continuó cantando, la banda musical de los *BsB* lo acompañó y cuando fue la hora del coro los mismos *BsB* lo ayudaron.

Don't pretend you're sorry I know you're not You know you got the power to make me weak inside Girl you leave me breathless But it's ok Cause you are

my survival Now hear me say...I can't imagine life without your love And even forever don't seem like long enough 'Cause every time I breathe I take you in And my heart beats again Baby I can't help it You keep me drowning in your love Every time I try to rise above I'm swept away by love Baby I can't help it You keep me drowning in your love.

Ohhh sí... no simules que lo sientes... yo sé que no. Tú sabes que tienes el poder para hacerme débil por dentro, chica, me dejas sin aliento, pero está bien porque eres mi supervivencia... ahora escúchame decir: no puedo imaginar la vida sin tu amor. Y siempre, por siempre no parece mucho tiempo, porque cada vez que respiro te llevo dentro. Y mi corazón late de nuevo, nena, no puedo ayudarlo. Me tienes sumergido en tu amor, cada vez que trato de elevarme estoy limpio por amor, nena. No puedo ayudarlo, me tienes sumergido en tu amor

Eso era un sueño, en ese momento aluciné, había puesto tanto amor de su parte para darme esa locura de sorpresa. Quise llorar, gritar, reír, estaba temblando. Al terminar la última frase de la canción, Alejandro posicionó una rodilla en el piso del escenario y yo sentí que no podía más. « ¡¿Qué estaba a punto de hacer?!»

—Isabella Landinez, el amor en la vida es hermoso, está en el aire rodeándonos y no todos somos afortunados en encontrarlo, pero soy dichoso, yo, mi dulce amor, te encontré a ti y no hay dudas de esto que siento. —Sus ojos brillaron con adoración y yo no pude contenerme, me ahogué en llanto—, este es solo un paso porque desde hace ocho meses estamos más que unidos, contigo rio siempre, contigo soy sencillamente yo, amor mío, desde ese primer día que te vi sentada en las pequeñas escaleras de tu casa y te miré no tuve vida, te metiste en mi piel y en mi mente, supe que eras tú la indicada. Y no han existido dudas ni las habrá... cástate conmigo.

El estadio se volvió una locura de euforia total justo en ese momento, pero yo me concentraba en ese maravilloso hombre que me amaba así, como era, con mis defectos y virtudes, con mis locuras y con mis estúpidos kilos de sobra.

El llanto no me dejaba responderle, lágrimas a mares rodaban por mis mejillas, al final logré asentir y el sacó un anillo color plata con un pequeño corazón, lo colocó en mi dedo anular izquierdo y lo besó, se levantó del suelo y fuimos los dos seres más felices de la Tierra; y del mundo entero.

No me importó nada más salvo él... ya al otro día, mis padres me matarían por aceptar casarme a tan corta edad, aunque estaba segura que para la boda nos faltaba tiempo, sabía por qué me había pedido matrimonio, lo conocía tanto como él a mí.

Lo hizo por lo que habíamos hablado dos días atrás, si íbamos a dar ese gran paso, él quería asegurarse de que lo que íbamos hacer no estuviera mal porque ya estaríamos comprometidos, yo era muy apegada a mis creencias y religión y esta no permitía las relaciones sexuales antes del matrimonio, anticuado, pero si nos comprometíamos para casarnos podíamos hacerlo sin remordimiento. Y si fuese de otra manera, igual me habría entregado a él, estaba tan segura de nuestro amor como lo estaba del amor que sentía por mis padres.

—Esto es tan... extraño —dijo mi padre. Estábamos en la sala sentados en los muebles a un día después del concierto, Alejandro había venido hablar con los suegros para darles la buena nueva.

—¡Nada de eso querido, es amor! —Mamá estaba radiante de felicidad.

—¡Isa y Ale se van a casar y muchos niños van a crear! —Gabo canturreó esa canción que no sabíamos dónde había la escuchado, ese día estaba con su disfraz de hombre araña y corría por todos lados, pensé en niños y eso me asustó, no quería bebés hasta que tuviera treinta años, como mínimo.

—¿Qué opinan tus padres, Alejandro? —preguntó papá algo serio.

—Apenas termine con ustedes voy a conversar con ellos, entiendo su preocupación, sr. César, pero realmente amo a Isabella, la quiero en mi vida cada segundo del día a día. —Mamá soltó un suspiro—, por otro lado solo nos estamos comprometiendo, a ella le faltan dos años para terminar su secundaria y a mi uno, apenas termine, ingresaré a la universidad a estudiar Ingeniería Industrial y procuraré buscar trabajo, pienso que podemos casarnos en tres o cuatro años, todo depende de cómo se vaya dando la situación.

—Nosotros los ayudaremos, hijo. Ese amor que sientes por mi hija ha calmado mis dudas.

—Si Isabella derrama una sola lágrima por ti cuñadito, lo siento mucho, pero termina la tregua. —Mi guardaespaldas le ladró a mi novio y rompió el encanto del ambiente.

—¡César! —lo regañó mamá y él rio con malicia.

Cenamos y brindamos por nuestro futuro; amor y bendiciones fue lo que recibimos aquella vez y mamá no dejó de mirar mi anillo con ternura. Nos

despedimos de mis padres para irnos a casa de Alejandro, era el turno para darles la noticia a mis suegros, caminamos abrazados a paso lento.

—Iveth y Mónica te están adorando mientras que Hernán y Alfredo te odian, no podrán superarte. —Una sonrisa de orgullo se formó en mi labios—, ¿cómo se te ocurrió eso?

—Fue un arduo trabajo, amor, tengo algunos contactos cuyos padres trabajan con las disqueras del país y tenían acceso exclusivo a tus ídolos, fue una idea loca, pero debía intentarlo porque pedirte que fueras mi esposa debía ser un momento único y especial.

—Tú eres único y especial, no necesitabas hacer todo eso —dije apenada.

—Valió la pena cada segundo. Tu carita conmocionada y llena de lágrimas quedó plasmada en mi mente para siempre.

—¡Oye, no sabía que cantabas! de haberlo sabido, ¿para qué iba a ver a los *BsB* teniéndote a ti?

—Habrías ido de todos modos. —Me pellizcó la nariz riendo—, estaba tras bastidores mientras me preparaba para la pedida de mano y te escuché gritar a todo pulmón: *Nick, te amo*.

Quise convertirme en avestruz en ese instante, detuve la caminata y me paré decidida delante de él.

—Escúchame bien, mi amor, eres tú y solo por siempre, mi amor eterno...

—Detallé su cara y sonrió de medio lado, cosa que hizo que lo devorara con un beso.

Luego de unos minutos continuamos el camino a su casa.

Estábamos en total silencio, el padre de Alejandro, que finalmente tenía el gusto de conocer, permanecía sentado frente a mí, nos encontrábamos sentados en la mesa del comedor, se parecían mucho con la única diferencia que su padre tenía la nariz más pronunciada. Comimos un pie de limón que no sé quién hizo, pero mi suegra no había sido porque pude ver que lo sacó de un envase extraño.

—Y bien, hijo, ¿qué es eso tan importante que quieres decirnos?

—preguntó sin miramientos el sr. Leonardo —padre de mi novio— yo me quedé pegada al espaldar de mi silla con la mejor postura posible.

—Mamá, papá, he tomado una decisión importante en mi vida, he decidido dar un paso grande, ella... —Giró para verme y yo solo esperé por la reacción de sus padres—, me ha enseñado lo grande y valioso que es el amor, hoy es mi novia y pronto será mi esposa.

Silencio. Conté mentalmente durante diez segundos y Arturo inició la misma canción que nos cantó Gabo.

—¡Isa y Ale se van a casar y muchos niños van a crear!

« ¿Sería el nuevo hit del momento? » Alejandro rió, sus padres no. Parecían más bien estatuas.

—Me parece todo tan apresurado, Alejandro, pero si es tu decisión te apoyo.

—¿Qué dices, Leonardo? —La doña interrumpió con rostro agrio y eso me dio muy mala espina. Ella prosiguió, pero me miró a mí de forma repulsiva—, ¿qué le hiciste a mi hijo?

—¡Mamá!

Pero ella pareció convertirse en demonio, si yo no me hubiese levantado de la silla me hubiese golpeado, eso seguro. Su mirada me transmitió un odio profundo, tuve miedo, por primera vez en la vida tuve miedo de alguien. Yo retrocedí y Alejandro se colocó a mi lado, su cara se descompuso y el pequeño Arturo lucía muy quieto, el señor Leonardo no se inmutó.

—¡No la quiero contigo, ella es muy poca cosa para ti! —Al fin gritó su verdad—, te hemos pagado los mejores colegios, Alejandro, para que te relacionaras con gente a tu altura... —Me miró envenenada—. ¡A esta niña no la acepto, no la quiero en tu vida, por sobre mi cadáver te casas con ella! ¿Me has entendido? Llévala a su casa y regresas de inmediato.

No pude seguir escuchándola, no debía.

«¡Dios! ¿Qué era eso?, ¿qué pasaba con ella? »

—¿Papá? —Alejandro buscó el apoyo de su padre, pero claramente entendí que en esa casa la que mandaba era la doña.

—Lo siento, hijo, no puedo contradecir a tu madre y será mejor que lleves a Isabella de vuelta a su casa, ya es tarde.

Eso fue todo, que me gritara esa señora como lo había hecho y me humillara era mucho peor que me votaran dos veces de aquella casa, eso era demasiado. Sin pensar en más nada salvo en que me dolía el corazón horriblemente, salí corriendo de allí. Lloré desconsoladamente y antes de llegar al portón de entrada a mi casa, Alejandro me detuvo y me abrazó con fuerza.

—¡Isa, te amo, te amo, te amo! y digan lo que digan mis padres no van a cambiar eso jamás en toda mi vida.

— Ella... nos va... a separar, Alejandro —sollocé aterrada.

—¡No, te lo prometo! por esa luna que está en ese cielo, que nadie podrá con nuestro amor.

Algo dentro de mí gritaba que sí, que ella haría lo imposible por borrar me de la vida de su hijo.

Por unos días estuve en el cielo, pero comencé a caer en un pozo oscuro, miré mi anillo de compromiso que brillaba en todo su esplendor y ni así pude tener esperanzas, porque mi futuro era incierto, ya que mi suegra lo manchó. No sabía que esperar de ella, pero me encontraba segura de algo: no me quería como esposa para su hijo mayor.





Capítulo 6

CELOS

Fuimos de regreso a casa en otro taxi. Luego de nuestra conversación esa tarde sentía una mezcla de susto y valentía —menuda combinación— le pedí a mi novio no insistir con mi “adorada” suegra, se me había ocurrido la estúpida idea de hacerle creer que ya no éramos novios, pero Alejandro no aceptó tal sugerencia alegando que no tenía por qué negar su amor por mí; luego le sugerí que no le insistiera y le diera tiempo a que se hiciera a la idea de la situación, eso sí lo aceptó. Aunque con respecto al hecho de que no le dijera nada a mi familia sobre la negativa de su madre no estuvo de acuerdo, sin embargo no me obligó a contar la verdad, se moría de pena y vergüenza por el rechazo de la suya hacia mí. En fin, tiempo al tiempo le había pedido al cielo. Debía confiar en mí, en nosotros, me repetía esto como una mantra y debía creerlo.

Mi cabeza estaba recostada en el hombro de mi prometido quien a su vez tenía su cabeza sobre la mía, mientras sostenía mi mano izquierda, esa donde sonreía tímido mi anillo de compromiso color plata en forma de corazón, parecía que latía por cuenta propia aunque sabía que era un objeto inanimado. Por mi mente volaban muchas cosas y entre ellas la mentada Ximena, le pregunté bajito por ella, me sentí cómoda en ese momento como para hablar sobre aquella chica.

—¿Ale?

—Dime, dulce amor.

—¿Rudy y tu fueron novios? —Listo, le había lanzado la pregunta sin preámbulos y él respondió de inmediato para mi alivio.

—Realmente no, siempre hemos sido buenos amigos desde pequeños, su

padre y el mío trabajan juntos y ellos bromean siempre sobre nosotros, que si casándonos y cosas así. Ella es bonita no lo niego, hubo una temporada en que creí que podíamos ser más que amigos, pero ella no lo tomó en serio y pues continuamos nuestra amistad. Te juro que ella jamás se había comportado de esa manera como lo hizo esa vez en la presentación de la obra de teatro, aunque hace un buen tiempo la veo en compañía de un grupo de chicas nada inocentes que les gusta molestar a otras chicas. Intenté hacerla entrar en razón, pero se molestó conmigo y desde entonces, ya no conversamos tanto.

«¿Así que se conocían hacía mucho?»

Aunque dijera que era su amiga de siempre, ella desprendía algo que no me inspiraba confianza, si ya él había tratado de persuadirla sobre su comportamiento y ella lo ignoró, tan mansa paloma no era, cada persona se supone que sabe muy bien lo que hace, lo que es bueno y lo que es malo.

—Bueno... ella debe ser lo suficiente madura creo yo para saber lo que hace —respondí seria, él se giró y me miró risueño.

—¿Estás celosa?

—¿Debería? —contrataqué sin más con una ceja amenazadora.

—No. Yo te amo solo a ti, Isabella, solo a ti y a nadie más que a ti, no me veo con otra mujer que no seas tú dulce amor, estás muy dentro de mí. A ella solo le tengo cariño, son muchos años de amistad. Así que no hay de qué preocuparse. —Me abrazó con ternura y volvimos a la misma posición, segundos después se movió inquieto y me miró serio él a mí—, el tal Gerardo... —Sentí que pronunció el nombre de mi amigo con frialdad y a Gera si lo comparaba con Rudy, él era un ángel, ella era un demonio—, supongo que ya te has fijado que le gustas y mucho, estoy seguro que te ama Isabella, no lo culpo, eres un hermoso ser que es imposible no amar. —Sus ojos me miraron con adoración y me acarició la mejilla con sus dedos—, no lo quiero cerca de ti —dijo esto último muy tranquilo luego de que me hizo suspirar con esas palabras únicas de amor, puso la torta con su exigencia y yo me encontraba en una disyuntiva, no quería que se molestara y no quería que discutiera con Gerardo, así que hice lo de siempre para evitar más problemas. Mantuve la paz.

—Gerardo no representa ninguna amenaza para ti, es una buena persona, no lo conozco desde niña, pero si estoy segura de que no le haría daño a nadie, inclusive a ti, pero si eso es lo que quieres, lo haré. —Me sonrió, pero no era una sonrisa real, lo sabía porque ya yo conocía todos y cada uno de sus gestos:

sabía cuándo me mentía, cuando ocultaba algo, cuando intentaba hacerme creer cosas. Supongo que esa vez, él mismo se dio cuenta de que prohibirme cosas no era lo correcto, no tenía idea de por qué pensaba que mi amigo era una amenaza para él, yo lo amaba con locura, pero no dije nada más.

—No estés molesta, por favor preciosa. —Pareció una súplica.

—No lo estoy, solo confía en mí.

—Eso lo hago desde hace ocho meses.

La música retumbó en el taxi de regreso a casa, la radio estaba a un volumen prudente para mantener el ambiente, conocía la canción, mi madre adoraba las canciones de ese artista, él fue su ídolo de joven y lo continúa siendo, todavía en casa se escuchan sus canciones. Era *Sergio Dalma* y su éxito de los 90s *Bailar Pegados*. La había escuchado tanto que me sabía la letra, era sencillamente hermosa.

Bailar pegados es bailar, igual que baila en el mar con los delfines,

Corazón con corazón, en un solo salón dos bailarines,

Corazón con corazón y en un solo salón

Abrazadísimos los dos, acariciándonos,

Sintiéndonos la piel, nuestra balada va a sonar,

Vamos a probar, probar el arte de volar.

Bailar pegados es bailar..

Me concentré en la canción y la canté bajito para distraerme del hecho de que mi suegra me odiaba y mi novio me prohibía amistades; observé el taxista por el espejo retrovisor, un señor delgado de pelo negro, arrugué la frente porque por un momento se pareció al propio *Sergio Dalma*.

«Me estoy volviendo loca» pensé. Él me guiñó un ojo y me sonrió, seguro que vio en mi rostro la gran pregunta que seguro le habrán hecho muchas veces, « *¿Sabía que luce igual a Sergio Dalma?* » Le devolví la sonrisa y Alejandro me apretó la mano con suavidad.

—Soy muy posesivo aunque no lo demuestre, amor —me susurró al oído—, discúlpame por esa estupidez que te pedí de que no sigas la amistad con tu amigo, solo olvídalo, te prometo comportarme la próxima vez que lo vea. —Y dicho esto solté un largo suspiro que no sabía que estaba reteniendo, me abrazó y le correspondí, de nuevo miré al clon de *Sergio Dalma*—. Por cierto, amor mío, cantas lindo.

—Embustero. —Le propiné un golpe con cariño en el hombro y mis mejillas se encendieron por el roce de sus labios en mi oído.

—No lo soy y sabes que no miento, Isabella —refutó sobándose.

—Okay, está bien, buscaré un sello discográfico que quiera hacerme famosa.

—Eres tremenda, Srta. Landinez.

—Y tú eres un adulador, ¿buscas algún fin con ello? —Alejandro, pensó su respuesta sosteniendo su mentón, se debatía, pero ya sabía yo a dónde quería llegar.

—Pues digamos que sí, busco un fin con esto. —Me besó y yo morí de pena de inmediato, sus muestras de cariño en público todavía no las toleraba, me ocasionaba mucha vergüenza que nos estuvieran mirando, él sintió mi incomodidad y cortó el beso.

—Ale, por favor. —Sonreí con timidez.

—Ya lo sé. Ya lo sé, pero contigo me resulta imposible controlarme. No sé por qué te apenas del amor, preciosa.

—Ya lo sabes, no me gusta que nos vean.

—Dime algo, ¿qué harás el día de nuestra boda cuando el sacerdote diga que podemos darnos un gran beso luego de que nos declare marido y mujer?

—Sonrió de oreja a oreja.

—Ese día no tendré nada de pena porque estaré delante de nuestros amigos y familiares, y sobre todas las cosas tú estarás allí y ya nada más importará.

De nuevo en aquel instante vino a mi mente su madre, solo repetía mi mantra y me aferraba a ella como un salvavidas en pleno océano, ya que no la visualizaba aceptándome, pero no dejaba de recordarme: «allá arriba esta él... y no me abandonará»

Era el mes de septiembre, el mes del cumpleaños de Alejandro, específicamente el día ocho, casualmente yo también cumplía ese mes, el veinticinco; y sería mucho más que especial porque sería nuestro noveno aniversario. Había pasado ya una semana desde que me contó sobre las amenazas de su madre, él hizo lo que le pedí y yo no le insistí de nuevo, me decía que por su casa sus padres se mostraban indiferentes —ni me mencionaban, ni nada parecido— que se comportaban como si nada hubiera pasado.

«¡Menudo par de locos!»

Por otro lado, en casa mi familia continuaba con planes de boda y eso que

no se tenía fecha todavía, eran un caso, sobre todo mamá, le hacía tanta ilusión verme vestida de novia, parecía que era un sueño para ella, que lo deseaba desde siempre y que anhelaba que se hiciera realidad. Yo la dejaba soñar porque eso la hacía feliz y la entretenía, así no me bombardeaba a preguntas sobre porqué mis suegros no sabían nada aún del compromiso. Mientras repetía la mentira: «Sus padres están muy ocupados mamá, ya pronto lo sabrán, hay tiempo.»

A mis amigas no las podía engañar, a ellas les confiaba más cosas, no era porque no le tuviera confianza a mi madre, solo que no quería que sufriera, ya con un solo corazón preocupado y triste bastaba.

Traté por todas las formas posibles de permanecer tranquila y mantener mi mente en *off* de pensamientos negativos, por tal motivo deseé hacerle algo muy especial a mi prometido para su cumpleaños. Me encontraba en mi cama recostada sobre las almohadas a las nueve de la noche, tenía esparcidos por todo el colchón: cartulina, colores, calcomanías adhesivas, escarcha y un labial rosa. Como cada mes, le regalaba una tarjeta hecha por mí, con una dedicatoria, decorada muy linda y al final del escrito le estampaba mis labios pintados, un beso como mi firma especial, Alejandro adoraba eso y cada vez que le entregaba mis tarjetas personalizadas, las leía y me regalaba un beso largo y lento que hacía que mi corazón se quisiera salir por la boca. Así que para su cumpleaños le haría también una tarjeta especial.

Ideaba un plan, algo que lo sorprendiera, estaba sumida en mis pensamientos cuando mi pequeño hermano entró a mi cuarto, esa vez venía con el disfraz de *Hércules*, se veía precioso.

— *Hércules*, ¿dónde dejaste a *Pegaso*? —Le sonreí con ternura, él apretó su boquita sosteniendo la carcajada, me hizo gestos con sus manos mientras me explicaba donde se encontraba el caballo volador.

—Isa, ya te dije que *Pegaso* siempre está volando por allí y no quiere entrar a la casa.

—¡Cierto, menuda cabeza la mía tan despistada, caray! —Mientras le decía eso me coloqué las manos en la cabeza negando. Sí, exacto, debía creer que él era realmente *Hércules*, a él le fascinaba eso sobre todo conmigo. César antes jugaba con él, pero desde hacía una temporada no le parecía gracioso que Gabo anduviera de disfraz en disfraz, según él ya debía madurar.

—Además, sus popos son muy grandes y mamá se desmayaría limpiando eso. —Yo reventé a reír solo de imaginar a un real *Pegaso* en la sala haciendo

sus popos por todos lados y mamá irritada limpiando aquello.

Mi hermano mayor entró a la habitación, se encontraba preocupado y yo detuve la risa de inmediato, nos miró a Gabo y a mí y detuvo su mirada en mis ojos.

—Mamá debe irse viaje. —Me levanté de inmediato de la cama y Gabo me abrazó por la cintura.

—¿Qué sucede? —pregunté con angustia.

—Parece que nuestra tía Julia está enferma y necesita ayuda.

—¿Tan mal se encuentra?

Tía Julia era la hermana mayor de mamá, ellas eran tres hermanas, tía Julia era la mayor, enviudó dos años atrás y solo tuvo una hija —mi prima Cecilia— quien vivía muy lejos, en Australia con su pequeña niña y su esposo, luego seguía mamá y tía Clara, que es la menor, ésta vivía desde hacía un año en México gracias a su artesanía, desde pequeña recuerdo verla haciendo adornos de barro y la mayoría de las veces que íbamos a visitarla tenía muchos adornos y pintura regada por toda la cara, brazos, manos, hasta en el cabello, pero siempre con una enorme sonrisa. César respondió a mi pregunta.

—Se cayó por las escaleras y se fracturó la cadera, nuestra prima no puede viajar ahora, por su hija, la pequeña tiene varicela así que mamá no puede dejar desamparada a nuestra tía, debe irse a cuidar de ella una temporada. —Mi hermano negó con la cabeza y me preocupé aún más—, papá se va con ella porque casualmente tiene que trabajar en esa ciudad durante dos meses.

—¿Nos quedaremos solos?, ¿quién cocinará? —preguntó Gabo aún abrazado a mi cintura.

—Lo haré yo pequeñín, aunque César deberá lavar los platos.

—Eso no me gusta, Isa, ¿por qué debo lavar los platos yo? —Arqué una ceja y contemplé a mi hermano, él detestaba lavar platos, pero no sabía cocinar y puesto que debía ayudarme, lavar platos sería su gran ayuda.

—¿Por qué crees, querido genio? A menos, claro, que quieras cocinar tú.

—¡Yo los puedo lavar! —vociferó mi hermano pequeño.

—¡NO! —gritamos nosotros.

La última vez que lo hizo, fue por su insistencia que se lo permitimos, esa vez mis padres se fueron a un viaje de fin de semana, era su aniversario de bodas. Yo había hecho arroz chino —mi especialidad— y a mi pequeñín le

gustó tanto que decía que debía recompensarme lavando los platos porque se había percatado de las caras agrias de César cada vez que le tocaba hacer ese trabajo. Se lo permitimos, pero solo los platos, las ollas y demás corrían por cuenta de César, lamentablemente se coló un cuchillo filoso con los platos y el resultado fue un corte en uno de los nudillos de su manita que ameritó cuatro puntos; desde entonces le prohibimos la entrada a la cocina a menos que fuese para comer.

Fijé la mirada en Gabo, estaba con la carita mirando el piso y lo noté triste. Me arrodillé hasta quedar a su altura y le levanté el rostro con ambas manos.

—Ey, *Hércules*, se supone que los súper héroes no lavan platos, eso lo hacen los villanos, por eso César es el lavaplatos oficial de la casa. —Gabo comenzó a reír y mi hermano mayor rodó los ojos, pero me guiñó uno y levantó los brazos.

—¡Soy el malvado *Hades* y por ser tan malévolos me toca lavar platos!

—¡Sí, debes lavarlos todos! —canturreó nuestro pequeño *Hércules* y salió disparado de la habitación mientras César y yo reímos.

—Ya saben, niños, nada de travesuras aunque ustedes son mis ángeles bien portados.

Estábamos en el aeropuerto despidiendo a nuestros padres, ya se encontraban a punto de abordar, papá prometió venir cada quince días a darnos una *vuelteca* como todo padre preocupado. Nos dejaron comida como para un año y dinero suficiente para algún imprevisto.

—Estaremos bien, mamá, prometido —aseguré, mientras la abrazaba largo y tendido, de verdad la iba a extrañar.

—Despídeme de tu futuro esposo, hija. Me entristece no verlo por un tiempo, pero sé que va a cuidar muy bien de ti, sus ojos me lo dicen, el cómo te trata, te mira, es una bendición en tu vida.

Se me encogió el corazón al oírla, esperaba que cuando se encontrara de regreso el panorama estuviera mucho mejor. Nos terminamos de despedir y mis hermanos y yo nos quedamos hasta que el avión despegó por el hermoso cielo lleno de nubes al amanecer.

Regresamos a casa, César manejaba porque yo aún no podía hacerlo, no tenía licencia. Gabo se había quedado dormido, el vuelo salió muy temprano y habíamos madrugado, miré mi reloj y apenas eran las siete de la mañana de un sábado, deseaba dormir un buen rato.

Al llegar a nuestra calle, en la casa de la otra acera no vi movimiento alguno, seguro debían dormir. Tenía menos de doce horas sin ver a mi novio y lo extrañaba un mundo. Mi hermano detuvo el auto y bajamos, yo me apresuré a abrir la puerta de la casa y César se encargó de cargar a Gabriel.

Gabriel ya estaba en su cama y César se había marchado a un partido de fútbol, pues pertenecía a un pequeño equipo de nuestra preparatoria, casi siempre lo acompañaba, pero ese día me encontraba agotada. No había terminado de acostarme cuando escuché el timbre, volví a mirar la hora: 7:50 am, ¿quién en su sano juicio visitaba a esa hora un sábado? Bajé las escaleras para abrir la puerta refunfuñando.

—¡Hola, Isa!

—¿Gerardo? —Pestañeeé varias veces ¿Por qué Gerardo venía a mi casa y a esa hora? quise cerrarle la puerta en la nariz, mis pocas horas de sueño me tenían irritada.

Mi amigo me ojeó de pies a cabeza y fue ahí en donde me fijé, que estaba en pijama, me vestí así para sentirme cómoda, era mi casa y no pensaba recibir visitas a menos que fuese mi novio. Gerardo parecía bobo, debió ser porque estaba mostrando mucho las piernas, pensé en despacharlo de inmediato, el sueño me estaba venciendo.

—¿Dormías aún? Lo siento. —Se encogió de hombros. Yo no lo saqué de su equivocación para que se marchara pronto.

—Sí... dormía, ¿en qué te puedo ayudar?

—Tu hermano César me pidió pasar por él para el partido.

—Él se fue hace rato, Gera, creo que se le olvidó. —Me observó pensativo y de nuevo me miró extraño. Yo me abracé tratando de cubrirme porque estaba incomoda.

—Para estar recién levantada te ves tan hermosa.

—¡Isabella!

«Ay. No, por favor.»

Eso era lo que me faltaba, ese día, todos decidieron hacer visita mañanera, Gerardo se giró y detrás de él estaba mi novio con cara de asesino, de sus ojos salieron llamas o eso pareció, observó rabioso a mi amigo y luego me miró a mí. Oh, oh, escaneó mi pijamita y me mordí el labio nerviosa.

«¿Por qué me quité la ropa que tenía puesta? »

—¡Por el amor de Dios, Isabella! ¿Te puedes cubrir? —Su voz sonó muy rabiosa y lo entendía, era su prometida en pijama frente a otro hombre.

—No deberías hablarle así, no hay necesidad —escupió Gerardo.

—No está presentable para recibir visitas. —Alejandro trató de justificarse, pero su cuerpo proyectaba tensión.

—De igual manera, Isabella es una buena chica, a la que nadie debería hablarle como tú lo estás haciendo, así seas su "prometido".

Me dieron nervios. Sentí que iba a desmayarme, Alejandro acorraló a Gerardo y lo estampó a la pared, sus labios se apretaron por la rabia y yo intenté persuadirlo.

—Alejandro por favor, no pasa nada, Gerardo vino por César, pero ya se iba.

—Isabella, mejor no digas nada —Su voz salió filosa y sus palabras me helaron la sangre, no lo reconocía. Gerardo no se intimidó y lo desafió.

—¡Deja de hablarle de esa manera, idiota! —Y así fue como Alejandro, perdió el control por completo, con la mano cerrada en puño golpeó el pómulo de Gerardo, y como era de esperarse éste también, respondió.

El corazón me saltó en el pecho, esos dos hombres se iban a matar y yo de pie veía todo, petrificada.



Capítulo 7

LA SORPRESA DE CUMPLEAÑOS

Golpes fueron y vinieron, se escucharon sus gruñidos y jadeos bajos, para mi fortuna, porque si se hubiese armado una pelea a gritos hubiera tenido a los vecinos frente a mi casa en menos de lo que canta un gallo, sin contar que uno de esos vecinos era la madre de Alejandro. Traté de intervenir, pero me arrepentí al pensar que podría recibir un golpe de alguno de los dos, sería algo trágico para todos y mi falta de sueño efecto del madrugón, sumado a las noches en las cuales no había podido dormir por la realidad en la que me encontraba, pasaron factura en mi estado de ánimo. Un escalofrío recorrió mi columna seguido de un mareo y antes de que cayera al piso, llamé a mi novio.

—Alejandro...

Alcohol. Ese olor me recordó a los hospitales a los cuales les tengo pavor porque son sinónimo de enfermedad. El olor traspasó mis fosas nasales, era tan fuerte que me hizo volver a la realidad. Abrí los ojos poco a poco, no quería hacerlo, deseaba seguir así inconsciente lejos de la tristeza y preocupación, ajena a discusiones y odio, apartada de todo dolor, porque al pensar en todo eso de mis ojos se escapaban las lágrimas como gotas frías de esas que se desprenden de los árboles luego de la lluvia. Unos dedos limpiaron con suavidad mi rostro, ya sabía quién era aunque mis ojos permanecieran cerrados, conocía sus dedos a la perfección al igual que su perfume, lo podía oler a millas.

—No llores, por favor, no quiero que llores, no por mí, ni por... tu amigo, ni por nadie. —Lo escuché hablar y decidí volver, apreté aún más mis ojos, su comportamiento me había decepcionado, prometió comportarse y no lo hizo,

me giré ignorando sus palabras y me percaté de que me encontraba en mi cama.

—¿Dónde está Gerardo? —pregunté a secas.

—Se acaba de marchar justo ahora cuando vio que volvías en sí. Antes de que digas algo, ya me disculpé con él, entendió mis ridículos celos, debo reconocer que Gerardo no es mala persona.

«Vaya, eso no lo vi venir» pensé que estaría en plan de «soy posesivo, bla, bla, bla.» Tuve que reconocer que mi novio supo enmendar sus errores, sin embargo seguía dándole la espalda.

—Isa, no quiero causarte daño alguno y mucho menos sufrimiento, hacer eso es hacerlo contra mí mismo. Lo siento, de verdad lo siento.

—No quiero que hagas ese tipo de cosas y luego te disculpes —Me giré para enfrentarlo, debía decirle eso cara a cara así me muriera por dentro, él estaba sentado casi a mi lado con su rostro cerca, no se veía tan mal salvo por el pequeño moretón en una de sus mejillas—, si en ésta relación va a seguir habiendo desconfianza yo prefiero que terminemos ahora.

—Estás molesta y decepcionada, por eso me dices eso, pero así me alejes de ti siempre, siempre, siempre te voy amar. —Un nudo aplastante se formó en mi garganta.

—Ya no podría vivir sin ti así te quiera echar a patadas de mi cuarto, no puedo estar lejos de ti, eres parte de mí Alejandro, de mi cuerpo, eres como una pieza esencial de mi corazón. Solo de imaginarte lejos duele y mucho —dije lo que mi corazón sentía y era la verdad, Alejandro se recostó a mi lado y me abrazó, yo me acurruqué a él, quedé metida en su pecho aspirando su olor, muy quieta, escuchando a su corazón latir acelerado, pero poco a poco se fue ralentizando mientras yo fui cayendo en un sueño profundo.

—¡Isa y Ale se van a casar y muchos niños van a crear! ¿Ya tendrán bebes?

Mi encantador hermanito se encontraba de pie en la puerta de mi cuarto, la puerta estaba abierta de par en par así que supuse que Ale la había dejado de esa manera para evitar malos entendidos con mis hermanos, sobre todo con el guardaespaldas mayor. Reí mientras me sentaba en la cama, estiré todo mi cuerpo observando a mi novio, nuestro pequeño cantante no logró despertarlo. Me coloqué el dedo índice en la boca dándole a entender a Gabriel que no hiciera más ruido, gateé hasta la orilla de la cama muy despacio y bajé de esta con cuidado hasta el baño, decidí cambiarme el pijama por un short de jean y

una franelilla blanca con las iniciales en color negro de los *Backstreet*, dejé mis pies descalzos y arrastré a Gabo conmigo hasta la cocina.

—¿Qué hacían tú y Alejandro en la cama? Todavía no se casan para dormir juntos. —Imaginé que mi pequeño curioso preguntaría eso, él se encontraba sentado en uno de los taburetes de la pequeña isla de la cocina mientras yo le respondía, me dirigí a la nevera, aunque mamá sabía de sobra que podía cocinar, decidió dejar adelantado algunas viandas de comida. Escarbé la que contenía pasta con salsa boloñesa y procedí a calentarla en un sartén, prefería eso a usar el microondas, era más sano.

—Lo que viste. Solo dormir, Gabo, solo hacíamos eso. No tiene nada de malo dormir juntos sin estar casados.

—Pero él te tenía abrazada cuando llegué, solo que se movió un poco y su brazo se soltó de ti. Van a tener un bebé. —Yo comencé a reír de su inocente ocurrencia, le di la espalda para enjuagar la paleta de madera que utilizaría para remover la pasta.

—No te preocupes por eso, Gabo. Aún no serás tío, a la cigüeña le falta mucho para que me visite, créeme pequeñín que serás el primero en saberlo, incluso antes que Alejandro, cuando venga un bebé en camino te lo contaré.

Gabo rio bajito y luego aumentó su risa más y más, yo aún continuaba en mi labor de enjuagar la paleta de madera.

—Protesto, debería ser yo quien se entere primero cuando vayas a tener a mi hijo, dulce amor. —Los labios de Alejandro se pegaron a mi oído y las palabras que susurró me dejaron atontada, giré y sus ojos negros lucían brillosos. Me guindé de su cuello.

—Pues ya se lo prometí a mi hermanito y una promesa es una promesa, pero cuando ese día llegue les daré la noticia a los dos juntos.

—¿Cuántos hijos tendremos?

—Tres, pero primero quiero una niña. —Sonreí como tonta.

—Una niña entonces... que será tan hermosa como su mamita.

— Y con los encantos de su papito.

Abracé a mi prometido e imaginé todo ese futuro junto a él sin nada que lo empañara. Almorzamos los tres juntos entre bromas, risas y las ocurrencias de mi pequeño hermano. Luego entre los tres recogimos la mesa y en vista de que el lavaplatos oficial no se encontraba en casa, mi novio se ofreció voluntario. El teléfono auxiliar de la cocina sonó y me emocioné, pensé que era mi madre.

—*Buenas tardes, familia Landinez Villareal —dije con una enorme*

sonrisa, mamá adoraba que respondiéramos el teléfono de esa manera.

—¿Le podrías decir a mi hijo que venga a su casa a almorzar? o mejor pásale el teléfono ahora.

Su voz sonó a reclamo, nada más oírla mi cuerpo se enfrió, ya habían pasado dos semanas desde la última vez que la vi y al parecer su "cariño" hacia mí permanecía intacto. No le respondí, simplemente le di el mensaje a Alejandro.

—Alejandro... te llama tú mamá. —Él detuvo su quehacer y se puso serio, se secó las manos con una de las pequeñas toallas de la cocina.

—¿Qué pasa, mamá?... ya almorcé, no te preocupes... no... sí ya lo sé... ya te dije que dejes de decir eso, por favor... no me amenaces... solo un rato más y me voy a casa... bien.

Estaba sentada junto a Gabo en los taburetes de la cocina, me contaba del próximo súper héroe que deseaba ser mientras lo dibujaba en un block de hojas blancas que usaba para ello. En realidad no le presté atención porque estaba escuchando lo que Alejandro conversaba con su madre. Mi novio se acercó precavido, me dio un beso en la frente y acarició todo mi rostro.

—¿Dónde está mi encantadora suegra? —Cambió de tema, no hizo falta que dijera otra cosa. Le expliqué de inmediato el por qué mamá no estaba en casa al igual que mi padre, él asintió y su ánimo cambió un poquito ya que esa llamada lo había afectado tanto a él como a mí.

—Debo regresar a casa, te prometo volver más tarde.

No le dije palabra alguna. No podía decir nada en aquel momento, quería solo gritar y sacar toda la impotencia que me embargaba, lo miré fijamente, mis ojos le transmitieron mi rabia e impotencia. Al instante me tomó la mano que llevaba el anillo que me dio como símbolo de una promesa que se mantenía a pesar de los inconvenientes, me puso de pie y salimos de la cocina, Gabo se encontraba concentrado en su dibujo. Apenas salimos de la cocina, Alejandro me pegó a la pared y me besó con desespero, con dureza y desesperación, yo hice lo mismo, nuestras lenguas chocaron, parecían estar en guerra, pero era todo lo contrario, ambos transmitíamos lo que ese amor significaba para cada uno, no queríamos que muriera nuestra esperanza, nuestro lazo, nuestra unión, nuestra relación, nuestro amor.

Nos detuvimos aunque no queríamos, pero necesitábamos respirar, estábamos agitados por la reacción luego de la llamada.

—¿Qué te dijo esta vez? —No pude evitar preguntar.

—Nada que nos amedrente, amor mío, estoy haciendo lo que me pediste, ella me dice cosas y yo simplemente las ignoro. Tampoco le he hablado más sobre ti.

—Está bien, Alejandro, sigamos ese plan por ahora.

—Hasta que ya no pueda más y explote.

—Puede que yo explote después de ti, soy más paciente. —Traté de bromear, el negó con media sonrisa de lado y me besó en la frente y se fue a su casa decaído.

El fin de semana fue lento, Alejandro volvió a visitarme el domingo ya muy tarde, César se molestó un poco por la hora, pero eso me lo dijo solo a mí para que yo se lo hiciera saber a mi novio. El motivo de su visita a las nueve de la noche fue lo que me supuse más temprano, su madre lo entretuvo en ciertos quehaceres de la casa, tonterías a las que debía obedecer como todo buen hijo. No podía reclamarle nada, simplemente disfruté de nuestra media hora.

—Deja de pensar tanto, Isa, vas a envejecer. —Iveth bromeó sacándome de mis pensamientos. Estábamos en clases de Castellano leyendo párrafos de *La Ilíada* los cuales debíamos interpretar, era un trabajo en grupo de tres, ya casi finalizábamos y me disculpé de nuevo con mis dos buenas amigas ya que ese día estaba hecha un lio para poder interpretar otra cosa que no fuera mi vida amorosa.

—No te culpo, esa señora está afectando tu vida amiga, creo y te lo repito de nuevo, habla con tu madre sobre esto, tal vez si ella intercede...

—No, ya les dije que no, no insistas Mónica, no voy a meter a mi madre en esta pesadilla, tengo fe de que las cosas van a mejorar. Cambiemos de tema, ¿sí? Alejandro cumple años este viernes y quiero hacer algo especial, ¿me pueden sugerir ideas?

—Secuéstralo. Te lo llevas a un hotel y le haces el amor toda la noche. —Mónica se tapó la boca para no soltar la risotada y yo enterré mi rostro en la mesa del pupitre, les hablé desde allí porque estaba sonrojada al máximo.

—¡Iveth, por las barbas de Neptuno como diría papá! cuando Alejandro y yo demos ese paso se los haré saber, luego prométanme no tocar más ese tema en la vida.

—¡Prometido! —exclamó Iveth mostrando sus perfectos dientes blancos.

—Puede que también te lo prometa, pero por lo general es ella... —Mónica dijo eso señalando a nuestra adorada amiga—, quien pide esa

información, créeme, yo no deseo saber nada de nada.

—Bueno, ya, mejor pensemos que sorpresa se le puede dar al cuñado.

—Le puedes preparar una cena romántica en tu casa, solo los dos, de tus hermanos me puedo encargar yo —sugirió Mónica.

—Yo insisto en lo del secuestro —repitió mi traviesa amiga.

—No voy a ir a ningún hotel con mi novio, Iveth, así que mejor piensa en otro plan —murmuré por lo bajo.

—Solo bromeo, Isa... déjame pensar... umm ¡Lo tengo! Llévalo a la playa y cenan bajo la luz de la luna sintiendo el sonido de las olas a lo lejos, eso es muy romántico, te podemos ayudar a escoger algo bien lindo que ponerte ese día.

—Eso suena bonito, creo que será entonces cena en la playa, hablaré con mamá, no creo que se incomode por el hecho de que salga a solas con Alejandro a la playa.

—Tu mamá es un encanto, no creo que se moleste por eso. —Mónica tenía razón, así era mamá y lo es aún. Y yo me siento feliz de ser su hija.

—Entonces Ale y Gerardo se fueron a los golpes, guerra de hombres por Isabella, que emocionate, nena. —Mi amiga Iveth cambió de tema, estaba que no cabía de felicidad, solo ella se puede emocionar por una pelea.

—¡Me desmayé! escuchaste esa parte, ¿cierto? —Le reclamé.

—Pues sí, eso le dio más emoción a la escena, es que me imagino todo y quiero que Hernán se pelee con alguien por mí. —Iveth lucía divertida.

—Eres un caso perdido, chica —Fue inevitable no reír.

Llegó el día del cumpleaños de Alejandro.

—Así que tu mamá te hará fiesta de cumpleaños.

Me sentí frustrada, mi sorpresa de cena romántica en la playa se había arruinado, la doña tenía planes para su hijo ese día. Como no, lo hacía a propósito.

—Me lo acaba de decir justo ahora, según ella debido a que es mi último año con mi grupo de secundaria, debo celebrar con ellos porque tal vez no los vuelva a ver, esta vez tiene razón, he compartido con mis compañeros desde preescolar. Quiero que estés conmigo ese día, que los conozcas.

—¿Te estás escuchando? —Lo observé fijamente.

—Mis padres no estarán en casa, Isa, fue mi pedido para aceptar esa fiesta, mi madre casi me suplicó. —Me acarició una mejilla y se percató de

mi tensión.

—Algo trama, ¿no crees?

—No, no lo creo, aunque tal vez quiero darle el beneficio de la duda. Por favor, dulce amor, di que sí, así conoces mi entorno y a mis amigos.

—¿Amigos? si va a estar Rudy, créeme, no iré. —Me crucé de brazos en protesta.

—Ella no fue invitada, otra de mis peticiones. —Pensé la situación, era su cumpleaños, debía complacerlo, pero no quería estar sola en ese lugar rodeada de gente extraña así que le pedí algo.

—Si voy yo, quiero que Mónica e Iveth me acompañen.

—Nada me agradaría más, acompáñenme todas ese día e inviten también a Hernán y Alfredo.

Asentí, no podía hacer otra cosa, al menos mis amigas estarían conmigo ese día en *Monster House*.

—¡Lista, te ves preciosísima, Isa!

Me encontraba en mi habitación con mis amigas quienes decidieron venirse conmigo luego de clases, con toda su indumentaria y demás accesorios para la fiesta de cumpleaños de Alejandro. Sus novios ya se encontraban cerca.

Me observé al espejo, mi cabello perfectamente secado en pequeñas ondas sueltas en las puntas, una falda corta vaporosa color negro, una blusa color crema transparente de mangas cortas y unos zapatos no muy altos porque no los toleraba mucho. Lucía bien a mi parecer.

—¿En serio no me veo... ya saben... con sobrepeso?

—Okay, tú la tomas por los brazos mientras yo la cacheteo, Iveth. —Mis amigas me escudriñaron con sus miradas y negaron, Iveth me habló.

—Estás con Alejandro que te ama realmente, ¿él te ha dicho algo de tu cuerpo? No lo creo... y por Dios, te ves linda así como estás, no luces como una modelo porque el trabajo de ellas es estar raquílicas para pasear en las pasarelas. Tú eres una chica normal, con el corazón incondicional y más grande del mundo entero.

Mónica y yo nos quedamos perplejas, nuestra querida Iveth no era de expresarse de esa manera, sin embargo esa vez nos había dejado sin palabras. Mis ojos se nublaron y prohibí a las lágrimas salir o mi maquillaje se iría al carajo. Las dos la abrazamos expresando todo nuestro cariño, ¿qué sería de la vida sin unas grandes amigas así?

El timbre sonó, debían ser Hernán y Alfredo. Bajamos de inmediato y en efecto eran ellos. Luego de los saludos, piropos y piquitos de parte de los chicos a sus novias, nos dirigimos a la casa de Alejandro.

Había varios autos estacionados a lo largo de la calle, la música ya resonaba en el lugar. Y no sé por qué me dio miedo seguir y me entraron unas repentinas ganas de regresar a mi casa. Frené mi andar, las chicas giraron y me miraron dubitativas.

—¿Isa? —Mónica preguntó con intriga, yo suspiré hondo y sonreí.

«*Deja de ser cobarde*» me regañé.

—Creo que con estos zapatos no aguantaré la noche, por fortuna vivo cerca.

Todos rieron por mi loco comentario y continuamos avanzando. Llegamos a la entrada, noté algunos chicos sentados afuera fumando, conversando amenamente, uno que otro nos lanzó miradas extrañas, pero prosiguieron en lo suyo.

La puerta de la casa se encontraba de par en par por la fiesta, entramos a esta y me quedé viendo la decoración que consistía en algunos globos en tonos azul y blanco, observé a varios chicos con sus chaquetas de promoción, en los colores que representaban a su secundaria de niños ricos. Alejandro no se veía por ningún lado, lo busqué con la mirada, pero no daba con él. Observé que había muchas chicas bonitas y bien vestidas, sentí vértigo.

—Sonríe que hoy es el cumpleaños de tu novio, Isa —Mientras Mónica me sostuvo la mano, dijo aquello.

—Te juro que en estos momentos te quiero sacar de aquí e irnos a un lugar solo los dos, dulce amor. —Mi corazón se detuvo por segundos, Alejandro tenía sus labios pegados a mi oído y su pecho pegado a mi espalda. Me giró hacia él y me besó delante de todos, yo traté de controlar el hecho de que éramos el blanco de muchas miradas curiosas, escuché unas risitas divertidas —las de mis amigas— mientras que sus novios reían cómplices. Mi novio cortó el beso, debió sentir la tensión en mi cuerpo, miró mis labios mientras se mordía el suyo y yo tragué grueso—, simplemente estás hermosa, amor mío.

—Bueno... feliz cumpleaños. —Fue lo único que pude articular porque mi mente se encontraba en blanco, se le veía impresionante con ese jean negro, una camiseta blanca debajo de una chaqueta de cuero negra y su perfume, aquel que me volvía loca cuando mi nariz lo inhalaba. Estaba embelesada mirándolo de arriba abajo.

—Isa... cierra la boca —susurró mi queridísima Iveth, cortando mi momento feliz.

—La tengo cerrada, amiga —respondí sonriente, en realidad si la tenía abierta, pero solo un poquito.

El resto de mi grupo procedió a felicitar a Alejandro, cada uno le entregó un obsequio y yo le di la pequeña tarjeta hecha por mí, dentro de esta se encontraba la invitación a cenar para el siguiente día. Él me besó la frente y tomó mi mano, nos guió por toda la casa presentándonos a cada uno de sus amigos y a cada uno les dijo que era su novia con una sonrisa de orgullo, a mí me derretía cada vez que hacía eso. Algunos de los invitados fueron amables, otros no tanto, en sí la mayoría de las chicas fueron menos receptivas, sobre todo conmigo o esa fue mi impresión.

La fiesta transcurrió amena, agradable. Comida, bebida y postres iban y venían de la mano de los mesoneros, Alejandro se dividió para poder compartir entre sus invitados y nosotros, pero con mi grupo se demoraba más de lo debido. Me llenaba de besos en la frente, mejillas y besaba mis labios cada vez que se acercaba a nosotros, bailamos varias canciones tan pegaditos que nos sentíamos en el cielo, a veces parecía que estábamos solos sin más nadie en aquella casa.

A las 11:49 pm cantamos el tradicional cumpleaños feliz antes que saltáramos al día nueve. Luego de comer el rico pastel la fiesta siguió, eran las dos de la madrugada cuando mis amigos decidieron irse, sus casas estaban algo apartadas, en vista de que ellos se iban yo no quería seguir en la fiesta, no quería sentirme como ratón de laboratorio. Pero mi amado no lo permitió. No me quedó otra alternativa que despedirme de ellos y continuar en la fiesta.

Transcurrida exactamente media hora en la cual Alejandro me tenía aprisionada en sus brazos en uno de los muebles, llegó ella. Su amiga Rudy, envuelta en un vestidito exageradamente vulgar y corto, en el que se podía verse más allá; todos los chicos del lugar se babearon viéndola. La detallé, ella era una de las modelos a las que se refería Iveth y no se podía negar que lucía perfecta. Sus ojos buscaban algo, a mi novio, al localizarlo se encaminó a nosotros, Alejandro no había notado la llegada de su amiga, al notar que yo no quitaba la vista de algún punto, él miró a donde yo veía y su cara se descompuso, se puso de pie molesto, pero ya ella estaba frente a él ignorándome por completo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó incomodo, ella le mostró sus perfectos

dientes de comercial.

—Vine a felicitarte cariño y hacer *las paces*, somos amigos desde pequeños, es lo lógico, ¿no crees?

—Sí, Rudy, pero yo...

Mi mundo feliz se terminó de derrumbar, Alejandro no tuvo la oportunidad de terminar su reclamo porque la estúpida de Rudy, pegó sus labios a los suyos, colgándose de su cuello para besarlo como una salvaje y Alejandro no reaccionaba, el pecho me comenzó a doler de una manera horrible, todos en la sala comenzaron a reírse y silbar, las chicas parecían estar viendo algún final de telenovela. Acto seguido alguien aplaudió a lo lejos y todos le abrieron paso. Era la madre de Alejandro, con la felicidad marcada en el rostro; se suponía que ella no estaría...

«Caí en la trampa, que idiota fui.»

—¡Hasta que se decidieron! acompañenme en una ovación a los nuevos novios. —Como si les hubiese hablado una reina, la sala estalló en aplausos que resonaron en mi cabeza y mi corazón. Mi respiración fue en picada, el maldito ataque de ansiedad vino y mi cabeza no logró articular el conteo de los veinte números. Las manos se me helaron como cubos de hielo.

«¡Que alguien me despierte de esta pesadilla! » grité internamente.

Ella consiguió lo que deseaba, estábamos jugando y el jaque mate salió a favor de ese par de arpías. Al parecer el beso sedó a mi novio porque pasaban los segundos y no la apartaba.

Eso era todo, ¿quién vive con tanto dolor en su corazón?, ¿cómo continuar una relación que afecte tanto tu vida? La agonía, miedo, impotencia, rabia y desesperación desde que era novia de Alejandro habían sido mi pan de cada día y no podía más con eso, ya no. Alejandro no merecía sacrificar su futuro por mí, no era justo, ni para él ni mucho menos para mí vivir con tanto desgaste, si para eso debía alejarme de él, lo haría, prefería verlo feliz con su futuro asegurado.

Como pude me levanté del mueble casi tambaleando y corrí lejos de ese lugar. La presión en el pecho era espantosa.

Afuera de la casa llovía, un torrencial de agua caía del cielo oscuro sin estrellas ni luna. La calle estaba desierta y la atravesé lo más rápido que pude, pero a mitad de esta, Alejandro me dio alcance y me tomó por el codo. La tristeza se convirtió en rabia.

—¡Suéltame! —Le grité muy lastimada. En sus ojos vi el dolor, pero debía

continuar aquello y finalizar con esa relación de una buena vez.

—Dulce amor...

—No me llames de esa manera nunca más... por favor. —Mi voz se quebró, estaba reteniendo el llanto.

—No me vengas con eso, Isabella, lo que viste allá dentro ¡Todo fue una jodida trampa! ¿No lo puedes ver? —Si continuaba mirando sus ojos me iba a morir de dolor porque mi pecho parecía querer sangrar. Fijé la mirada en mi anillo y me lo quité con manos temblorosas, la lluvia había empeorado y no me importaba—, ¿qué estás haciendo? —preguntó con voz inaudible.

—Lo que debí hacer el mismo día que tu madre se negó a esto Alejandro. Toma, te devuelvo este anillo, ya no quiero seguir en tu vida, es lo mejor para ambos.

Comenzó a negar y yo continué con la mano al aire y con el anillo brillando en la palma de esta.

—¿Es lo mejor? ¿Para quién? ¿Para ellas? ¡No, Isabella! ¡No puedes dejarme...! ¡No puedes! Prometimos seguir, luchar, ¿por qué me estás haciendo esto?

—¡Porque... es lo que debo hacer! —El llanto se abrió paso en mi garganta y Alejandro se abalanzó sobre mí, tomó mi rostro con desespero y comenzó a besarme, sentí sus lágrimas saladas en mi boca, él también se había quebrado.

—Por favor... dulce amor... debemos seguir. —repetía una y otra vez con sus labios pegados a los míos mientras yo negaba, como pude saqué fuerzas y con el corazón adolorido lo aparté.

—No puedo... entiéndeme, no puedo más, me rindo, por favor déjame ir. Esto me está matando, por favor, por favor...

Mi suplica le dolía más a él que a mí, así lo pude apreciar en sus ojos apagados. Él agachó la mirada y se agarró los cabellos con ambas manos, con mucha impotencia. Levantó la vista de nuevo y luego de algunos segundos habló.

—Amor... siempre vas a ser mi amor, Isabella. Por siempre, pero si tú no deseas seguir a mi lado por las malditas estupideces de mi familia... yo no puedo obligarte a que lo hagas. Yo no quería que esto rebasara tu vulnerabilidad. El anillo es tuyo, es símbolo de mi amor por ti, quédatelo, si me lo regresas es como si en realidad nunca me hubieses amado de verdad... si decides cambiar de opinión, yo estaré esperando por ti, toda mi vida esperaré

por ti, hermosa.

Hice silencio, dejé que mi corazón gritara. En vista de que no respondí nada más, él me abrazó con fuerza, con amor, con adoración se despidió... me besó en la frente y luego en los labios —no pude negarme— también lo besé, sería nuestro último beso y lo prolongué todo lo que pude. Nos separamos, todavía llorando, me acarició la mejilla, asintió y se marchó a su casa. Yo me quedé allí en mitad de la calle con el agua empapando toda mi ropa, lloré de nuevo con más dolor, me sentí enferma. El llanto me causó espasmos.

—¿Hermana? —La voz de César me hizo dar un respingo. Cuando se percató de mi estado se acercó a mí—, ¿qué, que sucedió?

Ya no podía más, no podía, estaba rota y llena de dolor agonizante. Y lo peor del caso era que presentía que esto sería para toda la vida.

—Por favor... llévame... a...

Reaccionamos a lo que el cerebro no quiere aceptar... de nuevo... todo se nubló.



Capítulo 8

POR SIEMPRE

Estaba en un gran campo cubierto de un precioso pasto verde, la brisa soplaba suave, pequeñas hojas de algunos árboles cerca sobrevolaban mi cabeza, corría descalza con un vestido largo color amarillo suave, mi cabello era un enredo a causa del viento, reí, estaba feliz y él estaba conmigo, con esa sonrisa que amaba. Luego de un instante el paisaje cambió, el cielo se tornó oscuro, el campo desapareció. Me encontraba ahora sobre una montaña fría y desierta, él ya no estaba, ahora estaba ella, que se reía en mis narices hasta que me miró con ojos serios y dijo: nunca estarás con él, antes deberás pasar sobre mi cadáver.

Ese miedo aterrador que ya conocía y que era causado por ella vibró en mi pecho. Sentí voces —mi hermano— la otra era de Alejandro.

«Querido Dios»

Ellos conversaban algo bajito. Evité abrir los ojos, mi curiosidad superó al dolor que sentía en el pecho, la razón era Alejandro, estaba cerca y mi corazón lo percibía, ese era el motivo por el que había disminuido el dolor punzante.

—Son 24 horas ya, ¿qué dijo el médico? —La voz de Alejandro estaba cargada de pesadumbre.

—Esperar... su cuerpo entró en estado de shock por... en fin Alejandro, tu más que nadie sabe la causa de esto, ¿no? si no reacciona dentro de poco, hay que ingresarla a emergencias, en ese caso debo avisar a nuestros padres —dijo mi hermano con voz dura.

—Te juro que no quise hacerle daño, todo fue un mal entendido y ella... se

rindió —Las palabras de Alejandro estaban cargadas de agonía.

—Maldita sea ¿Se rindió?, ¿esa es la definición que le das a el hecho de que tu familia la desprecie? En serio, si fuese por mí te saco a patadas de esta casa, creo que no has sabido cuidar de ella y menos defenderla, pero ella no deja de llamarte, recuerda que por eso estás aquí, no es porque yo esté a gusto con tu presencia —vociferó mordaz, César.

—Por favor, César, no es el momento, sin embargo lo siento, tienes toda la razón... debí intuir que mi madre podía tramar algo, le di el beneficio de la duda, pero es la primera y última vez que confío en ella. De ahora en adelante las cosas van a cambiar —Alejandro prometió con rudeza.

—Eso espero, por ella. Isabella posee tanta humildad y nobleza que no toleraré que alguien quiera hacerle daño —advirtió mi hermano.

—No tienes que decirlo, sé cómo es, por eso me enamoré de ella —contestó con adoración.

Escuchar de sus labios esa última frase me penetró el alma. Sin embargo era consciente de que había terminado con él y me había dado por vencida. Decidí que era hora de abrir los ojos y enfrentarlo cara a cara. Mi hermano estaba de pie frente a la ventana de mi cuarto mirando hacia la calle, de brazos cruzados con una postura seria. Alejandro estaba recostado en el marco de la puerta, también de brazos cruzados y con su mirada fija en mí. Sus ojos se abrieron a la par de los míos y el rostro se le iluminó.

—Isa, ¿cómo te sientes? —Preguntó entre aliviado y preocupado.

Mi hermano de inmediato se acercó a mí, se ubicó a mi lado y posó una mano en mi frente mientras que con la otra me tomaba el pulso. Alejandro no quitaba su mirada de la mía y yo tampoco, había tantas cosas que nos queríamos decir en ese momento.

—La fiebre ha cedido, hermana... y responde la pregunta que te hizo Alejandro —Ambos me miraban impacientes.

—Bien... creo... —Tenía la garganta seca y la cabeza me dolía un poco.

—¿Realmente te sientes bien? —Insistió mi hermano mayor.

—Tengo sed y un poco de dolor de cabeza. —César brincó como resorte de la cama y contempló a Alejandro.

—Quédate con ella mientras busco lo que necesita, no hace falta recordarte que no debes incomodarla. —Dicho esto salió de la habitación pasándole por un lado de Alejandro, este asintió y caminó hasta mí para ocupar el puesto de mi hermano, sin más me besó en la frente y me estremecí.

—¿Creíste que ibas a deshacerte de mí así como así? —susurró muy cerca, su aliento fresco me quemó por dentro, vi sus labios carnosos y quise que me besara, apreté las manos en puño porque ya había terminado con él, no podía pedirselo.

—No quiero hablar ahora —respondí, pero era mentira y él me conocía tanto como yo a él así que no tenía escapatoria.

—No mientas, te mueres por hablar conmigo, dulce amor. Y creo que deseas algo más porque no dejas de mirar mis labios.

No pude objetar eso, me besó y no pude evitarlo, cuando sus labios se posaron en los míos el dolor que sentía en el pecho cambió por otro dolor, pero este era delicioso. Él fue el primer hombre que me besó y él que me enseñó a hacerlo, abrí la boca para darle paso a su lengua despiadada que se encontró con la mía, al encontrarse, los dos gemimos con desespero por los últimos acontecimientos vividos. Mi cabeza, débil al fin, comenzó a recordar a su amiga, el beso que le dio y el cual él pareció disfrutar. Detuve el beso y lo empujé lejos de mí haciendo presión con mis manos en su pecho, giré el rostro a un lado, estaba arrepentida de haber cedido.

—¿Isa? —Estaba agitado y yo también.

—Te besó y te gustó —le reclamé sin mirarlo.

—Ten por seguro algo, hay miles de formas de besar: a los padres, hermanos, amigos y al hombre o mujer que amamos. Esos besos son especiales, únicos, originales y lo son más aún porque vienen cargados de amor real, de la promesa de que siempre serán esos mismos labios los que besaremos hasta el final de nuestros días. Tus labios ya me pertenecen al igual que los míos son tuyos, así me besen otros ten siempre presente esto, tus besos son reales, palpables, dulces y me pertenecen, los demás son simplemente artificiales y fríos. Traducción: ese beso de Rudy fue artificial, ella fue la que hizo todo, yo simplemente me quedé estático por su reacción, en ese momento me di cuenta de que ya no podemos ser amigos, se lo dejé claro.

«¿Por qué siempre era así? » me decía ese tipo de cosas que me hacían mucho más imposible el querer alejarlo.

—Puede que tengas toda razón, pero el gran y real problema es tu mamá. No sé qué haces aquí, me estas poniendo esto difícil, Alejandro, se supone que terminamos.

—Tu decidiste por mí, tú decidiste terminarme, tú decidiste alejarte, estamos juntos en lo que venga, Isabella, ¿por qué te rindes? si estamos juntos,

ella no podrá contra nosotros... estoy aquí y así no lo quieras seguiré siendo tu novio, tendrás que buscar otra excusa para alejarme. Yo te puedo esperar por siempre y eso no me lo puedes quitar... esa noche que terminaste conmigo yo lo acepté, pero me rompió por dentro, cuando me alejé de ti sentí que no podía respirar, que no podría avanzar sin ti, entonces decidí que no dejaría que me alejaras. Como ya te lo dije eres mi señal y no te voy a dejar escapar, decidí regresar a tu lado, tú estabas temblando y César ya estaba cerca cuando perdiste el conocimiento, en ese instante morí unos segundos, porque estabas sufriendo más que yo por culpa de mi madre y sus juegos retorcidos. Lo siento, lo siento, tú intuías que algo iba a pasar y yo no imaginé el resultado.

No me asombraron sus palabras porque estaba segura de su amor por mí. Si él deseaba seguir en una relación era porque lo quería y no porque yo lo estuviese obligando, así como pensé la primera vez que lo vi y lo seguí pensando en ese momento.

«Lo que viene es más grande que yo.»

Algo en sus palabras me llamó la atención. Decidí preguntarle y mirar de nuevo esos ojos negros hechizantes.

—¿Desde cuándo estoy inconsciente?

—Ya es domingo, más de medianoche.

—¿Qué?, ¿tanto dormí? y... ¿tu familia?

—Te encontrabas en estado de shock, Isabella, sumado a la fiebre y temblores, tu hermano de inmediato llamó al médico que los trata. Tu inconsciencia es el resultado de fuertes emociones... quiero golpearme por causarte tanto daño, te lo juro. —Su cuerpo se tensó al igual que su mandíbula, su mirada se fijó en la ventana de mi cuarto, miraba el cielo oscuro iluminado por pequeñas estrellas brillando en su esplendor, le tomé una de sus manos y se la besé con cariño, él giró hacia mí—, mi padre no opina... ya sabes. Y mi madre, discutí con ella luego de que te revisó el médico, fui a casa, ya nadie quedaba en el lugar, me supongo por lo sucedido, esa parte no te la he contado. Cuando vi que te alejabas reaccioné y despegué a Rudy de mí, le dije que no la quería ver más nunca en mi vida y le pedí que entendiera que mi novia y prometida eras tú, ella ni se inmutó, mis amigos no dijeron nada y mi madre quería matarme. Todos se fueron de inmediato, alguno que otro se despidió de buena manera. —Torció los labios—, ahora sé quiénes son realmente mis amigos. Luego corrí tras de ti y ya sabes el resto. Justo ahora no les hablo a mis padres, mi madre mantiene en pie su amenaza, ¿y sabes qué? ¡Que haga lo

que quiera! me sé defender sin su ayuda. —Dejó de hablar y me regaló media sonrisa.

—No sé qué decir, Alejandro... es tu futuro y... —Me silenció posando un dedo sobre mis labios para callarlos.

—Mi presente y futuro son tuyos y no se hable más del tema, dulce amor. Mi madre no puede prohibirme asistir estas últimas semanas a clases, la graduación se aproxima y ella pertenece al comité, jamás hará algo que rompa el protocolo y que la afecte. —No quise pensar más, solo quería apagar mi mente. Mientras lo tenía a mi lado el dolor del pecho había disminuido, mi amor por él estaba intacto y permanecería batallando, de eso estaba segura—, ¿y bien? —Hizo lo que adoraba, regarme de besos en mi frente, mejillas, nariz y labios.

—Bien, ¿qué? —pregunté haciéndome la tonta.

—Promete que no volverás a alejarme de tu vida Isabella, eres la única mujer que amo, jamás será otra. —Para entonces ya estaba derretida cual chocolate al sol.

—Prometido amor... igual eres al único hombre que he amado y nunca jamás será otro que no seas tú.

Me besó tierno y suave, sin prisa, ya que ambos estábamos más tranquilos sabiéndonos seguros el uno del otro, nos pertenecíamos hasta que el destino lo permitiera. Un carraspeo nos asustó, era mi hermano mayor con una pequeña bandeja sobre la cual había una jarra de agua, unas medicinas y un pequeño refrigerio, algo que me dejó asombrada porque César detestaba la cocina.

Mis dos enfermeros se esmeraron en atenderme. Alejandro se despidió de nosotros cuando el reloj marcó más de medianoche, no imaginaba la reacción de sus padres. Prometió regresar por la mañana, tenía una conversación pendiente con mi hermano por exigencia de este.

César, estaba sentado en una esquina de mi cama con mirada indescifrable, mientras una pequeña tos salió de mi garganta.

—Creo que te va a dar gripe, debió ser el diluvio que te cayó encima. —Negó con la cabeza—, ¿por qué rayos no nos contaste de esa situación, Isabella? Esa señora no tiene el derecho de hacerte sentir poca cosa... no me mires así, tu novio, porque creo que regresaron de nuevo por lo que vi hace rato, me contó todo Isa, todo y estoy dolido contigo por permitir que esa mujer pisoteé tu dignidad, ella no tiene el maldito derecho de tratarte así, ¿quién se cree?, ¿alguien de la realeza? y si fuera el caso, ella no tiene por qué hacerte

desprecios de esa manera. ¿Está enferma o qué? Me estoy aguantando el impulso de llamar a nuestros padres porque Alejandro me dijo que tú te empeñaste en no hacerles saber a ellos sobre esa situación ¡Y no me vengas con tu "amor y paz" para evitar discordias! Porque una cosa es evitarle un sufrimiento a mamá y otra muy diferente es que alguien te quiera hacer daño.

¿Qué le podía decir? César tenía toda la razón del planeta entero, pero de los errores se aprende. Me deshice del cobertor y gateé hasta él, lo abracé y dejé salir el llanto porque tenía la razón, lloré por lo sucedido y lloré porque ya sabía que no volvería a alejar a Alejandro de mi vida, no podría vivir sin él. César, me abrazó con ternura y me acarició el cabello despacio.

—Llora, Isa, como dice mamá «*eso limpia el alma y calma los momentos tristes*» deseo que todo termine bien, de verdad que sí, son casi nueve meses viéndote reír y ser feliz junto a Alejandro, igual lo veo a él, algo así de bonito debe tener un hermoso final, pequeña.

—Te quiero —dije escondida en su pecho.

—Y yo a ti, así me pongas a lavar platos. —Nos echamos a reír.

—Por cierto, gracias por el sándwich de atún, estaba delicioso.

—Ya sabes, mi especialidad.

—¡Pijamada! —Nuestro hermano Gabriel saltó sobre nosotros con su peculiar pijama de *Bob Esponja*, combinada con sus grandes pantuflas del personaje esponjado, nuestro pequeño adoraba a la esponja lavaplatos esa. Se subió a mi cama y comenzó a dar pequeños saltos.

—Gabo... ya sabes que Isa ha estado enferma, debemos cuidarla.

—Pero ya está despierta y tú estás acá, yo también quiero dormir con ustedes, porfa. —La cara enfurruñada de mi pequeño era adorable, no pude evitar abrazarlo y llevarlo conmigo hasta sentarlo en mi regazo.

—Tú puedes dormir conmigo siempre, así me defenderás de los seres malvados.

—Sobre todo de una que tenemos en frente —puntualizó César y yo puse los ojos en blanco. Él me miró ceñudo.

—¿Qué? es la verdad y lo digo muy consciente, lo que ella no sabe es que ahora yo sé sus artimañas y de lo que es capaz, no estás sola Isa, seré tu ángel guardián a partir de hoy, si antes de que apareciera Alejandro yo ya velaba por tu bienestar desde ahora seré el mejor. Y... ¿hermana?

—Sí, ángel guardián. —contesté burlándome, pero muy aliviada.

—No deberías burlarte... a lo que iba, mañana no vas a clases, tienes una

suspensión de veinticuatro horas a partir de ahora, orden del *doc*.

—Entendido —dije encogiéndome de hombros.

—¿Yo también puedo faltar al cole? —Preguntó Gabo esperanzado.

—Lo siento, *Pitufo*, pero la enferma es Isa, tú estás rozagante —respondió César con media sonrisa.

—Está bien, solo quería saber. —Su carita se apagó, pobre de nuestro pequeño.

—Ya está buena la conversa, descansen, apagando luces, soldados.

—¡Sí, mi capitán! —Le respondimos a dúo Gabriel y yo. Nos acurrucamos en mi cama y nos cubrimos con una cobija limpia porque con la otra sudé la fiebre. Caí rendida de inmediato viendo un último rostro en mi mente, el de mi amado Alejandro.

—Al menos, César ya sabe toda la verdad. Es que si te pones a analizar la situación, *Cruella de Vil* esperó a que estuvieras sola para hacer su jugada maestra, vaya que es astuta, ¿por qué demonios no lo hizo con nosotros allí? pues claro, sabía que te defenderíamos y armaríamos un escándalo de padre y señor nuestro. Qué lástima que no lo hiciera antes la bruja esa porque a la otra bruja menor, la tal Rudy la dejó calva, es que aún tengo una ganas enormes de arrancarle los pelos a esa estúpida —escupió Iveth notablemente furiosa.

—Te compadezco Isabella, fue tanta la presión que decidiste terminar con Alejandro, pero gracias a los cielos él sacó sus garras al fin, ojalá su madre recapacite y entienda de una buena vez ese amor bonito que se tienen.

La bocina de un auto nos hizo dar un brinco, era la madre de Mónica. Era martes y ya se habían cumplido mis veinticuatro horas de reposo y no quería estar más en cama. El lunes fue tranquilo, en la mañana estuve sola, pero dormí casi todo el día, las medicinas me daban sueño y muchas ganas de ir al baño porque estas me causaban una sed tremenda que parecía pececito de tanto tomar agua. Alejandro nos visitó por la tarde y él tuvo su charla con mi hermano respecto a nuestra relación, César le exigió más compromiso y él juró hacerlo. Las chicas se despidieron de mí y yo reventaba por ir al baño, cuando me estaba encaminando a este alguien me tomó por el codo.

—Dulce amor...

Alejandro me besó la frente y yo aspiré su olor. Quedó de pasar por mí al igual que en la mañana, su objeción a que yo viniera en el transporte escolar era por mi reciente estado, debía trasladarme en algo más cómodo, César estuvo de acuerdo y no tuve más remedio. Y como siempre que él estaba

conmigo me olvidé del mundo y de mis ganas de ir al baño, subimos al taxi hacia nuestros hogares, me comentó que en su casa burbujeaba mucha tensión, que solo conversaba con su hermano Arturo; a su madre no le dirigía la palabra y ella mucho menos a él. Su padre vivía en su mundo. No habían pasado ni dos minutos cuando el cuerpo me alertó que debía ir al baño, el aire acondicionado del taxi no ayudaba así que crucé mis piernas para no estallar.

—¿Alejandro?

—¿Preciosa?

—Tengo una emergencia, ¿podemos parar en algún sitio con baño? no creo... llegar a casa. —Él sonrió de lado.

—Seguro, ¿te parece si vamos al apartamento de Jonathan? él aún está de viaje y yo tengo su llave.

—A donde sea... no creo aguantar más. —Comencé a dar brinquitos en el asiento.

—Calma, dulce amor, estamos a un minuto del edificio.

Llegamos al ya reconocido edificio, prácticamente corrimos por mi urgencia. El ascensor decidió darse el lujo de ir a paso de tortuga mientras yo contaba los números digitales en la pantalla de este y pasaban en cámara lenta. Al llegar al piso seis ya mi novio tenía las llaves en la mano y avanzamos a la puerta del apartamento, me cedió el paso y salí como flecha al baño —alivio total y extremo— fue lo que mi cuerpo sintió cuando hice lo que debía hacer. Mientras estaba en lo mío ojeé el baño, era espacioso, con una gran ducha con puertas de vidrio transparentes, un pequeño taburete de cuero negro muy bonito en una esquina, una repisa con toallas limpias en un estante y el gran espejo con su moderno lavamanos; la decoración en total blanco con accesorios en negro. Me lavé las manos con un jabón líquido en gel y con olor a limón muy divino. Me miré en el espejo, lucía algo ojerosa a causa de los días de mi mal estado, también pálida, pero Alejandro era ciego porque continuaba llamándome «preciosa» aunque en esos momentos parecía unos de los zombis de *The Walking Dead*.

Abrí la puerta del baño y me dirigí a la sala, un mareo me invadió, sacudí la cabeza y cerré los ojos apretándolos. Debía ser a causa de la carrera y las medicinas, creí que perdía el equilibrio así que me sostuve de la pared tratando de sacar fuerza. Estuve a punto de caerme al piso, pero Alejandro llegó y me retuvo en sus brazos.

—¡Hey, te tengo! ¿Qué sucede? —Preguntó con el rostro pegado al mío.

—Deben ser las medicinas y el maratón. —Traté de sonreír.

—Eres muy terca, no debiste ir a clases hoy, descansa un rato y luego regresamos, ya le aviso a tu hermano, no quiero que se preocupe.

No supe que responderle, me había entrado un sueño repentino.

Unos labios se posaron en mi frente haciéndome volver a la realidad. Estaba soñando con él como últimamente me ocurría, salvo que esa vez no había nadie más, solo él y yo. En ese sueño nos amábamos como nunca, fue tan real y vivido que sentí todas y cada una de esas sensaciones en mi cuerpo, al despertarme en aquel instante deseé con más ansiedad a Alejandro. Abrí los ojos y él me sonrió, estaba acostado a mi lado en la gran cama con la cabeza apoyada en su mano.

—Te dejé dormir media hora, ¿te sientes mejor? —Su mirada me abrumó, sus labios me tentaron, sintiendo una necesidad de él, de su cuerpo, comencé a besarlo con arrebató desenfrenado. Le tomó por sorpresa mi reacción puesto que se tardó unos segundos en corresponderme. Nos besamos con descontrol, fuego, pasión y amor. Luego él detuvo el beso respirando con dificultad.

—Wow... amor... que beso. —Me miró con sus ojos más negros que nunca y ardiendo llenos de deseo.

—Quiero más que un beso —pedí bajito, sus ojos se mostraron confundidos.

—Yo... Isabella, ¿estás segura?

—Sí —respondí sin titubear.

—Mi dulce amor. —Me acarició la mejilla—, esto será especial, iremos despacio... no quiero lastimarte —dijo con voz ronca.

—Confío totalmente en ti.

Sus labios se volvieron a posar en los míos, comenzó lentamente a besarme, despacio, saboreando cada parte de mis labios y lengua, yo lo quería devorar al recordar ese sueño tan vivido.

Alejandro llevó el compás, era quien guiaba, era mi primera vez, para él no. Una de sus manos se fue a mi uniforme como aquella vez salvo que en esa ocasión estaba segura de lo que quería. Cuando estaba solo con mi ropa interior me miró con adoración de arriba abajo y entonces, él se quitó su ropa. Me volvió a besar, los labios, el cuello, los hombros y yo comencé a temblar, tenerlo tan cerquita a mí, piel con piel, me provocó vértigo, me quitó lentamente el sujetador y mis pechos quedaron libres a su vista, sin perder tiempo llevó sus labios a ellos y yo me sentí en el mismo cielo. Mis temblores

aumentaron, la pasión me quemaba, el corazón se me disparó y parecía que quería bailar. Mientas mi prometido estaba concentrado en mis pechos una de sus manos se fue a mi bikini y comenzó a bajarlo hasta tirarlo a un lado, ya me encontraba totalmente expuesta a él y mi respiración se agitó, me entraron unas ganas repentinas de cubrirme y me crucé de brazos para taparme un poco.

—No... Isabella... no te cubras para mí, así como eres te amo, amo tu cuerpo así como está. —No hizo falta que dijera más nada, me sentí segura frente a sus ojos puestos en mi cuerpo desnudo. Él terminó por despojarse de su ropa interior y colocándose su debida protección se posó sobre mí—, voy a ir con calma... hasta que tu cuerpo se acostumbre a mí —dijo con voz agitada y no pude evitar morderme los labios.

Me besó de nuevo tratando de distraerme para lo que venía y yo me concentré en su labios apasionados, los míos a esa altura ya estaban hinchados. Luego de unos minutos hizo lo que debía y yo me tensé, sus ojos se posaron en los míos besándome con más pasión, yo lo seguí y por fin nos conectamos volviéndonos uno solo, ya era suya y él era mío, no había vuelta atrás y tampoco me arrepentía de eso porque, Alejandro era mi gran amor y siempre lo sería. Por siempre le pertenecería solo a él... a nadie más.

—Te amo... mi dulce ángel de amor, gracias por iluminar mi vida. —Logró decir con voz entrecortada y un par de lágrimas escaparon de sus ojos al igual que de los míos. Ese momento marcó lo que yo deseaba ser para él por siempre, su esposa y mujer.

—Te amo, amor mío, mi luz, mi vida —dije adorándolo más que nunca y grabando aquel momento por toda la eternidad.



Capítulo 9

MIEDO

Había pasado una hora desde que Alejandro me había hecho el amor por primera vez, estaba recostada sobre su pecho, todavía permanecíamos desnudos cubriéndonos solo la mitad de nuestros cuerpos, sus dedos me acariciaban la espalda de manera tierna. Me besó la frente, siempre lo hacía. Me sentía llena de felicidad, al estar así con él.

—Isabella Landinez... este día permanecerá en mi mente y corazón por siempre, esto es el sello que faltaba para ser solo uno, a partir de hoy estamos más unidos que nunca. —Su voz fue firme, cada palabra que pronunció fue real e iban cargadas de promesas, nos mantendría como a uno solo. Yo asentí y me acurruqué más a él, quería absorberlo y deseaba detener el tiempo justo en ese momento porque junto a él podía soportar todas las tempestades que se nos fuesen presentando, él era mi mayor tesoro. De repente, él se movió sacándome de mis pensamientos y volvió a hablar—, hermosa, llevamos una hora de retraso, no quiero que tu hermano se haga ideas sobre qué estemos haciendo. —Rio sin remordimiento—. Es mejor que nos apresuremos.

—¿Y si nos quedamos un ratito más? César que se aguante. —Lo observé con ojos de súplica, no quería romper ese momento mágico y especial para ambos. Él me miró detalladamente, sus ojos se pasearon por mi cuerpo y parecía que se debatía en darme una respuesta, se quitó la sabana que protegía parte de su desnudez y se levantó de la cama apurado, yo desvié la mirada, creí desmayarme, ¿por qué se paseaba como un dios griego delante de mí? Yo no podía hacer ese tipo de cosas.

—Dúchate conmigo.

Okay, el desmayo casi ocurre, de broma y no pierdo la conciencia.

«¿Ducharme con él? ¡Ay, no podría! No aún.»

Cerré los ojos y llevé hasta mi mentón la sabana que me cubría, mi novio se sentó a mi lado y la apartó suavemente para ver mi rostro.

—Espero que no sea por pena la causa de que te estés cubriendo de mí, no lo hagas, Isabella. Te amo, ya no sientas vergüenza de mí, por favor.

Su mirada se conectó con la mía y sentí un hechizo en el ambiente que nos envolvió a los dos, yo me lancé por esos labios que eran solo míos y me los devoré; él me tomó en sus brazos y me llevó hasta el baño, me colocó en el piso y detuvo el beso, corrió las puertas de vidrio y abrió la ducha, cuando logró ambientar el agua se introdujo dentro de esta y me tendió la mano invitándome a unirme a él. Mientras el agua caía por nuestros cuerpos sentí una sensación que embriagaba mi corazón, todos mis sentidos renacieron, nos volvimos a amar por segunda vez bajo el agua tibia que cubría todo de una nube de vapor y amor.

—¡Oh, Isabella Landinez!

—Shhh, por favor, Iveth, ¿podrías bajar la voz?

Eran más de las cinco de la tarde y ya estaba en casa, en mi cuarto, con mis dos buenas amigas. Se encontraban cerca y decidieron darme una visita de médico. Traducción: visita rápida. Pero en vista de mi confesión forzada —sí forzada— se quedaron más de lo debido.

Luego de que mi novio y yo termináramos con esa relajante ducha nos apresuramos a cambiarnos y regresamos a nuestros hogares. Cuando llegué a casa me encontraba nerviosa por lo sucedido y a la vez plena y feliz, en mi mente pasaban esas imágenes vividas de cada segundo con él en ese cuarto y sonreía como boba, solo esperaba que no se me notara tanto el cambio de humor. Por fortuna mis hermanos estaban jugando ajedrez cuando llegué y ni se inmutaron con mi presencia, solo saludaron con sus manos porque estaban muy concentrados en el juego como para mirarme, subí a mi cuarto y me recosté en mi cama rememorando cada momento de mi primera vez con Alejandro.

Me había quedado dormida cuando mi hermano me despertó anunciando que mis amigas se encontraban de visita.

—Hola, nena —dijeron a dúo. Me senté a la mitad de la cama y las saludé con cariño. Iveth mostraba una sonrisa de oreja a oreja, pero ésta de pronto se le borró y sus ojos me miraron suspicaces, me miró como si pudiera leer lo que había en mi mente, se cruzó de brazos y levanto el mentón.

—Isabella, ¿hay algo que quieras decirnos? —Mónica la miró como si hubiese perdido la razón, yo no estaba lejos de pensar eso también.

—¿Ahora qué, Iveth? ¡Por caridad! —Mónica sonó cansada. Al igual que ella yo estaba en las mismas, Iveth siempre nos salía con eso cuando presentía que nos había sucedido algo, parecía que nos conocía más que a nosotras mismas y eso era exasperante. Media sonrisa se dibujó en el rostro de ella y ladeó el rostro sin dejar de mirarme.

—Pues, que aquí nuestra querida Isabella hoy tuvo sexo —anunció en susurros con los brazos aun cruzados como retándome a negarlo. Mónica se llevó una mano a la boca dando un salto de emoción.

—Bien, hablas o hablas, prometiste contarnos cuando sucediera, que yo sepa eres una mujer de palabra ¿o no? —dijo mi querida amiga Iveth, me había descubierto, excepto por la parte del sexo porque fue amor en estado puro lo que sucedió. Me recosté sobre las almohadas de mi cama, ya no tenía escapatoria.

—Culpable... será mejor que se sienten chicas.

Llenas de emoción, ambas se subieron a la cama luego de desprenderse de sus zapatos, les conté como se dio todo porque fue algo sin planificación, solo ocurrió y punto. Les relaté desde que desperté de mi tonto sueño hasta la ducha. No les narré todo tal cual, me incomodaba hablar sobre eso con ellas, me sentí como un tomate gigante y estaba segura que entraría al libro de record *Guinness* por ser la persona más colorada del planeta entero.

—¡Eres una pillina!

—Por favor, Iveth —supliqué por segunda vez a mi buena amiga.

—Está bien, disculpa, pero es que estoy perpleja ¡Wuoo con ducha incluida y todo, madre mía! —comentó con las manos entrelazadas y apoyadas en su mentón.

—Iveth, contrólate. Isa está que explota de lo roja que luce —Le pidió Mónica a modo de ayudarme.

—¿Cómo supiste... que yo... eso? —Soné como una tartamuda la verdad.

—Dilo, nena, hacer el amor. Es así de fácil, es sencillo y natural, hasta los pajaritos lo hacen. —Sonreí negando con la cabeza, solo a ella se le ocurrían esas cosas—, ¿cómo lo supe? No lo supe, solo me percaté de tú cuerpo, tu postura, tu cara enamorada y tú brillo, y pensé eso. —Me guiñó un ojo.

—¿Mi brillo? —Pregunté con asombro.

—Sí, tu brillo Isa, así lo veo yo, en estos momentos irradas brillo, luz.

Hoy estás adorable, amiga, eso es muestra del amor bonito que se tienen Alejandro y tú.

Iveth me miró con cariño y Mónica hizo lo mismo, eran mis dos grandes e increíbles amigas.

Luego de la gran confesión que les hice a mis hermanas se marcharon a sus casas, eran más de las seis de la tarde y me apresuré con la cena. Para mi sorpresa, César se encontraba en la cocina con un pequeño delantal, muy concentrado leyendo el pequeño recetario de mamá el cual sostenía en una mano mientras que con la otra, batía algo en una olla con una cuchara de madera. Me quedé mirándolo, esto jamás había sucedido, mi hermano se percató de mi presencia.

—¿Qué? —dijo sin más y yo abrí los brazos.

—Yo debería preguntar eso, ¿no crees?

—Solo hago la cena, Isabella, ¿qué hay de extraño? —No pude evitar reír.

—Eso precisamente, tú jamás de los jamases has cocinado, cariño.

—Lo sé, pero esta vez tú has estado delicada y debo ayudar. —Habló con cara de preocupación y eso me arrugó el corazón, César trataba de ayudar y yo le salía con esa estupidez. Me acerqué a él y le di un beso sonoro en la mejilla.

—Gracias, ¿qué estás cocinando? —Él se sintió orgulloso de su acción y procedió a explicarme.

—Justo ahora, una salsa bechamel, la pasta ya esté lista.

—Umm, divino.

El teléfono sonó y me apresuré a contestar en vista de que era yo quien estaba disponible. Gabo, se encontraba en su cuarto terminando sus deberes escolares, mi pequeñín era tan inteligente que muy pocas veces necesitaba ayuda. Llegué hasta el aparato telefónico en forma de *Mickey Mouse* —regalo de papá— lo había traído de uno de sus viajes fuera del país, Gabo y yo lo adorábamos y César lo detestaba, decía que era un teléfono de niñas.

— *Buenas noches, familia Landinez Villareal —atendí con voz de perfecta recepcionista.*

— *¡Isa, hijita! —Era mi madre, ya hacía dos semanas que se marchó y parecía que tenía años sin verla, la extrañaba tanto, pero por fortuna no estaba acá porque había sido una semana de locos.*

— *¡Mamá, los extraño tanto a ti y a papá! ¿Cómo sigue, tía Julia?*

— *También los extrañamos, cariño. Julia aun delicada, es difícil para*

ella por el dolor, pero se va recuperando poco a poco.

El timbre de la casa sonó y Gabo corrió como el propio *Flash* bajando las escaleras, era de ese personaje de quien estaba disfrazado en esa ocasión.

—Espera, mamá —le dije mientras le hablaba a mi hermanito—, Gabo debes preguntar primero quién es, recuerda. —Él rodó los ojos y se golpeó exageradamente la frente con una manito, todo un actor dramaturgo mi chiquito.

—Ya lo sé Isa, no soy un niño.

—Está bien, solo decía. Disculpe, señor Flash. —Mamá y yo reímos, ella debió escuchar la conversación.

—Es incorregible mi Gabriel —apuntó mamá con ternura, yo le respondí mientras clavaba la mirada en la puerta para saber quién nos visitaba. Escuché a mi pequeñín preguntar, pero no oí respuesta alguna, Gabo se emocionó y abrió de par en par la puerta, era Alejandro y su pequeño hermano, Arturo.

—Sí, mamá, así tal cual —le respondí mientras fijaba mis ojos en la visita.

Alejandro, entró a la casa sonriendo con ternura y con su hermano. Mi cuerpo sintió una corriente eléctrica, asimilé que horas atrás había sido suya. Mi madre me hablaba, pero yo me deleitaba en mi novio.

—¿Quién es, Isa? ¿Isabella? ¿Hija, sigues allí? —Mi mente reaccionó porque el mismo Alejandro me hizo señas de que hablara.

—Es... Alejandro, mamá disculpa.

—Con razón no respondías, aun te deslumbra hija, qué bello es el amor —dijo con voz melodiosa.

«No solo es eso mamá, es que hoy hicimos el amor por primera vez» dije para mí misma.

—Mamá, por favor —fingí bochorno.

—Te dejo para que conversen a gusto, dale saludos de mi parte, besos a tus hermanos, los quiero.

—Besos también para ti y para papá, todo mi cariño a tía Julia.

Me despedí finalmente de mamá y colgué el teléfono. Me encaminé hasta mi novio, pero antes saludé a Arturo. Él y Gabo ya se conocían, habían compartido muy poco porque la madre de Alejandro, no permitía que Arturo nos visitara, me extrañó verlo ese día.

—Hola, Arturo —le sonreí dándole un pequeño abrazo el cual

correspondió.

—¡Hola, Isa! tenía muchas ganas de venir con Alejandro. —Miré a su hermano y este me guiñó un ojo de manera sexy y yo me lo quise comer.

—Pues, bienvenido, ¿qué te gustaría hacer? —Me concentré en mi cuñadito para calmar mis ansias de saltar sobre mi novio.

—¿Qué más podría hacer, Isa? Jugar conmigo, tú y Ale, tienen asuntos pendientes. —Gabo me miró como si fuera lo más obvio del mundo y yo lo escudriñé con la mirada.

—¿Asuntos pendientes? —Le pregunté como quien no quiere la cosa.

—Sí. Darse besos. —Su vocecita sonó tan apenada que el regaño que le iba a dar pasó a segundo plano, antes de soltar una carcajada, Alejandro se adelantó.

—Ya escuchaste, dulce amor, tenemos "asuntos pendientes" —bromeó mi novio con una sonrisa de envidia.

—¡Alejandro, compórtate! —Parecía que no era con él con quien hablaba porque se acercó muy sigiloso a mí y me dio un beso fugaz, los pequeñines hicieron una mueca.

—¡Asco! —dijeron a coro, Alejandro negó mientras se reía de los niños.

—Si no quieren ver nuestros “asuntos pendientes” váyanse a jugar.

Dicho eso, los dos corrieron escaleras arriba y yo lo miré negando. Se pegó más a mí al sabernos solos, me abrazó de una manera protectora y se sintió divino. Me habló al oído.

—¿Tú estás bien?, ¿no te sientes incomoda? lo digo por lo de esta tarde. —Así era él, con casi nueve meses juntos y siempre era de esa manera, iba al grano y eso me lo había enseñado a mí.

—Perfecta y feliz —respondí, él tomó mi rostro y posó sus ojos en los míos.

—Te amo —dijo.

—Te amo —respondí.

Cada uno expresó sus sentimientos por el otro y nos besamos, dejándonos llevar por esa sensación que nos quemaba y traspasaba la piel. Algo en la cocina se cayó y eso me hizo volver a la realidad porque quería más que un beso, quería volver a sentir su piel sobre la mía, intenté escabullirme de sus brazos, pero me detuvo.

—¿A dónde vas?

—Solo a sentarme, si sigo besándote te voy a llevar conmigo a mi cuarto y

hay menores de edad en casa, sin contar con que mi guardaespaldas mayor ronda por la cocina. —Mi novio levantó sus brazos como diciendo: «aquí me tienes, ven por mi»

—Puedes llevarme a tu cuarto cuando lo desees, soy todo tuyo a partir de hoy —rió con picardía y de una manera provocadora.

—No sé qué voy hacer contigo, Alejandro. —Mientras dije aquello le lancé uno de los cojines de los muebles, el cual atrapó fácilmente para sentarse a mi lado.

—Solo bromeo, Isa, respeto tu casa y a tu familia. —Dicho eso se pegó a mí como siempre, decidí conversar para no tener la tentación de besarlo y querer otras cosas con su cuerpo.

—Estoy algo... ¿cómo te digo? no asombrada, pero si se me hace muy raro que Arturo este acá. —Él se tensó y de inmediato me arrepentí de la pregunta, eso pasaba cada vez que tocaba el tema de su familia.

—Mi madre se encuentra en sus reuniones con el comité de graduación. De otra manera no creo que el enano estuviera acá conmigo. Y mi padre aún no regresa del trabajo.

Cambié el tema a la velocidad de un rayo por un tema más agradable.

—¿Quién es Jonathan? —Mi amado soltó la respiración, su semblante efectivamente se relajó.

—Mi gran amigo Jonathan, cuando lo conozcas sé que te caerá muy bien. Es una excelente persona, he contado con él para todo, lo conozco desde hace dos años, él estaba participando en uno de los concursos de dibujos que hacen varios colegios a nivel nacional, entre esos mi secundaria, el dibujo y la pintura son su pasión y ya ha vendido varios cuadros, eso lo ayudó a independizarse de sus padres. Su viaje termina en dos días y estará de regreso al país.

—Vaya, todo un personaje, Jonathan, ¿qué edad tiene? —pregunté con curiosidad.

—Solo es un año mayor que yo, amor mío, se graduó el año pasado de secundaria, por ahora se dedica a sus cuadros. —Me acarició una mejilla con suavidad mientras respondía.

—Ya quiero conocerlo. —Alejandro, fingió seriedad.

—Espero no le vayas a saltar a Jonathan como lo haces conmigo. —Yo miré al techo negando.

—Dios, ¿estás allí? acá mi novio se está portando muy mal, más tarde

cuando duerma pellízcale el dedo gordo del pie. —Alejandro miró también al techo.

—Dios, seguro ya la escuchaste porque... ella es uno de esos angelitos que enviaste a la Tierra a cuidar de idiotas como yo, solo bromeo con lo que acabo de decir, me gusta verla sonreír justo como lo hace ahora y por eso digo tantas locuras.

No solo sonreí, porque cuando dijo lo demás sobre los ángeles, mi corazón se contrajo y de repente empecé a llorar. Nada más se percató de eso me abrazó preocupado.

—Isa, amor, solo bromeo. De verdad que sí, Jonathan será también un gran amigo tuyo, lo sé. —Pero Jonathan no era la causa de mi llanto, tampoco su broma. Era ella.

—Tengo miedo, mucho. Tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo. —Mi llanto se descontroló, no lograba verle el rostro porque el mío estaba cubierto de lágrimas saladas y amargas—, no quiero perderte... nunca... te quiero en mi vida siempre. —Alejandro volvió a tensarse y me llevó a su regazo tratando de calmarme.

—Shh, calma, vida mía. Escúchame bien, eso no va a pasar, ni ahora ni nunca, solo la muerte podrá alejarme de ti y aun así mi amor hacia ti será imperecedero, duradero y eterno.

Sus palabras no lograron calmarme, pero hice el esfuerzo, sabía perfectamente lo que para ambos significaba nuestro amor, era algo real. Nueve meses disfrutando a plenitud, con respeto, adoración y cariño. Estaba muy segura de lo que sentíamos, sin embargo algo muy en el fondo me lo susurró; sentía miedo en vez de esperanza. A lo largo de ese tiempo, ella no había cambiado su pensar con respecto a mí, su rabia crecía más y más. Aguantaba por él, por Alejandro, me había enseñado tantas cosas: confianza en mí y en mi cuerpo, mejoré en matemáticas y podía confesarle todo sin pena alguna, con Alejandro, todo era así de fácil, de sencillo, de hermoso; él era un ser lleno de luz, la luz que alumbraba mi vida por completo.

Todos estábamos cenando en la mesa de la cocina una deliciosa pasta con salsa bechamel —creación de mi hermano— la cual tenía un gusto exquisito, le dimos un sonoro aplauso patrocinado por los pequeñines que degustaban a plenitud la comida.

—Isa, creo que a partir de hoy nuestro hermano mayor será quien cocine —canturreó Gabo saboreando su pasta.

—No, que va. Gracias *Pitufo*, pero esa tarea es de mujeres, lo hice porque Isa se encontraba fuera de combate, pero ya se ve mejor. —César me ojeó buscando apoyo.

Yo por fin me sentí más tranquila porque disfrutaba de esa cena con mi familia, mis hermanos, mi cuñado y ese hombre hermoso que no dejaba de mirarme y apretar mi mano por debajo de la mesa, eran mi familia. Había días en que sentía esperanzas, otros en que sentía perderlas, pero mi fe continuaba intacta en él, en Dios; a él le dejaba ese miedo para que se lo llevara lejos de nosotros y poder finalmente alcanzar la felicidad que buscábamos.

Sabía que la felicidad no era eterna, sin embargo no era sano ser infeliz todos los días del mundo.



Capítulo 10

¿DE DÓNDE VIENEN LOS BEBÉS?

I DON'T CARE WHO YOU ARE

WHERE YOU'RE FROM

WHAT YOU DID

AS LONG AS YOU LOVE ME

WHO YOU ARE

WHERE YOU'RE FROM

DON'T CARE WHAT YOU DID

AS LONG AS YOU LOVE ME, YEAHHH

Iveth, Mónica y yo, estábamos como locas de manicomio cantando a todo pulmón una de las canciones de nuestros ídolos *Backstreet Boys*.

Ese día vinieron a la casa para hacer una de nuestras pijamadas —lo hacíamos una vez al mes— así despejábamos la mente y nos relajábamos. Era algo que el cuerpo necesitaba porque no era bueno cargar tanto estrés, eso causa cáncer.

Bailábamos con pasos sincronizados igual que nuestros ídolos, teníamos puesto el karaoke mientras el video de nuestros amados se proyectaba en la tv de la sala, era temprano y no teníamos las pijamas puestas. Gabo estaba tratando de hacer los pasos y por más esfuerzo que hiciera no le salían, su carita de frustración me causaba risa, así que me coloqué a su lado guiándolo de la mejor manera posible, lo logré y él aplaudió en señal de victoria, yo regresé a colocarme al lado de mis amigas porque la canción había finalizado y ahora sonaba otra.

*LOOKIN' BACK ON THE THINGS I'VE DONE
I WAS TRYIN' TO BE SOMEONE
I PLAYED MY PART, KEPT YOU IN THE DARK
NOW LET ME SHOW YOU THE SHAPE OF MY HEART*

Me inspiré de más y cantaba tan alto que el micrófono iba a salir corriendo de mis manos, César pasó por un lado con cara de horror y se tapó los oídos, me sacó la lengua y mis amigas rieron, lo ignoré y continué cantando, mis amigas no siguieron la canción —las había opacado— yo continué flotando con mis cinco amores.

*I'M LOOKIN' BACK ON THINGS I'VE DONE
I NEVER WANNA PLAY THE SAME OLD PART
I'LL KEEP YOU IN THE DARK
NOW LET ME SHOW YOU THE SHAPE OF MY HEART
LOOKIN' BACK ON THE THINGS I'VE DONE
I WAS TRYIN' TO BE SOMEONE
I PLAYED MY PART, KEPT YOU IN THE DARK
NOW LET ME SHOW YOU THE SHAPE OF MY HEART*

—¡Love u Nick! —grité cuando la canción finalizó, estaba sudando por el esfuerzo del canto y tanto brinco, unos aplausos se escucharon detrás de mí, seguido de una voz muy familiar y encantadora.

—Y sigues gritándole a él tal Nick que lo amas. Wow, Isabella, creo que tú y yo debemos conversar seriamente sobre eso, no me gustan los tríos, te quiero solo para mí.

Mi quijada cayó al piso, mi boca se abrió de tal manera que debí colocar mi mano en ella, observé el panorama —más bien a mi público— Gabo se ahogaba de risa, esa vez estaba disfrazado del famoso *Linterna Verde*, mi madre se gastaba sus ahorros en disfraces para mi pequeñín, ella lo complacía en esa etapa y todos esperábamos que pronto desistiera de esa idea de querer ser un súper héroe. Yo disfrutaba de cada ocurrencia cuando estaba en plan de salvar al mundo.

Las muy traicioneras de mis amigas habían visto llegar a mi novio, era ese el motivo por el que no habían continuado cantando conmigo, se reían sin remordimiento alguno, mi hermano mayor lucía serio, pero se encontraba a

punto de estallar en risas, mi novio y prometido me devoraba con esos ojos negros, su mirada gritaba que me amaba y por último, un chico a su lado tan alto como él, piel crema, de cabello negro y ojos expresivos del mismo color, me observaba. Su mirada me transmitió paz, debía ser Jonathan ya que Alejandro había quedado en presentármelo en cuanto llegara de sus vacaciones.

Nuestra semana había transcurrido sin pormenores, era viernes y pensaba que al siguiente día era que conocería a mi nuevo amigo, no esa vez. Él me miró pacífico y con media sonrisa, yo quería que me tragara la tierra, ¿tenía que conocerme cantando? y para colmo gritando «te amo, Nick.» No sabía qué hacer, me encontraba paralizada, gracias al cielo no estaba en pijama porque allí, sí me desmayaba en el acto.

—Alejandro has algo, bésala o que se yo, tu novia esta catatónica. —Se burló mi flamante amiga, Iveth, Mónica salió a mi rescate y le propinó un codazo. Alejandro negó con la cabeza y se echó a reír, mirándome se dirigió hacia mí, con ese andar que me dejaba más tiesa de lo que estaba.

Se puso frente a mí y yo entre mi ataque pensé que si me besaba no saldría más nunca de mi habitación, cien años serían suficiente para matar la vergüenza. No podía hacer eso con tanto público presente y ya se lo había dicho antes, por suerte solo me besó la frente y me habló bajito.

—Ya hablaremos lo del tal Nick. —Me guiñó un ojo y me miró los labios.

—No lo hagas, por favor —le dije y se acercó más a mi boca, antes de que me diera algo me pellizcó la nariz—, lo haré luego cuando te tenga solo para mí, ahora déjame presentarte a Jonathan.

—Bueno, chicas, disculpen la intromisión a su show nocturno, pero mi amigo quería conocer a mi novia y futura esposa, pues acá estamos, les presento a Jonathan Villalobos.

Jonathan se dirigió a mis amigas, las saludó con un beso a cada una y se presentó, luego estrechó la mano de mis hermanos de lo más jovial y finalmente se acercó a nosotros.

—Por fin tengo el enorme placer de conocerte, Isabella. Cada vez que Alejandro habla de ti es grandioso escucharlo, me alegra verlo feliz y es gracias a ti.

Dicho esto me dio un abrazo fraterno y cariñoso, yo le correspondí aún apenada. Me dio un beso en la mejilla y observé a mi novio tranquilo y sonriente.

—El placer es mío, Jonathan, bienvenido a mi casa... disculpa... el show, no esperaba visitas —dije encogiéndome de hombros.

—No te disculpes, Isabella, no todos los días conoces a alguien que ya es especial y mucho menos con tanta energía como la tuya —respondió entusiasta, mis amigas se volvieron a reír y yo quise salir corriendo, pero Alejandro me abrazó.

—Jonathan, creo que tus palabras en vez de halagarla le están causando bochorno.

«Excelente, Alejandro y su boquita.» Esa que quería comerme en ese preciso momento. Jonathan, lo golpeó en el hombro bromeando.

—No creo que yo sea el causante de esas mejillas sonrojadas. —Y miró fijamente a Alejandro con cara de: «¿me equivoco?» Escenas de nuestra primera vez volvieron a mi mente, Ale giró su rostro hacia a mí y bingo, me escudriñó con ojos entrecerrados, me acarició las mejillas que se pusieron calientes, su rostro se tornó serio porque supo lo que estaba pensando, reaccionó antes de que siguiera abochornándome más. Mis hormonas estaban descontroladas.

«¡Por todos los cielos!» y lo que me faltaba: «¿Jona, leía mentes?»

—¿Quieren salir a dar un paseo? —Sugirió mi amor.

—¡Síiiii! —Canturreó Gabo lleno de felicidad, los demás asintieron y yo me uní.

El centro comercial en el cual estábamos se encontraba muy concurrido, eran casi las siete de la noche y habíamos decidido comer pizza. Mis amigas conversaban amenamente con César y Alejandro, Jonathan conversaba conmigo. Habíamos pasado una velada tranquila hasta que apareció *Miss Fastidiosa*.

—¡Jonathan, vaya! ¿Cuándo llegaste?

La estúpida de Rudy le dio un beso en cada mejilla a Jonathan, él se puso de pie de inmediato para regresarle el saludo, me imaginé que Alejandro no había tenido oportunidad de comentarle lo sucedido en su fiesta de cumpleaños. Por otro lado, Alejandro también se puso de pie, el caballero que había en él no le permitía lo contrario. Yo fingí que ella no existía, que era un fantasma, una piedra en el zapato, un grano en el trasero. Mientras ellos conversaban, Mónica se acercó a mí y se sentó en la silla vacía de mi novio, me tomó una de las manos que hasta ahora no sabía la tenía en puño, las apreté tanto que me había clavado las uñas en la palma, por fortuna estas estaban

cortas —no me gustan las uñas largas porque parecen uñas de bruja— escudriñé las uñas de la pequeña arpía a una distancia prudente y en efecto, eran horribles.

—Isa, mírame. —Me exigió Moni en un susurro muy suave, la enfoqué con labios apretados y solté el aire.

—Mónica —le dije neutra. La presencia de esa chica me estaba causando un ataque de ansiedad, traté de no prestarle atención y logré mi cometido hasta que se atrevió a pronunciar el nombre de Alejandro, no miré hacia ellos, solo agudicé mi oído mientras Mónica le lanzaba una mirada asesina.

—Alex, ¿ya tienes listas tus maletas? El vuelo es realmente temprano el lunes.

Mi sangre se heló, ¿de qué rayos hablaba esa zorra?, ¿un viaje con Alejandro? Mi ansiedad e incomodidad se convirtió en rabia, lo observé dubitativa y él se percató de mi mirada puesta en él, para ser sincera creo que lucía mucho más molesto que yo por el comentario de "su amiguita." Le contestó con molestia a la imprudente de la noche.

—No, todavía no tengo maletas preparadas, solo accedí ir a ese viaje por el premio, más nada me motiva, en realidad. —Ella ignoró el tono cortante de mi novio y continuó.

—De todas maneras no solo es un viaje como estudiantes, tenemos acceso ilimitado a todas las aéreas del hotel, sin contar que es el mejor de la capital. Son unas pequeñas vacaciones. —Alejandro no despegaba sus ojos de mí y yo no los despegaba de Rudy, con el rabillo del ojo advertí que alguien se levantaba de la mesa, era Iveth, me alegró eso, por mí que la dejara sin un pelo.

—Querida... eh, ¿cómo es que es tu nombre, esta niña? —La pose de mi amiga era desafiante, daba miedo verla, hasta Rudy bajó la guardia y la muy cobarde se pegó a Jonathan, que al parecer era ajeno a lo que sucedía. Giró la vista al otro lado de la mesa, César entretenía a Gabo con su block de dibujos, asentí hacia él en señal de agradecimiento.

—Rudy —respondió la empalagosa.

—Estamos compartiendo una cena familiar justo ahora, *Rudy*. Se nos hace tarde, deberías despedirte porque los chicos están ocupados.

Ella abrió los ojos con resistencia, pero era inteligente, supo que debía marcharse en ese momento. Y así lo hizo, se despidió rápidamente de Jonathan, incluso con un beso en la mejilla besó a Alejandro. Resistí el

impulso de lanzarle la botella de agua que había en la mesa, Jonathan le dio miradas dubitativas a Alejandro, seguro sintiendo que se perdía de algo por la forma como yo resoplaba.

Ambos volvieron a la mesa y mis amigas a sus respectivos puestos, yo aparenté calma, pero es ese tipo de calma que precede a un estallido. ¿Por qué se iba de viaje y no sabía nada?, ¿y con ella? Alejandro tomó mi mano por debajo de la mesa y yo me zafé de su agarre, no quería que me tocara, mi rabia rebasaba mi vulnerabilidad, él intentó abrazarme y yo rodé un poco mi silla forzando una media sonrisa.

—¿Hermosa? —dijo con voz baja, pero potente, haciéndome estremecer.

—¿Qué? —contesté sin mirarlo.

—No te comportes así, Isabella. —Me habló en el mismo tono de voz así que decidí mirarlo.

—¿Cómo me estoy comportante? Dime. Te vas de viaje con tu amiguita y yo soy la última en enterarse —articulé echando humo por las orejas porque tenía tanta rabia que parecía volcán en erupción.

—No es el momento, hablamos en casa ¿sí? —Me contempló molesto.

«¡Qué bien, futuro esposo! »

—No quiero hablar contigo de nada, y menos esta noche. —Nuestras miradas eran témpanos de hielo.

—¡Isa, llegó la pizza, mira! —Gabo se relamió sus pequeños labios y gracias al cielo me llamó, rompió el momento tenso entre mi novio y yo, no sé si los demás se percatarían porque realmente hablábamos en susurros.

Comimos en paz, cada quien conversó algo ameno, agradable, incluso Alejandro, yo seguí retraída.

Regresamos a casa, mis amigas decidieron suspender la pijamada por mi cara de pocos amigos. Y realmente no me importó, en ese momento solo me preocupaban dos cosas: las ideas que pudiera tener Jonathan sobre mi comportamiento y el bendito viaje de mi novio. Mi nuevo amigo decidió llevar a Mónica e Iveth a sus casas, César pidió irse con ellos porque iba a visitar a su nueva conquista que vivía cerca de Mónica; así que le dejó el carro de papá a Alejandro, yo sin licencia no podía manejar en la calle.

Gabo habló hasta por los codos en el puesto de atrás del carro, yo miraba a la nada, las calles se encontraban muy oscuras y con poca iluminación, Alejandro era quien conversaba con mi pequeñín porque mi cabeza estaba en otra parte, en ese viaje. ¿Por qué no podía confiar? Pero sí confiaba, en él

confiaba y mucho, en esa ridícula, no. Alejandro trató de llamar mi atención, pero me hice la sorda.

—Tu actitud es muy infantil y lo sabes.

Hizo su estúpida observación, yo seguí en mi plan de la ley del hielo. Él estacionó el auto, busqué las llaves de la casa en mi pequeño bolso y subí casi a la carrera hasta la puerta y la abrí. *Linterna Verde* pasó volando por allí, mi pequeño héroe verdoso tenía una emergencia sanitaria

Me quedé de pie en la entrada de la puerta, Alejandro se quedó parado en el último escalón, se recostó en el barandal y me miró de pies a cabeza, su mirada me puso la piel de gallina, mi mente gritaba una cosa y mi cuerpo otra. Percibí que ya no estaba molesto.

—Incluso molesta eres adorable.

—Mejor deja de hablar y vete a tu casa.

—¿Me estás botando?

—Sí.

Su cara se contrajo y su rabia fluyó, sin saber que tramaba en cuestión de segundos lo tuve pegado a mí, me jaló hacia adentro y cerró la puerta con llave, me tomó en brazos y comenzó a subir las escaleras.

—¡Bájame! ¿Qué crees que estás haciendo, Alejandro? —Él solo murmuró por lo bajo.

—Domar a Doña Gruñona. —Me revolví incomoda, pero tenía más fuerza que yo, si seguía intentando hacer que me bajara podíamos caernos los dos y era un peligro porque estábamos en la escaleras. Llegó hasta arriba y se dirigió a mi cuarto, no sabía qué pretendía, pero empleé mi fuerza para zafarme de él—, ¿te puedes calmar? Si lo haces prometo bajarte.

Lo hice, me calmé, sin embargo no cumplió su promesa, solo se apresuró a entrar a mi cuarto, como pudo abrió la puerta y me colocó en la cama, corrió de nuevo a esta y la cerró, yo corrí detrás de él siendo rápida, pero no lo logré.

—No quiero hablar contigo, Alejandro.

Sus ojos brillaron y mis piernas temblaron. Antes de que pudiera pronunciar otra palabra lo tuve pegado a mis labios, un beso arrebatador y cargado de desespero, su lengua se introdujo en mi boca y aunque que quería negarme, mi amor por él era más grande, por fin le correspondí el beso, nos besamos largo y tendido, la sensación en mi pecho era abrumadora, tanto que dolía, era necesidad de él, de sus besos, de su cuerpo, de su amor. Sus manos

viajaron por mi anatomía sin poder evitarlo, tocó con adoración cada parte de mi anatomía. El corazón se me iba a salir o tal vez a explotar, poco a poco nos dirigimos a la cama y los besos fueron en aumento.

—Isa... ¿Qué hacen?, ¿bebés? —Alejandro despegó sus labios de los míos en el acto, me sentí desprotegida, comencé a reír poco a poco hasta estallar, Alejandro me observó perplejo, parecía dudar de mi cordura.

—¡Gabo por caridad! ¡Deja de preguntar lo mismo cada vez que Alejandro y yo estamos en mí cuarto!

Me comencé a arreglar la ropa y el cabello porque lucía como indigente, pero duchada. Mi novio parecía al *Pájaro Loco*, las puntas de sus cabellos las tenía mirando en todas las direcciones, mis manos hicieron arte en su pelo. Me apresuré a abrir la puerta y allí estaba de pie con cara de angelito mi Gabriel, con sus manitas en la espalda y girando de un lado a otro, me senté en el piso y lo invité a que me acompañara. Ale hizo lo mismo, salvo que se sentó detrás de mí y me recostó en su pecho, le tomé una de sus manos y la besé.

—¿Disculpas a la loca compulsiva celosa? —Su risa me hizo estremecer.

—Yo soy quien debe disculparse por no decirte nada antes. —Asentí. Me besó el cuello y las mejillas, Gabo se tapó sus ojitos frente a nosotros, era tan tierno.

—Usted y yo vamos a hablar, *Pitufo*. —Le toqué la punta de la nariz con mi dedo índice—, el hecho de que Alejandro y yo estemos solos en mi habitación no quiere decir que estemos haciendo bebés, solo necesitábamos un momento a solas y uno que otro beso, aún somos jóvenes para tener hijos, primero debemos terminar nuestros estudios y luego pensar en eso, deja de preguntar tanto sobre ese tema, todavía eres muy chiquito, mi niño, pero si tienes dudas yo te puedo explicar, ¿sí?

—Eh... no Isa, gracias. Ya sé lo que debo saber. —Asintió con media sonrisa.

—¿Sí?, ¿se puede saber que sabes tú, enano? —preguntó divertido el motivo de mi felicidad, Gabo se puso de pie con aires de superioridad, se paró derecho como quien va a dar un discurso. Alejandro estaba a punto de soltar la carcajada y yo le pellizqué el brazo con disimulo, cosa que no le causó el menor dolor, me mordió el lóbulo de la oreja y yo di un respingo.

—Compórtate, Alejandro, nos van a dar una explicación importante. —Él se controló y por fin prestamos atención a mi pequeñín.

—Papá tiene una pequeña semilla dentro de su cuerpo, que cuando se la

coloca a mamá dentro de su barriga comienza a formarse un bebé, es así de fácil y sencillo, todos venimos de semillas. Pero esto solo pasa cuando papá y mamá están solos, ¿ven? por eso les hago esa pregunta, porque están solos en tu cuarto, Isa.

—¿Y si son gemelos? —Preguntó mi novio y esa vez le di un buen golpe en su brazo musculoso.

«¡Auch, creo que la golpeada fui yo! » Gabo ni se inmutó.

—Fácil, tonto, son dos semillas entonces.

Yo me puse de pie y empecé a repartir besos por toda su carita risueña. Amo a los niños, su pureza e inocencia, siempre dicen la verdad sin temor a nadie y son felices sin importarles más nada en la vida que un helado, los dibujos animados y tener una mascota.

Gabo ya se encontraba dormido luego de un buen baño, quedó rendido con su pijama de *Bob Esponja*, eran más de las nueve de la noche y César ya se encontraba en casa sumergido en la pc. Alejandro y yo estábamos en los muebles de la sala, recostada sobre su pecho teníamos una conversación.

—Oye...no quise ser grosera, estoy muy apenada con Jonathan, pero es que... me encontraba muy molesta. —Él comenzó a acariciar mi cabello.

—Dulce amor, rabiosa diría yo... fue mi culpa por no decirte antes, pero ayer me dijeron que uno de mis dibujos quedó seleccionado entre los tres mejores finalistas a nivel nacional, debo viajar a la capital y si te soy sincero no quería ir precisamente por Rudy, ella va porque se ofreció para el protocolo, solo va por pasear, no le interesa más nada. Decidí ir al saber que habrá un buen premio, lo hago por ti, por nosotros, ese dinero puede ser de gran ayuda. No tuve la oportunidad de decirte antes, perdona.

«¿Uno de sus dibujos era finalista? » y yo de bruja mala de cuento llena de celos. Me senté en su regazo en un movimiento rápido y lo miré a esos ojos negros que me hechizaban.

—¡Felicidades, amor! me alegra saber que han reconocido tu talento, deseo que ganes, no me importa el dinero, lo importante es que sepan el gran talento que posees. —Antes que dijera algo lo besé con ternura.

Unas llaves resonaron en la puerta de la entrada y me despegué de mi novio de un brinco. Era papá que estaba de regreso, corrí a recibirlo, feliz de tenerlo en casa luego de dos largas semanas.



Capítulo 11

LA SORPRESA

Alejandro, se levantó como resorte luego de mi caluroso abrazo de bienvenida a mi querido padre, habían sido semanas sin él y realmente lo extrañaba. Me guiné de su cuello y él me aferró a su pecho, sus brazos me apretaron suavemente con ternura, iba a llorar —típico en mí— cuando no, la *Magdalena* en persona.

—Si me vas a recibir así cada vez que salga de viaje lo haré más a menudo, Isa. Se sentía tan bien —murmuró con su mejilla puesta sobre la base de mi cabeza, luego de nuestro eterno abrazo por fin solté a papá, quien miró a mi novio y con media sonrisa le tendió la mano.

—Alejandro, gusto en verte, ¿qué tal todo?, ¿has cuidado de mi hija? — Sentí que la segunda pregunta me taladró el cerebro y zumbó dentro de mi mente, Alejandro le mostró media sonrisa.

—Más que a mi vida, señor César.

Mi novio se marchó para dejar que mi padre conversara a sus anchas conmigo, pues mi hermano mayor ya se había dormido. Tía Julia había mejorado, pero aún debía guardar reposo. Mamá nos había enviado algunos chocolates para todos y una docena de besos para mis hermanos y para mí. Sonreí al pensar en ella, dando órdenes a mi padre para que nos entregara los besos personalmente, papá comenzó a conversar entre bostezo y bostezo y me contagié, eran las doce de la noche y decidimos ir a dormir.

Papá se marchó de nuevo, pasamos un estupendo fin de semana compartiendo como nunca, esas separaciones familiares tenían su recompensa cada vez que nos volvíamos a reencontrar. Mi hermano mayor nos sorprendió

con un rico almuerzo el domingo, esa vez se lució y nos preparó un risotto con camarones; papá no se lo creía ¡Y vaya, yo tampoco! Lo malo de ese fin de semana fue que solo vi a mi novio una hora el día sábado, se encontraba con los preparativos de su viaje y cuando yo pensaba en el dichoso viaje quería gritar, pero contaba hasta cien porque diez era muy poco para mi frustración e impotencia.

Preparé rápido el desayuno, algo ligero, no quería que se nos hiciera tarde para las clases, ya estaba lista con mi uniforme impecable y me senté a la mesa, sin ganas comí, mi apetito iba en picada y no sabía por qué, me obligué a comer porque no quería que a mitad de clases me diera algo por no haber desayunado como se debe. Gabo se sentó a mi lado con ojos entrecerrados, yo reí, pobre mi niño, aún se encontraba con sueño. César se sentó frente a mí con un ánimo envidiable —que energía para ser lunes— eso era sospechoso, imaginé que era por su nuevo "ligue", no era por nada, pero mi hermano tenía sus encantos.

Salimos de casa a esperar nuestro transporte y Alejandro se encontraba afuera también, se aproximó a nuestra casa con paso lento y mirando la carretera, pero cuando levantó la vista y su mirada se posó en mí, una sonrisa verdadera se asomó en sus labios gruesos, esos que me habían enseñado hace meses a besar, a besar con amor. Saludó a mis hermanos, Gabo lo abrazó como siempre con cariño, César era más «invades mi espacio» finalmente se paró frente a mí y me tomó una mano, la besó sin despegar sus ojos de los míos.

—Buen día, dulce amor —dijo bajito y yo tragué grueso, eran dos días sin probar sus labios, era adicta a ellos y quería besarlo en ese momento, para asombro de él y el mío mismo, lo hice. Me importó un comino los vecinos, la calle, los carros que transitaban, hasta los pájaros volando cerca; tal vez me tenía que preocupar por mis hermanos luego, pero serían cinco días sin tener su presencia, cinco días sin sus besos, cinco días sin él, necesitaba besarlo antes de su viaje.

Él se tensó cuando sintió mis labios sobre los suyos, creyó que solo sería un piquito, pero no.

«Mi amado, mi amor, mi vida, quiero un beso como se debe, un beso real.» Lo abracé exigiendo mi beso y Alejandro por fin cedió, el mundo dejó de girar, ni siquiera escuché ruido, solo éramos él y yo y nuestros corazones sonando como un tambor.

—Isa —dijo alguien a lo lejos, lo ignoré, solo quería besar a mi prometido—, Isabella... —insistió y Alejandro detuvo sus labios y yo protesté.

—Hermanita, no quiero interrumpir la escena de amor, pero ya viene nuestro transporte. —Giré mi rostro, mi hermano no se encontraba molesto, me guiñó un ojo y Gabo lo de siempre, con las manos en sus ojitos, miré a la calle, todo parecía normal y finalmente lo miré a él, su pecho se había agitado y me abrazaba fuerte.

—Te voy a extrañar tanto. Te amo, pórtate bien.

—Te amo, también te extrañaré mucho. Y tú, cuatro ojos con tus “compañeros” de viaje.

Sonaba a amenaza, pero no se lo hice ver así. Nuestro bus se encontraba ya a dos cuadras y delante de este venía un taxi apresurado, se estacionó frente a la casa de Alejandro y como si fuera alguna celebridad, Rudy bajó del taxi; la madre de Alejandro, salió a su encuentro y la abrazó de una manera que hizo parecer que ella era la hija y no Alejandro. Él lanzó una palabrota por lo bajo y yo respiré profundo como ya era costumbre, era mejor no seguirle el juego a ese par de cacatúas.

«¿Quieren jugar sucio?» Allí les iba.

Observé de nuevo la distancia de nuestro transporte, César estaba que echaba humo por las orejas y sus manos se encontraban en puño, su mirada iba más allá de la calle —a la casa diagonal— Gabo ajeno a todo nos miraba divertido. Me pegué de nuevo a Ale y lo volví a besar, pero esa vez lo hice con más pasión y fuerza desenfrenada, él gustoso y feliz se dejaba llevar por mi arrebato.

Cacatúas: 0 Isabella: 1.000

Cuando me despegué de mi amor, sus caras se encontraban tan desencajadas que supe que había ganado muchos puntos a mi favor. Las que echaban humo eran ellas dos y yo aguanté el impulso de soltar una risotada. Qué justa es la vida cuando ves que hay gente que te quiere hacer daño, pero resulta que esas personas son las que reciben su buena tunda por querer ser malos contigo, eso no tiene precio, gracias Dios por días como ese.

Nuestro autobús esperaba por nosotros, atravesamos la calle para ingresar a este y corrí hasta mi puesto, asomé mi cara por la ventanilla y le grité a mi novio a todo pulmón —cual fan enamorada— que se respete.

—¡Te amo amor mío, novio mío, gracias por hacerme tan feliz!

Alejandro rio a carcajadas y negó con la cabeza, pero su sonrisa de felicidad lo decía todo, me lanzó un beso y él también gritó.

—¡Te amo dulce amor, novia mía, mi hermosa, gracias a ti por dejarme ser feliz contigo!

Y mi puntuación subió de 1.000 a 1.000.000, bailé como una loca en el pasillo del bus escolar, los demás reían, otros aplaudieron y Gabo se unió a mi baile de amor.

Era miércoles y mis días habían estado grises sin Alejandro a mi lado, él no había dejado de llamar desde su partida el lunes, lo hacía dos, tres o cuatro veces, dependiendo de su horario en el concurso; aún se encontraba incrédulo por mi reacción del lunes, por mis besos en público y por mis gritos de amor por él. Hablábamos hasta una hora, su voz era hermosa por teléfono, amaba su voz, aunque realmente amaba todo de él. El timbre sonó, creí que eran mis amigas porque venían a ver películas conmigo, yo estaba terminando de limpiar la cocina, Gabo se encontraba haciendo sus deberes y César había salido a sus prácticas de béisbol. Orejitas ladraba de mal humor, nuestro perro había estado dormilón, tanto que a veces parecía que no lo teníamos, César era quien se encargaba de bañarlo, de su comida y del veterinario; algunas veces lo paseaba por la cuadra, pero Orejitas era algo loco y le daba por perseguir pájaros. No podía ver uno porque parecía que veía un hueso volador y salía disparado como un cohete arrastrando a mi hermano por la calle, era muy gracioso. El timbre sonó por segunda vez y Orejitas caminó a la puerta de la entrada, sus ladridos iban en aumento, cosa que me resultó extraña. Me apresuré en abrir la puerta y me quedé fría, era la madre de Alejandro. Antes de que cerrara la puerta, ella entró como si fuera la dueña de la casa y me tomó por un brazo con rabia, mi perro se quedó quieto ante la presencia de ella, pero gruñía bajito. Eso no me gustó.

—¿A qué juegas? —Su voz era amenazadora y no sé por qué demonios mi miedo por ella volvió a nacer.

—No sé a qué se refiere —dije lo más calmada que pude.

—Te haces la boba, que linda, a mi hijo lo tendrás idiotizado, pero a mí no. Ya te lo dije, no te quiero cerca de él.

—Es muy tarde para eso, ¿no cree? —Me estampó a la pared, apretando mi mentón y me dio una cachetada, mi respiración se volvió irregular, quería defenderme, pero no podía porque me encontraba paralizada.

—¡Aléjate de mi hijo! No eres suficiente mujer para él, si sigues con tu

jueguito vas a perder ¡Escúchame bien, sobre mi cadáver estarás con él en un futuro! ¡Eso jamás ocurrirá, no estás a su altura! —Me soltó con brusquedad, sus ojos me miraban fijamente, ellos me transmitieron más de lo que quise saber. Era demasiado fuerte, las piernas me temblaban, incluso mi cuerpo lo hacía, se marchó de la casa cumpliendo su cometido, intimidarme y atemorizarme, me dejé caer al piso y comencé a llorar, me costaba respirar.

«Malditos ataques de ansiedad.»

—¡Oh cielos, Isa!

Mónica entró por la puerta que se había quedado abierta de par en par, seguida de Iveth, de mi hermano arrastrando a nuestro perro que seguro salió a morder a la loca —deseé que le hubiera mordido un pie— también venía de visita mi nuevo amigo Jonathan. Yo estaba recostada en el piso, mis lágrimas habían cesado, mi rostro estaba humedecido. Mis amigas rápidamente se agacharon temerosas.

—¿Qué sucedió? —Preguntó Iveth. No podía hablar, mi garganta se encontraba cerrada, ni si quiera pude mirarla.

—La mamá de Alejandro estuvo acá y le habló muy feo a Isa, luego le apretó su brazo, le pegó en la cara y dijo algo despacito, no dije nada porque mamá me ha dicho que no debo discutir con los mayores, luego Isa se puso a llorar y estoy esperando que deje de hacerlo, no me gusta verla así.

Reaccioné de inmediato, mi mirada fue más allá de las escaleras, hacia arriba, allí estaba mi pequeño sentado en el último escalón.

—Isabella, ¿es eso cierto? —César se puso furioso, mis amigas igual y Jonathan se mostró incrédulo.

No me interesé por sus preguntas, me preocupé fue por mi hermano pequeño, él no debía presenciar cosas como esas, ver el odio y la maldad de la gente de cerca, eso no es justo para niños tan pequeños, son tan puros a esa edad que es una mancha a esa pureza el hecho de que ellos vean ese tipo de cosas. Me levanté de inmediato ignorando a todos y me apresuré a subir las escaleras, me senté al lado de Gabo y lo abracé muy fuerte.

—Estoy bien Gabo, esa señora solo se encontraba molesta porque Orejitas se metió a su jardín y estropeó algunas flores —dije todo eso con media sonrisa solo por mi peque.

—Pero a Orejitas no le gustan las flores, le causan alergia, porque cuando acompaño a César a pasearlo el olisquea algunas y luego estornuda mucho y se aparta —explicó Gabo como si nada, a ese niño no lo podías engañar.

—En realidad no son flores, son pequeños pinos y ya sabes cómo es nuestro perro algo chiflado. —Le guiñé un ojo y él asintió.

—Ah, pues mira que sí, en todos los árboles de la cuadra se hace pis.

Mi Gabo me dio un pequeño beso en la mejilla y se despidió por los momentos, aún no terminaba sus deberes y regresó a su cuarto. Yo escaneé a los demás, estaban sentados en los muebles de la sala esperando una buena explicación. Me encogí de hombros y bajé lentamente, era asfixiante, quería desaparecer de la sala, de la casa, del mundo. Mónica me hizo señas para que me sentara a su lado.

—¿A qué vino esa señora? —Era mi hermano con voz tensa, yo me recosté sobre el espaldar del mueble, cansada de todo.

—Lo de siempre... soy persona no grata para ella, ella quiere a su hijo feliz, pero no conmigo.

—¡Que la parta un rayo! Isabella, debes ser fuerte, ella te amenaza, te amedrenta, te humilla, pero lo hace porque sabe que le tienes pavor, ella debe saberlo por tus reacciones ante ella. No lo permitas, no dejes que lo haga. — Iveth hablaba rabiosa, estaba roja por la ira.

—Apoyo a Iveth, Isa... esto es tan injusto, tus emociones parecen una montaña rusa, suben y bajan, me da temor por ti amiga. —Mónica aprovechó y me abrazó.

—En este preciso instante voy a casa de esa señora a decirle sus verdades. —Mi hermano mayor se puso de pie y yo también.

—¡No, por favor, César! No quiero más líos, por favor —le rogué a punto de llorar de nuevo.

—¿No? Isabella, ¿qué diablos pasa contigo?, ¿tan grande es tu temor? no entiendo, no estás sola, nos tienes a nosotros, incluso al propio Alejandro.

—Apoyo a tu hermano, Isabella. Alejandro me había comentado ese furia de su madre contigo, jamás hubiera imaginado que fuese algo tan grande, jamás en toda mi vida, esto rebasa toda explicación posible... lo sé y me consta, ella es una señora muy refinada con aires de superioridad, sin embargo su comportamiento deja mucho que desear, no es normal.

El rostro de Jonathan estaba desencajado, lo que decía era tan cierto, el comportamiento de esa doña no era normal ¡Por Dios, era amor lo que ocurría entre su hijo y yo! Un amor, algo tan transcendental, hermoso y maravilloso lo que abarcan esas cuatro letras, ella necesitaba que alguien le explicara el significado de esa palabra.

Mi hermano se calmó un poco, lo convencí de mantenernos apacibles, si la situación empeoraba, optaría por su ayuda.

Por fin sábado, llegaba Alejandro y por sugerencia de mis amigas lo estaba esperando en el aeropuerto, él no lo sabía, era una bienvenida sorpresa. Gracias a algunas artimañas de ellas lograron escabullirse a casa de mi novio mientras su madre no se encontraba, tampoco la chica de servicio, aprovecharon y le preguntaron a pequeño cuñado si su mamá iría por Alejandro al aeropuerto. «*No podrá porque ese día tenía cita en la peluquería.*»

Eso fue todo lo que necesité para decidirme y hacerles caso. Justo en ese momento su vuelo acababa de aterrizar, me encontraba nerviosa, habían sido cinco días sin él y quería darle un abrazo inmenso, besarlo, fundirme en él.

Los pasajeros comenzaron a descender del avión, en la sala de espera mi respiración se hacía pesada, gente salía entusiasta y era recibida por familiares, amigos y personas que los esperaban ansiosos como lo estaba yo. Luego de unos minutos lo vislumbré, ese cabello negro lo reconocía a una gran distancia... pero de su brazo venía ella, venían juntos y parecían pareja; él le sonreía, al parecer por algo gracioso que le contaba ella. Los observé desde la distancia, ¿por qué demonios no se la quitaba de encima? Fue cuando decidí irme, para ese show no estaba preparada, esperaría por él en casa y más le valía que tuviera una buena explicación. Me giré sobre mis talones y caminé apresurada a la salida, tropecé con alguien y caí como tonta al piso.

—¿Isabella? ¡Oh, cuanto lo siento! Ven, te ayudo. —Una mano se posó frente a mi rostro, era mi amigo, Gerardo. Desde la pelea con Alejandro se había distanciado de mí, incluso me evitaba en los recreos que era cuando conversábamos un rato, había cambiado mucho conmigo. Levantó mi rostro hacia él y pude ver que era el Gerardo de siempre, con sonrisa cálida. Sin dudarle le tendí la mano y me levanté de un salto, su sonrisa cálida fue remplazada por un rostro preocupado—, ¿estás bien?

Su pregunta me descolocó, ¿qué si estaba bien? creo que Gera no necesitaba anteojos. Él tocó mi rostro con dedos temblorosos y me limpió una lágrima que ni siquiera sentí salir, la tensión de ver a mi novio con la estúpida de Ximena me tenía enojada. Yo aparté su mano de la mejor manera.

—Estoy bien, Gera, solo es alergia, ¿tú qué haces aquí? —Cambié de tema rápidamente porque no deseaba dar explicaciones a nadie.

—Pues es una alergia muy fuerte, Isabella —dijo sin creerme, pero ignoré

su comentario—, un amigo se fue de viaje, le hice el favor de traerlo hasta acá, ¿vas a tu casa? puedo llevarte si me dejas.

Decidí que sí, era mi amigo y no me daba la gana de alejarlo, si Alejandro viajaba con sus amigas yo podía dejar que mis amigos me dieran un empujón a casa.

Luego de una hora llegamos a mi hogar, le ofrecí a Gerardo una limonada y galletas, conversamos un rato de todo, menos del tema de mi novio.

—¿Por qué ves tanto el reloj?, ¿esperas por él? —Justo en ese momento tenía la vista clavada en mi reloj de muñeca, y si, esperaba por Alejandro, para esas horas ya debía encontrarse en su casa, pero no transitaba ningún carro por la calle. Tenía ansiedad por su retraso y no quería imaginar cosas, la mente en ese estado es capaz de formar una gran película de drama. Gerardo se levantó de repente—, en ese caso será mejor que me vaya, no quiero incomodar.

Me sentía entre la espada y la pared, mi novio había prometido no pelear más con Gera, pero eso no evitaba que sintiera algo de susto, a parte me encontraba inquieta. Acompañé a Gerardo hasta la reja que da a la calle y como si lo hubiese invocado, Alejandro se estaba bajando del taxi con la chiclosa, ¿aún con ella? eso ya era el colmo.

Gerardo miró hacia dónde yo veía, la tipeja sabía que yo los estaba mirando y creo que era su venganza por el beso de despedida que le di a Alejandro. Él al fin me vio y aunque me sonrió su cuerpo se tensó.

—Isa... nos vemos —susurró Gerardo a mi lado y yo me giré para encararlo.

—Tú te quedas, te invito a cenar —dije como si nada.

—¿Estás segura? —Habló con duda.

—Segurísima.

—¿Segurísima de qué? —No era mi amigo el que hizo la pregunta, fue mi novio.

—Hola. —Lo contemplé seria, él miró a Gerardo.

—Gerardo —articuló neutro.

—Alejandro —contestó igual.

—¿Podemos hablar, Isabella? —No hubo dulce amor, hermosa, amor o de las otras maneras como solía llamarme. Eso me enfureció más.

—Lo siento, tengo visita y voy a preparar la cena. —Mis ojos volaron hasta Rudy—, y a ti te espera tu amiga. —La última palabra sonó como el filo

de una navaja, tan cortante que sentí que lo herí, me dolió toda esa estúpida situación entre los dos, pero no era justo que él se divierta con esa idiota y yo llorara todo el tiempo—, te veo luego. —Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla, aunque me moría por besar sus labios. Me tomó por el brazo para detenerme.

—Isabella... no hagas esto, por favor. —Su suplica más bien sonó a amenaza.

No le respondí, tomé de la mano a Gerardo que parecía estatua por mi actitud e hice que me siguiera aunque en sus ojos había duda, le di paso a Gerardo para que entrara de nuevo a mi casa y me permití mirar de nuevo a Alejandro, estaba de brazos cruzados con la cara desencajada, bajó la vista y yo terminé de ingresar a mi domicilio antes que me arrepintiera y corriera a sus brazos.

Domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes.

Me sentí vacía, sola y triste, me había vuelto orgullosa y lamentaba eso de mí. Alejandro había insistido en hablar, pero el orgullo me ganaba aunque no quería ser así. Era una total locura, había demasiado amor entre ambos, de parte y parte, pero las circunstancias de la vida, los tropiezos, obstáculos, la madre de él, era demasiado.

Estaba de mal humor y muy gruñona, mis amigas se encontraban lejos de mí, sabían que no estaba de ánimos y cualquier situación me hacía estallar como una bomba. Alejandro había ido a mi escuela secundaria y fingí no verlo, me dolía hacerlo, pero a mi cabeza venían las imágenes de él con su “amiguita” y mi ira bullía a mil. Había pasado por la casa todos los días de la semana y yo decía que no quería verlo, mis hermanos rodaban sus ojos cada vez que repetía «*no lo quiero ver más nunca en mi vida.*» Sabían que eso no era cierto.

Me di una ducha pese a que ya eran más de las ocho de la noche, pero mi cuerpo lo pedía para calmar el agite y agonía de estar lejos de él. Mientras me estaba secando miré mi balanza rosa en el baño, desde meses atrás había dejado de subir en ella, pues otros pensamientos habían ocupado esa preocupación por mi peso. Decidí subir a esta y mi quijada se fue al piso, algunos kilos ya no estaban en mi cuerpo ¡Vaya, por eso la ropa me quedaba un poco más holgada! me preocupé porque mi apetito no iba como debía y esa no era una forma saludable de bajar de peso.

—¡Te amo, Isabella, ¿me oyes? te amo!

Me tensé y bajé de la balanza, era Alejandro quien gritaba, me apresuré a la ventana y allí estaba parado él, en mitad de la calle, lo observé bien y su cuerpo se tambaleaba, ¿estaba borracho? ¡Ay, Dios del cielo! en ese estado y parado a la mitad de una calle no era buena idea. A toda prisa me coloqué un short de algodón y una franelilla, corrí rápidamente hasta la calle y lo tomé por el brazo para guiarlo hasta el interior de la casa, ya adentro ocurrió lo que menos esperaba —pues se supone se encontraba ebrio— me agarró por la cintura y me pegó a él, me miró fijamente y por la cercanía pude sentir su respiración y esta no olía a alcohol, solo percibí su perfume; caí en su trampa. El muy embustero sin pensarlo más me besó fuerte y con furia, me abrumé y me dejé llevar, su lengua desesperada entró a mi boca y yo solté un quejido, pero por el tiempo sin sentir sus labios, sus besos, sus brazos, su amor. Me besó sin control, recorrió mi cuerpo con una mano, tocó esas partes sensibles que me encendían y si seguía haciendo eso sería yo quien le haría el amor en el mueble de la sala.

—Dulce amor... lo siento... pero esta fue la única manera que encontré para llegar a ti, me estoy volviendo loco sin ti, te amo, ¿no entiendes eso? Y escucha, Rudy, comprendió por fin que te amo, hizo lo que hizo porque mi madre le dijo mentiras sobre ti, pero ya aclarado todo, ella nos apoya, incluso quiere disculparse contigo —Nuestras respiraciones eran rápidas, la lejanía nos había desgastado a los dos, mi orgullo herido cedió, lo abracé asombrada sobre la tal Rudy, y lloré, él me besó la frente

—Lo siento, de verdad lo siento...

—Shh, no hay nada que deba disculparte, hermosa... es demasiado lo que has vivido, por eso te tengo una sorpresa. —Me calmé y fijé mis ojos marrones en sus ojos negros.

—¿Una sorpresa? —Balbuceé a causa del llanto, él me besó la punta de la nariz.

—Sí, amor, nos vamos de paseo tú y yo solos, el lunes es feriado así que tenemos tres días para compensar los días que estuvimos separados. Tus padres ya están al tanto y para mi sorpresa te dieron permiso. —Estaba impactada por el consentimiento de mis padres, también emocionada y con muchas expectativas, los dos de paseo y solos. Me sonrojé solo de pensar las cosas que haríamos en ese viaje, él intuyó lo que estaba pensando y me acarició la mejilla—. Te vez hermosa cuando te sonrojas de esa manera.



Capítulo 12

TU ME ELEVAS

Mis emociones se encontraban a flor de piel, había pasado por muchos problemas y situaciones desde que Alejandro había llegado a mi vida, antes de conocerlo no me importaban hechos tan irrelevantes; me preocupaba por mi peso, por ejemplo, era el gran y único problema que me perturbaba. Luego del sin fin de momentos incómodos por los que me hizo pasar su madre sentí que lo de mi peso era una tontería, ella, ella si era un gran problema de verdad, esa mujer había decidido hacerme la vida infeliz con la simple excusa de que yo no era apta o no estaba a la altura de Alejandro. Esas no eran razones para que ella interfiera en nuestra relación, pero su cabeza no iba más allá de las escalas sociales, una posición o una cuenta bancaria.

No más, me dije. Ya había tenido suficiente odio de parte de ella, no más dolor, no más lágrimas, no más miedo. Decidí enfrentarme a ella, la próxima vez que quisiera amedrentarme con sus amenazas no le daría la oportunidad de volver a golpearme, la próxima vez —si es que la había— estaría preparada para lo que viniera de ese ser. Dios nos hizo para ser buenas personas, ayudar al prójimo, tenderle la mano a un necesitado, tener un corazón bondadoso. Él... Dios, nos creó para hacer el bien, Dios creó gente buena, no boba.

El sábado llegó y trajo tranquilidad a mi corazón, tenía nuevas esperanzas de un bonito futuro, quería luchar por ese amor tan grande que sentía, iba a luchar por Alejandro.

Un toque suave en la puerta de mi cuarto me sacó de mis pensamientos.

—¿Se puede? —Era mi hermano mayor mostrándome media sonrisa.

—Estás muy radiante hoy, hermanita, ¿a qué se debe eso? —Le sonreí y lo miré fijamente.

—Solo decidí anoche que... mi felicidad depende de mí, de nadie más, nadie tiene derecho sobre ella. —César entrecerró los ojos y sacudió su cabeza.

—¡Esa es mi Isa! ven aquí pequeña, quiero darte un abrazo. —Y obedecí a

su pedido, mi hermano me abrazó con tanta fuerza que sentí que me iba asfixiar.

—Te quiero, Isabella, eres una personita maravillosa, no olvides eso. Quiero verte feliz y que siempre lo seas.

—Y yo te quiero igual... así me hayas corrido a un centenar de amigos porque eran hombres. —Le recriminé y él me abrazó aún más.

—En fin, da gracias que fui tan ogro con respecto a eso, si no hoy Alejandro no estuviera con esa estúpida sonrisa allá abajo en la sala esperando por ti, luce igual de radiante que tú. —Me guiñó un ojo y yo me ruboricé. Todo era tan perfecto ese día, incluso César se tomó de lo mejor que fuera a pasear a solas con mi novio, en realidad todos nos apoyaban, la única excepción era ese alguien diagonal a casa.

—Diviértete, Isa, has eso porque te lo mereces. —Le di un beso en la mejilla, corrí hasta la cama y tomé mi pequeño bolso de viaje, me di otra ojeada en el espejo grande de mi tocador; mi cabello negro se encontraba al natural, llevaba puesta una braga de jean corta combinada con un suéter manga larga, sin cuello y color blanco, mis zapatillas deportivas del mismo color de la blusa y sin trenzas. Sentí dudas sobre mi atuendo, pero mi hermano se colocó detrás de mí.

—Estás perfecta, Isa ¡Y muévete ya o Alejandro va entrar en crisis! —Negué con la cabeza y me reí, salí casi al trote de mi cuarto y recordé algo o más bien alguien.

—¡No puedo irme sin despedirme de mi pitufo!

—Isabella son las siete de la mañana y es sábado, Gabo aun duerme, ve tranquila que yo le diré que te fuiste de paseo y me encargará de cuidarlo bien. —Le volví a dar otro beso en la mejilla y terminé de salir, bajé las escaleras de dos en dos hasta el último escalón y frené, mi novio me detallaba cuidadosamente y a mí se me escapó la respiración.

—Tienes unas piernas muy lindas, amor.

—Y tú la sonrisa más hermosa del mundo entero.

Acorté el espacio que había entre ambos y sus labios se posaron en los míos, me tomó el rostro con sus manos y con su beso me transmitió todo ese amor que sentía, sus labios eran la mejor medicina para mí.

Un taxi nos esperaba en la calle, lo abordamos y nos fuimos a ese maravilloso paseo que prometía, me recosté en su pecho y sentí su corazón latir, era el mejor sonido en ese entonces.

—¿Vamos lejos o cerca? —Pregunté curiosa.

—Un poco de ambos, señorita curiosa.

—¿A cuántas horas estamos de ese lugar? —Seguí curioseando.

—Las necesarias para hacerte feliz. —Besó mi coronilla—, puedes dormir si quieres, dulce amor, yo velaré tu sueño. —No hizo falta que lo sugiriera de nuevo, ya me conocía y sabía que era dormilona los fines de semana, así que me dejé llevar escuchando su corazón y sintiendo su respiración en mi cuello, ese era mi mejor lugar en el mundo entero.

Unos labios tocaron los míos, suave y despacio, me despertaron, pero aún mantuve los ojos cerrados.

—Amor llegamos... vamos, despierta. —Me insistía y yo continuaba haciéndome la dormida.

—Señor taxista, lleve de regreso a mi novia a la ciudad, al parecer no quiere disfrutar de esta espléndida vista.

—¡Estoy despierta! ¡Ya lo estoy! —Le dije eufórica y él se echó a reír junto al taxista. Abrí la puerta del taxi y corrí afuera.

«¡Por fin solos!»

Me paralicé de inmediato, el cielo se veía arriba y abajo, era la mejor vista que había podido tener, me sentí en las nubes. El mar más azul que había visto en toda mi vida se encontraba frente a mí, sus olas lucían tranquilas, apaciguadas. Arriba, el cielo le hacía juego con su azul celestial, algunas nubes blancas como copos de algodón bailaban en este sin prisa, había una suave brisa y un sol resplandeciéndolo todo a su paso. Alejandro me abrazó por la espalda y me besó el cuello, me habló en susurros.

—Bienvenida a nuestro paseo, amor mío, quiero pedirte algo... —Me giró para que quedara frente a él, el taxista ya no se encontraba y a una distancia no muy larga vi una casa bastante grande de dos plantas, blanca y con grandes ventanales. Su mano se posó en mi mejilla y me hizo mirarlo de nuevo, estaba esperando por mi respuesta.

—Hoy soy tu hada madrina, pide lo que quieras, novio mío. —Le sonreí con coquetería y la vez con nerviosismo, él soltó una pequeña carcajada.

—¡Vaya, así que serás mi hada madrina, tengo muchos deseos que pedirte! pero antes... —Su sonrisa se borró y eso me tensó un poco, él se hincó en la arena más serio que nunca, mi respiración comenzó a hacerse pesada. Recordé las semanas anteriores y el concierto de los *BsB*, sentí mi corazón latir a millón, me tomó mi mano izquierda —esa que llevaba el anillo con el pequeño

corazón — y continuó—. Mi dulce amor, como te lo dije hace casi dos meses cuando te propuse ser mi esposa, te encontré a ti y no hay dudas de esto que siento, hemos pasado ya suficiente, tú has pasado suficiente dolor más que yo... por eso ante este cielo y ese mar como testigos quiero... que nos casemos, hoy.

Me llevé la mano derecha a la boca, ya mis lágrimas salían a borbotones por mis ojos como un río de cristal, por mi cabeza pasaron imágenes como una película: el día que lo conocí, cuando me consoló por la burla de aquellas chicas por mi peso, su primer beso, sus palabras, sus promesas, la propuesta de matrimonio, nuestra primera vez juntos y las ridículas y tontas discusiones por su madre, la vez que terminé con él. Y ahora se encontraba allí como todo un caballero de antaño proponiéndome adelantar nuestra boda, imaginé el futuro y lo quería a él conmigo, a mi lado para siempre. Sin dudarlo le respondí a ese hombre que sabía y estaba segura me amaría para toda la eternidad, incluso más allá.

—Sí... sí —respondí balbuceando por el llanto, mi novio se puso de pie para abrazarme y me levantó alegre, sonriendo.

—¡Dijo que sí! —Gritó fuerte mirando al cielo, creo que se lo decía a Dios, luego sus ojos se posaron en mis labios y me besó con amor y ternura, sus besos me supieron salados a causa del torrente de lágrimas.

—¡Isa y Ale se van a casar y muchos niños van a crear!

Me despegué de los labios de mi amado y no di crédito a lo que mis oídos escucharon. Giré para ubicar el sonido de esa vocecita tierna y casi caí al piso pero no sucedió porque mi novio me sostuvo en brazos. Mi Gabo estaba a unos pasos de nosotros, a su lado mis amigas, los padres de ambas, sus novios, Jonathan, César y... mis padres.

«¡Oh por Dios! » Me sentí plena y dichosa, mi llanto aumentó, tanto, que creí no pararía en años.

—¡Isa! —chillaron mis amigas acercándose a nosotros, Alejandro me colocó poco a poco en la arena y me sostuvo cerca, sus ojos no abandonaban los míos, me susurraba «te amo» y yo le respondí «yo también»

—Puedes soltarla, Ale, Isabella ya no se va a desmayar el día de hoy. —dijo Mónica con una gran sonrisa. Los demás presentes se acercaron a nosotros y yo me lancé a los brazos de mamá, mi llanto no cesaba y no podía evitarlo, tenía tantas preguntas, pero ya las haría cuando llegara el momento.

—Tal vez no se desmaye, pero si continúa llorando de ese modo se va a

quedar seca. —Bromeó, Iveth.

—Calma cariño, tranquila. Hoy es un día especial para ti y para Alejandro, tus ojitos se van a hinchar si no paras de llorar. —Mamá me acunó en su pecho y yo traté de hacer lo que me pedía, sin embargo me acurruqué más a ella.

—¿Tía Julia? —Intenté preguntar más, pero no podía.

—Ella se quedó con una enfermera, se encuentra mejor y yo no podía faltar a tu boda, mi chiquita.

—El tiempo corre, será mejor que nos apresuremos, el sacerdote llega en exactamente media hora. —Era Jonathan quien daba la información sonriendo de oreja a oreja.

—¿Media hora? —Indagué nerviosa, ¿en qué momento había organizado mi amado todo eso?

La casa de la playa era propiedad de los padres de Jonathan, quien gustosos por tan especial ocasión, la prestaron. Era hermosa por dentro, todo decorado en colores blanco y marrón, la mayoría de las ventanas eran de cristal, desde donde se podía apreciar el esplendoroso paisaje. Mi vista se quedó fija en lo que parecía el jardín trasero de la casa, y para más asombro se encontraba decorado, con un pequeño altar cubierto de flores blancas y amarillas, frente a este varias sillas de hierro forjado con cojines a juego con los colores del altar. Había un camino desde la puerta del patio trasero hasta el altar decorado con pequeñas flores blancas, ese que dentro de poco recorrería para ser la esposa de ese hombre hermoso que no dejaba de mirarme con adoración.

—Atención... —Mamá interrumpió las conversaciones alegres entre los pequeños grupos que se habían formado, papá junto a los padres de mis amigas, mis hermanos, Jonathan y los novios de mis amigas se encontraban con mi novio—, las chicas y yo nos vamos para arreglar a la hermosa novia mientras Jonathan junto a mis hijos y al resto de los chicos atenderán a nuestros invitados especiales, el guapo novio también debe estar presentable, César cariño, acompáñalo. —Papá asintió contento y enseguida guió a Alejandro.

Subí al segundo piso con mi tropa siguiéndome de cerca, parecía que soñaba. Mamá se adelantó al ver que me encontraba perdida, al parecer ella se conocía la casa a la perfección. Llegamos a una gran habitación con una inmensa cama vestida de blanco, con cojines en blanco y marrón y sobre la

cama reposaba un hermoso vestido blanco; sencillo, largo, sin mangas, no había logrado distinguirlo debido a tanto blanco que inundaba la habitación.

—Es el regalo de tus amigas —dijo mi madre a mi costado, las miré a ellas aun incrédula, era un sueño y ellas me observaban con ternura, lloré de nuevo.

—¿Cómo organizaron todo esto?

—Te lo diremos, pero mientras lo hacemos te ayudamos a arreglarte, Isabella. El sacerdote no espera por nadie. —Asentí entusiasta y nerviosa en dirección a Mónica.

—Verás... —Comenzó Iveth a darme respuestas—, Alejandro planeó esta semana todo, él solo, primero habló con tus padres y si ellos aceptaban, él procedía con lo demás.

—Pero, ¿y ellos? —Mis amigas sabían a quiénes me refería.

—Todo bajo control —Respondió Mónica.

—Hoy no quiero empañar este día, hija. Cariño ya sé todo, de boca del mismo Alejandro, por ese motivo cedimos a esta boda tan apresurada, tu padre y yo sabemos el gran amor que hay entre ustedes así que los vamos a apoyar, en vista de que todavía eres menor de edad, Ale necesitaba nuestra autorización para la boda, no dudamos en darle ese permiso. Estamos contigo, mi niña, y con tu futuro esposo, no hay que temer a nada ni mucho menos a ella. Aun no comprendo por qué callaste, corazón, pero, olvidemos esos malos momentos porque la felicidad espera por ustedes. —Ya tenía mi vestido puesto, Iveth intentó hacerme pequeñas ondas sueltas mientras Mónica me colocaba una pulsera de perlas, estaba sentada frente a un gran espejo y los ojos de mi madre y sus palabras me transmitieron paz y tranquilidad.

—Gracias, mamá. Contigo brindándome apoyo nada me hará daño. —Mis amigas me colocaron un maquillaje suave y en los labios solo un brillo rosa pálido, mi bouquet era de rosas amarillas —exactamente doce— me di una última mirada en el espejo, mi sonrisa lo decía todo, mamá y mis amigas tenían los ojos brillantes—. No lloren o yo también me uniré —amenacé a punto de llanto.

—Realmente luces tan hermosa, cariño, no hay momento más especial y maravilloso que ver a tu hija vestida de novia, este momento se quedará plasmado en mi memoria por la eternidad hijita... aunque veo que bajaste mucho de peso, eso no me gusta, Isa ¡Espero no estés con esas dietas locas!

Todas reímos, si ella hubiera sabido que no fueron dietas locas, aunque sí

fue una loca la que ocasionó mi falta de apetito.

Los invitados ya se encontraban en sus respectivos asientos, todos vestidos en tonos claros, el sacerdote en el altar y a un lado de este Alejandro; vestido muy apuesto con una camisa ligera manga larga blanca y un pantalón del mismo color. Conversaban amenamente, pero algunos notaron mi presencia, papá me tomó el brazo derecho, mamá y mis amigas se ubicaron en sus sillas, todos giraron el rostro hacia mí, Alejandro también, sus ojos se iluminaron y su pecho se infló de felicidad. Escuché unos violines —en efecto lo eran— había dos chicas y un chico tocando magníficamente *You raise me up*. Papá comenzó a guiarme lentamente al son de los violines, mi corazón martilleaba con estruendo, sus latidos tan apresurados me hacían querer gritar de felicidad, mi piel se erizó por los nervios, caminé segura y decidida hasta él, hasta mi amado, por el que quería luchar, por el que quería ser fuerte. Mis amigas lloraban de felicidad, mamá igual, yo apreté los labios para no hacerlo. Llegué a mi parada, a mi destino, a mi amor eterno. Papá procedió a entregarme con ojos llorosos y el nudo en mi garganta aumentó, Alejandro me recibió agradecido, lo sé porque soltó la respiración.

—Alejandro hoy te entrego a mi hija, mi sol y luz de vida —dijo papá conteniendo las lágrimas, luego me dio un beso en la frente.

—Un sol que ya ilumina también mi vida, tenga por seguro que seguirá brillando para todos de ahora en adelante, gracias por tan hermoso sol. — Prometió con firmeza, el sacerdote comenzó la ceremonia y Alejandro y yo no dejamos de mirarnos y adorarnos durante toda la ceremonia.

—Nos encontramos hoy acá para celebrar la unión de este par de jóvenes que tienen la dicha de haber encontrado el verdadero amor, motivo por el cual han decidido dar este gran paso para sellar tan esplendoroso sentimiento, les ha tocado atravesar situaciones incómodas, pero a partir de hoy todo será felicidad, les recito el siguiente salmo, 1 Corintios 13:4:

El amor es paciente, es bondadoso.

El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso.

No se comporta con rudeza, no es egoísta,

No se enoja fácilmente, no guarda rencor.

El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad.

Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Procedimos entonces con los votos, los anillos y finalmente el muy conocido:

—¡Los declaro marido y mujer! —Alejandro me besó con delicadeza como si de una muñeca de porcelana se tratase, su beso fue hechizante y cargado de magia, los gritos y aplausos no se hicieron esperar.

—Te amo, amor.

—Te amo, amor mío.

Y ambos fuimos separados por nuestra familia y amigos, para felicitarnos, y las bendiciones de todos nos cayeron como lluvia desde el cielo.

La velada transcurrió alegre y relajada, brindamos, comimos, bailamos. Debo decir que Alejandro bailaba algo divertido, no tenía mucho ritmo ese día, pero hacía el intento, aunque creo que lo hacía a propósito, me miraba con esos ojos negros y me guiñaba un ojo de manera graciosa, Gabo por su lado se destacó en la pequeña pista de baile.

El crepúsculo se hizo presente y alguien encendió unas antorchas que iluminaron cálidamente el ambiente playero, Alejandro me tomó de la mano y me hizo señas para que lo siguiera, nos apartamos de todos y caminamos a la orilla de la playa con el sol a punto de ocultarse. A mis pies lo golpeaban pequeñas olas en la orilla, el agua estaba helada. Mi esposo se detuvo y sus ojos se posaron en los míos.

—Te amo, Isabella, gracias por dejarme formar parte de tu vida.

—No podía ser de otra manera, amor, te amo y desde hace mucho ya eres parte esencial de mí. Sin ti no estoy completa.

Me besó y sentí que flotaba, al cielo, a mi felicidad, a mi nueva vida con él. A lo lejos escuchamos silbidos y aullidos, apuesto que fueron de nuestro buen amigo, Jonathan.

En vista de que solo tenía dos amigas solteras entre el pequeño grupo de invitados decidí dividir mi bouquet en dos, le di la mitad a cada una, ellas me abrazaron y yo les correspondí llena de felicidad.

—¡Wow, eres toda una señora casada, Isa! ¿Quién lo iba a decir? que de las tres serías la primera en lanzarte al agua. —Mónica, se limpió las pequeñas gotas de lágrimas de sus mejillas.

—Ya que se casó, ahora que tenga sexo 24/7. Eso sí, no queremos sobrinos todavía, eres muy joven, nena.

—¡Iveth! —Increíblemente aún no podía conversar tan tranquila con ellas sobre ese tema.

—¿Qué, Isabella? entiende esto, son recién casados, lo único que querrán es eso, ¿qué otra cosa? —Se rio sin remordimiento.

—Está bien, pero ya no hablemos de eso, por favor —supliqué sonrojada.

Nos despedimos de todos dando gracias por su apoyo, presencia y cariño en vista de que querían dejarnos solos para disfrutar de nuestra pequeña luna de miel, habían decidido quedarse en un hotel cerca. Mamá me susurró que me había dejado un pequeño regalo en el cuarto donde me arreglaron.

Cada uno de nuestros invitados se despidió de nuevo regalándonos bendiciones de su parte, Jonathan me pidió ignorar el desorden del jardín, prometió que al marcharnos, alguien se encargaría de eso. Desde la puerta principal los vi partir en diferentes taxis hasta que los perdí de vista, Alejandro me cargó de repente.

—¡Ey! —grité por la sorpresa.

—Es tradición cargar a la novia antes de dar inicio a la luna de miel, ¿no?
—Sonrió pícaro.

—Sí —respondí algo nerviosa.

Entramos a la casa y subimos a la habitación en la que me arreglaron, se sentó en la cama conmigo en su regazo, no pude evitar estremecerme, pero a la vez sentí algo de tristeza.

—Siento mucho... que tu familia no estuviera presente.

—Ellos se lo buscaron, no te han querido nunca, eso es suficiente excusa para herirme a mí. Quise traer a Arturo, pero fue imposible. Amor... quiero verte siempre feliz como lo has estado hoy, mis ojos no han dejado de adorar esa risa de felicidad desde que me dijiste que si esta mañana, te amo, eres lo más importante para mí, contigo soy fuerte, contigo me elevo a la felicidad misma, tú me elevas más de lo que yo puedo ser. Y cambiando de tema, tu madre fue muy clara, no quiere nietos, no todavía. —Mis mejillas se encendieron como luces de neón—, y estoy de acuerdo con ella, por ahora yo me cuidaré como ya lo hice antes, pero la próxima semana vas con el médico que la atiende a ella para que te guíe de la mejor manera, dulce amor, ahora voy por algo de champaña, ya vuelvo.

Se levantó como si nada y yo me quedé ahí sentada, petrificada. Aunque ya habíamos estado juntos se sentía como otra primera vez, respiré hondo y mi vista giró por toda la habitación, miré una caja de regalo —era de la que hablaba mamá— la alcancé y abrí con cuidado, dentro había una pequeña batica de seda —no para dormir precisamente— muy atrevida y sexy, era

negra, con muchos encajes y transparencias, la acompañaba una tanga provocadora y casi morí de vergüenza.

«¿Mamá, cómo pudiste? »

Respiré profundo, fui al baño y tomé una ducha de menos de dos minutos para poder colocarme el regalito nupcial. Salí del baño pensando que Alejandro aún estaba en el piso de abajo, y no, ya se encontraba sentado en la cama sosteniendo dos copas con ese líquido burbujeante. Sus ojos me comieron de pies a cabeza y recuerdo que yo no sabía si regresar al baño o correr a sus brazos. Conociéndome como lo hacía de inmediato llegó hasta mí.

—Dulce amor, no hay por qué forzar las cosas, si no estás lista hoy no hay problema. Por ti espero lo necesario.

Lo vi a los ojos, esos que lucían más negros que nunca y mis nervios y temor desaparecieron, me pegué a sus labios, lo besé con pasión, poco a poco llegamos a la cama y se deshizo de su ropa, luego de mi sexy batita y nos fundimos en uno solo. Nos amamos como que nunca esa noche, ya éramos marido y mujer, nuestro amor crecía y era más fuerte, esa noche fue inolvidable.



Capítulo 13

HASTA SIEMPRE

Cuando estamos en esas etapas de felicidad que nos regala la vida, en muchos casos no creemos ser merecedores de ella, porque es una felicidad tan extraordinaria que es como magia y pareciera no ser real.

Lo veía a él mientras dormía, como su pecho subía y bajaba acompasado, tranquilo y con mucha paz en su rostro, una de sus manos sostenía la mía, así había sido esos tres días, despierto o incluso dormido no me soltaba; es como si él también sentía lo que yo, que estábamos dentro de un sueño y de pronto... ¡Puf, íbamos a despertar!

Sonreí ante mis ocurrentes pensamientos.

Me levanté con sumo cuidado para no despertarlo, dirigí mi vista al reloj de la mesita de noche que marcaba las 6:17 am. Decidí levantarme para adelantar algunas cosas, ese día era nuestro regreso a la ciudad y quería dejar todo en orden —al menos dentro de la hermosa casa— en el jardín aún permanecían mesas, sillas y flores ya marchitas del día de nuestra boda. Desde ese impresionante momento en el que el sacerdote nos declaró marido y mujer mis miedos y temores se disiparon, había dormido tranquila —en su brazos— no había mejor lugar en el universo entero para dormir.

Pensé en los meses anteriores, en lo que había vivido, una montaña de sentimientos que me mantenían con las emociones a flor de piel; detallando todo me di cuenta de que mi vida había dado un giro de 180 grados. Cuando era una niña siempre soñaba con un príncipe azul —uno real— que llegara en su gran caballo blanco y me llevara a un enorme castillo, ya en este tendría una brillante corona y un vestido muy vaporoso. Mamá siempre se reía cuando le

comentaba sobre mi futuro príncipe y castillo, luego dejaba de soñar y jugaba a los carritos con César o hacíamos pasteles de barro decorados con hojas de los árboles —incluso les colocábamos una velita y cantábamos cumpleaños feliz a mis muñecas— esa parte era la que menos disfrutaba mi hermano.

Había logrado conseguir a ese príncipe azul, no había castillo, pero si existía una bruja mala en el cuento. Un escalofrío me recorría el cuerpo cada vez que imaginaba la escena en la que estuviera de pie frente a ella, con mi esposo a mi lado y dándole la noticia de nuestra boda, nada iba a ser fácil, lo sabía. Estaba segura de que se desataría la tercera guerra mundial, no me importaba lo que ella pensara, dijera, reclamara o exigiera, me espantaba que buscara la forma de separarnos.

Terminé de guardar mis cosas en mi pequeño bolso, las de mi esposo ya estaban en su sitio. Caminé hacia la gran cocina y preparé un rápido desayuno: café con leche, jugo de naranja natural y medialunas, mermelada, jamón y queso.

Miré el mar imponente y majestuoso a través de las ventanas de cristal de la cocina, las olas lucían traviesas y fuertes, los días anteriores se habían mantenido apacibles; seguí observándolo un rato más, era el azul más hermoso que había visto, lo tenía enfrente a unos cuantos pasos y me transmitía paz.

Limpié la cocina y caminé hasta el mar como hechizada por las olas, mis pies se enterraron en la arena blanquecina durante el recorrido, cuando ya estaba en la orilla sentí como las puntas de mis pies se mojaban, el agua estaba helada e hizo que me estremeciera. Solo tenía puesto un pantalón corto y una franela de tirantes, me abracé a mí misma y respiré el aire salino que había a mi alrededor —aire puro que relajaba mis pulmones— el sol estaba suave, iluminaba todo en su esplendor, cerré los ojos y grabé ese momento en mi mente hasta que unos fuertes brazos me envolvieron con ternura, acercó sus labios a mi oído.

—El sol sonrío por tenerte aquí, amor. —Sonreí ante su comentario, siempre era así, decía ese tipo de cosas y yo nunca encontraba una manera de igualar sus halagos. Entonces le dije dos palabras que me salieron desde el alma.

—Te amo. —Me aferré más a su pecho.

—Te amo, dulce amor —contestó dándome un beso en el cuello.

—No quiero irme —Dije triste y él suspiró.

—Igual yo, pero debemos regresar a clases y tenemos asuntos pendientes.

—Me tensé ante sus palabras, por más que evadía la realidad debíamos regresar y eso me hacía pensar.

—Ale...

—Dime, esposa mía. —Me giró y le di un beso fugaz, supuse que me iría acostumbrado a que ya tenía un esposo.

—Bueno, ahora que ya estamos casados... digo... no hemos conversado sobre eso, ha sido por la falta de tiempo. —Un rubor me cubrió el rostro, esos tres días no habíamos parado, era una necesidad de nuestros cuerpos que no podíamos detener.

—¿Isa? —Me apresuré, sonaba ansioso.

—¿Vamos a vivir juntos? Digo... eh...

—Tranquila amor, no hay necesidad de que estés nerviosa, ya hablé con tus padres respecto a ese tema, debido a nuestra situación, ésta semana estaré en casa de los míos, espero que ahora que somos marido y mujer, ellos entiendan que esto es un amor real y dejen el hostigamiento, luego me mudo a tu casa solo por un tiempo, más adelante espero tener nuestro propio hogar.

Me giré hacia él y nos abrazamos con fuerza, con amor y ternura. Mi corazón dio un brinco, él levantó mi mentón y me deleitó con esos ojos negros como el azabache, luego se inclinó y me besó los labios con ternura.

—Creo que... debemos despedirnos de esa cama como debe ser —dije entre jadeos, él sonrió pegado a mis labios por mis palabras osadas, sentí mis mejillas como brasas calientes y Alejandro, me cargó de repente.

—Cuando la señora Castillo da una orden, la cumplo a cabalidad.

Yo solté una estruendosa carcajada y me acurruqué a su pecho, entramos de nuevo a la casa entre besos y risas.

El taxi ya esperaba por nosotros y Alejandro colocaba nuestros bolsos dentro del auto, di una última mirada al esplendoroso mar, sabía que no sería la última vez que lo vería, pero en ese momento ya lo extrañaba mucho, había sido testigo de ese inmenso amor entre mi esposo y yo, un amor que nació desde el alma, desde el corazón, un amor sano y maravilloso. Una brisa suave acarició mi mejilla, no sé el porqué de la sensación, pero algo me dijo que era Dios, quien me susurraba algo.

—Recuerda darle las gracias a Jonathan —dije recostada de su pecho que subía y bajaba por la risa. Ya íbamos dentro del taxi.

—Creo, dulce amor, que será la décimo quinta vez que le dé las gracias a nuestro amigo, en serio, él me rogó que no volviera a repetirle esa palabra,

que estaba seguro que había sido solo un pequeño aporte como regalo de bodas.

—La carretera está algo húmeda por la lluvia de anoche, ¿les urge llegar a la ciudad? —Preguntó con amabilidad el conductor.

—Realmente no, si quiere ir como tortuga no hay problema —respondí con media sonrisa, el amable taxista me miró por el retrovisor y asintió.

Conversábamos alegres sobre nuestra pequeña y hermosa, de nuestros amigos y mi familia cuando escuchamos al taxista vociferar.

—Pero... ¿qué hace ese loco?!

Fue lo último que escuché decir al dueño del taxi, algo golpeó el auto fuertemente e hizo que éste derrapara, Alejandro me aferró a él con fuerza y luego... un fuerte impacto.

—¡Isabella! ¿Me oyes? ¡Dios!

Escuché unos gritos a lo lejos, todo permanecía oscuro, sentí un pitido en mis oídos, había bulla cerca, pero yo escuchaba como con interferencia. Eran gritos, gritos desesperados, mi cabeza y cuello comenzaron a doler espantosamente, algo caliente resbalaba por mi rostro, traté de abrir los ojos, estaba desorientada, hice un esfuerzo descomunal para abrirlos y lo logré.

El panorama que tuve frente a mis ojos hizo que la cabeza me quisiera estallar, al igual que el corazón.

La mitad del taxi estaba debajo de un inmenso camión, el techo de este pegado a nuestras cabezas, el chofer parecía muerto, eso me impactó en el estómago y las náuseas me hicieron vomitar.

—¡Isabella! ¡Todo estará bien! ¡No te duermas, por favor! —De nuevo alguien gritó.

El pitido en mis oídos aumentó, sentía mucho frío, mis manos se congelaron, el pánico invadió mi corazón, esa voz que pronunció mi nombre no era la de Alejandro; traté de girar hacia mi esposo y el dolor me golpeó el cuello con mayor fuerza, sin embargo lo logré.

«¡Oh Dios! ¡No! »

Alejandro me mantenía aferrada a él aunque no con resistencia, sus brazos simplemente estaban como puestos, lánguidos, más nada, sin ningún movimiento. Su rostro estaba bañado en sangre, mi corazón se contrajo al punto máximo de dolor, la respiración me falló.

—Alejandro... amor. —Nunca olvidaré esa sensación de terror que sentí

cuando él no se movió—, ¡Por favor... por favor, abre los ojos!

—Isabella, mírame, trata de calmarte, ya llegó la ayuda y la ambulancia.

La voz era la de Jonathan, era él quien gritaba y me llamaba con desespero, no pude ni mirar a mi amigo porque mis ojos no se despegaban de la razón de mi alegría y vida.

No sé realmente cuanto tiempo estuvimos dentro del taxi, yo me aferré entre sollozos a mi esposo que permanecía muy quieto. A la primera persona que sacaron fue al taxista, luego a mí, no podían abrir la puerta así que usaron algunos instrumentos para hacerlo, mucha gente a nuestro alrededor nos veía con pesar, un paramédico con su medio cuerpo dentro me habló.

—Señorita, todo saldrá bien, vamos ayudarla, procure no mover más su cuello.

No respondí, estaba muy aturdida, mi cabeza era un caos, no sé si vivía algo real o una pesadilla. Vi a Jonathan de pie detrás del paramédico, estaba bañado en lágrimas y tenía una mano sobre la cabeza. Cuando el paramédico logró sacarme mis piernas me fallaron, eran gelatina, de inmediato una camilla apareció de la nada y me subieron a ella, varios médicos se me acercaron y comenzaron a hacer su trabajo, me colocaron un enorme collarín en el cuello y me enfocaron los ojos con una molesta luz.

—¿Cómo te llamas, linda? —Preguntó una de los hombres que me examinaba.

—Isa... bella Landinez. —Logré pronunciar.

—Perfecto, Isabella, tienes un bonito nombre.

—¡Ayuda aquí! ¡Los perdemos, maldición!

Dos de los médicos que se encontraban conmigo se dirigieron inmediatamente al lugar donde pedían apoyo, me permití mirar a pesar del collarín. Era Alejandro, era mi esposo, lo tenían sobre otra camilla; por inercia traté de incorporarme, pero no pude, uno de los médicos me retuvo impidiéndomelo.

—¡Quiero estar... con Alejandro! ¡Es... es mi esposo! ¡Por favor, ayúdenlo! —El médico me retuvo con más fuerza y se tensó al oír mis palabras.

—¡RCP! ¡DEFRIBILADOR!

Jonathan se paró a mi lado y me apretó la mano, lo miré, sus ojos eran dos torrentes de lágrimas, desvié de nuevo la mirada a mi esposo, uno de los

médicos negó y yo me zafé y levanté de la camilla como poseída, pero no logré llegar hasta él, mi vista se nubló y me desplomé.

—¿Ella lo logrará?

—Debe lograrlo. Por nosotros.

—No lo sé, mamá. Todos sabemos que era muy grande el amor que los unía... tengo miedo y mucho, por ella.

—Ella... es fuerte... y cada uno de nosotros le dará todo el apoyo, fuerza, valentía y amor que necesite.

—Isa... hermanita, despierta...

—Son tres días ya, ¿alguna novedad?

—No, Iveth... su condición es estable, sus signos vitales han respondido, su brazo y pierna tardarán en recuperarse al igual que su cuello, pero con reposo suficiente va a mejorar.

—Señora Valeria, luce agotada. Debería ir a comer algo, Mónica y yo nos quedaremos con Isa.

—Gracias, gracias a las dos... gracias por no despegarte de mi pequeña estos días.

—No hay nada que agradecer, ella es nuestra hermana, acá estaremos hasta que regrese a casa.

—¿Por qué Isa duerme tanto, mami?

—Se recupera, mi amor.

—Quiero que ya despierte... la extraño, también a Ale.

— *Pitufo*, vamos por un helado, ¿sí?

—¡Sí!

—Andando entonces.

—Cinco días... Me voy a volver loca, doctor.

—La comprendo, señora Landinez. Pero le garantizo que su hija se encuentra fuera de peligro. Ya retiramos la sedación, tuvimos que recurrir a ello para su pronta recuperación... aunque pienso que cuando despierte, será difícil para ella, estaremos preparados.

—Muchas gracias, doctor.

—Nada que agradecer, tengo una hija de la edad de Isabella, y créame, estoy cuidando de su hija como si fuese la mía.

Escuché un goteo muy cerca, un zumbido, como una especie de máquina. La cabeza me dolía y sentía los ojos pesados como si estuviesen pegados, los

abrí de a poco, me contó sobremanera. Me encontraba en una habitación muy blanca y mamá estaba sentada en una silla con la cabeza recostada a un lado de mi cama, le acaricié la mano.

—¿Ma... má? —Ella abrió los ojos y se incorporó de inmediato, me abrazó y comenzó a llorar de la nada.

—Mi niña hermosa, gracias a Dios.

La observé largo rato, intentando armar el lio que era mi cabeza. Varias imágenes llegaron a mi mente repentinamente y la llenaron a rebosar, parecía una película.

Cuando conocí a Alejandro.

Nuestro paseo sorpresa.

La boda.

Nuestra pequeña luna de miel.

Un taxi.

Un accidente.

El rostro de mi esposo bañado en sangre.

Faltándome el aire reaccioné, mi pecho subió y bajó rápidamente. Intenté incorporarme. Fue imposible.

—¿Qué haces, cielo?

—Mamá... quiero ver a Alejandro. —Ella se puso de pie, acercándose a mí para abrazarme, comenzó a frotar mi espalda suavemente y me besó el cabello. Se quedó muy callada —cosa extraña en ella— una alarma sonó en mi cabeza, un miedo, una angustia, un desasosiego—, ¡Quiero ver a Alejandro, ahora!

Supliqué, tensa. Ella se asustó por mi grito, me tomó el rostro con ambas manos y me miró fijamente, pude reconocer el dolor en su mirada.

—Ahora no lo puedes ver, hija. Cuando estés más recuperada... veremos. —Desvió la mirada, sus palabras estaban cargadas de dudas y eso empeoró mi estado de ansiedad.

—¿Veremos? ¿Veremos qué, mamá? Algo pasa... no mientas... no lo hagas. —Mi madre se apartó de la cama y caminó hasta una ventana de cristal por la que se podían ver algunos árboles, se abrazó a sí misma—, mamá...

—El *Pitufito* se quedó abajo con las chicas y...

Mi hermano César entró a la habitación, quedándose perplejo cuando me vio despierta. Me observó en silencio, serio, decidí mirarme y me cercioré de

que llevaba una pequeña escayola en mi brazo izquierdo y mi pierna se encontraba forrada hasta la mitad con un yeso, llevaba puesta una de mis pijamas —imagino que me la puso ella— detesta las batas de hospital. César miró de mamá a mí, sus ojos como plato me alteraron aún más, si no me decían que pasaba comenzaría a gritar de frustración. Fijé mis ojos en él buscando una respuesta.

—César... quiero ver a Alejandro. Supongo que se encuentra en este mismo hospital, ¿no? —Él se colocó ambas manos en la cabeza y comenzó a dar vueltas en la habitación, mamá se giró con ojos llenos de lágrimas, mi hermano y ella intercambiaron miradas, algo se decían... algo que no me gustaría. Mi madre se acercó a mi cama y presionó el botón de ayuda llamando a las enfermeras, eso no lo preví. Mi hermano me sostuvo una mano y la besó con cariño—, ¿Por qué haces eso, mamá? —Cerró los ojos y miró al techo de la habitación.

—Tú y tus hermanos han sido mi mayor regalo de vida, jamás los cambiaría por nada, ni por el tesoro más valioso del mundo porque ustedes ya son mi mayor tesoro. Siempre he tratado de evitarles dolor y malos ratos, tu padre se queja de eso porque los sobre protejo demasiado, no me importa porque al hacerlo me siento plena y dichosa... si pudiera hoy... en este preciso momento... no decirte lo que debo, te juro que no lo haría. Mientras has estado inconsciente he tenido el tiempo para pensar cómo decirte algo que cambiará tu vida para siempre, sin embargo aún no sé cómo hacerlo. Solo ten en cuenta algo, mi niña, no estás sola, no lo estás, nosotros ahora más que nunca somos tus guardianes.

—Me asustas mamá... habla de una vez —pedí con voz temblorosa.

—Necesito que seas valiente, que seas fuerte hija. Mi amor... tú estás con nosotros porque así lo quiso Dios... Lo siento tanto, cariño, lo siento mucho. Alejandro... no lo logró.

Colocó una mano sobre su boca, más lágrimas salieron de sus ojos sin parar.

«¿No... lo logró?»

Mi mente no podía o no quería procesar esas palabras, sentí como se me helaba la sangre y como el frío subía por toda mi espina dorsal.

César

Un mes había pasado desde ese terrible accidente.

Hacia un mes perdimos a Alejandro. Un mes, que Isabella no era ella. Desde que mamá le dijo sobre la partida de Alejandro, ella entró en shock, luego comenzó a gritar y a convulsionar, tuvieron que sedarla, estuvo un día así, cuando despertó comenzaron los gritos de nuevo, no podíamos con ella, se arrancó la vía de la vena, esa por donde le suministraban sus tratamientos, de nuevo la sedaron.

Sentía impotencia, al igual que rabia. La casa era un caos, mamá no quería que dejáramos sola a mi hermana en ningún momento, nos turnábamos para estar a su lado. Isa no comía mucho, solo cuando mamá la obligaba o amenazaba con internarla en el hospital, no dormía y había que ayudarla con pastillas, no hablaba, esa era la peor parte, la que más nos costó solucionar, sus amigas la visitaban todos los días y parecían unas loras a su lado, le platicaban sobre sus clases, sus compañeros y que todos ansiaban su pronto regreso.

Jonathan tampoco dejó de visitarla, cuando él estaba cerca, ella tenía un pequeño brillo en los ojos, según la psicóloga eso era porque Jonathan era amigo de Alejandro, su mirada se volvía vacía cuando este se marchaba.

Isa era coma una bebé recién nacida, a Gabo también le afectó el estado de nuestra hermana, ya no usaba sus disfraces, jugaba como todo niño de su edad, pero ya no deseaba usar sus disfraces. Incluso Gerardo vino a visitar a mi hermana.

Lo más triste de esto era que ni Isabella ni nosotros teníamos la menor idea de en qué cementerio se encontraba Alejandro, tampoco Jonathan. Todo por su madre, ellos luego del accidente se mudaron sin dejar ninguna pista. Nada, como si se los hubiese tragado la tierra. Dos días después del accidente fue que el padre de Alejandro nos dijo la terrible noticia, siempre estuvo en cuidados intensivos, durante esos dos días solo permitieron visitas de su familia.

Si mi hermana hubiera tenido al menos un lugar donde visitarlo tal vez eso hubiera hecho más llevadero su dolor, aunque ella lograba dormir gracias a las pastillas eso no evitaba sus pesadillas, mamá se mudó a su cuarto porque luego de esos terribles sueños, ella terminaba prendida en fiebre.

No tenía idea de cuándo iba a terminar tanto sufrimiento por la pronta partida de él, sufrimiento también para nosotros al verla en ese estado y no poder hacer más para ayudarla.

Aun me costaba creer como la vida te puede cambiar en tan solo un

segundo. Hoy la valoro más que nunca, hago lo que me apetece, disfruto cada instante, hoy estas acá, mañana quien sabe.

Mi hermana tuvo la dicha de conocer un amor mágico y único, ella sabía eso, dolorosamente terminó de la peor manera. Estaba seguro que saldría de ese agujero en el que se encontraba era parte de su dolor y recuperación, mientras, yo cuidaría de ella hasta que se encontrara estable y se llenara de vida nuevamente.



Capítulo 14

LEJANA

César

Segundo mes, las cosas se mantenían igual. Excepto por nuestro perro Orejitas que estaba más loco que nunca, nuestro gato con actitud de aristócrata tenía tiempo sin portar por casa —así era él— se perdía cuando se encontraba en celo, sin embargo a mi parecer era un gato bonachón.

Lo peor de la triste situación en mi hogar, era que durante esos días había descuidado a Ana María —mi novia— tenía exactamente dos meses con ella. Ana María —hermoso nombre— Ana era y es una chica realmente hermosa, amaba y aún amo todo de ella —incluso cuando se encuentra dormida— las veces que me quedaba en su casa a ver alguna película en DVD por lo general el cansancio la vencía y terminaba dormida en mis brazos —algo que adoraba y adoro— la película dejaba de ser entretenida para mí porque tenía el mejor espectáculo ante mis ojos, ella.

Tenerla me hacía bien, me reconfortaba y era una chica que entendía mi situación, no me reprochaba nada, era paciente, amable y bondadosa, se parecía tanto a mi querida Isabella en la forma de ser —y un dato importante— amaba a los *BsB*. Cuando lo supe solté una estrepitosa carcajada, sabía que ella, mi hermana y sus amigas serían mi pesadilla cuando se juntaran... eso no había podido suceder, pensé traer a Ana a casa luego que Isa regresara de su pequeña luna de miel, pero todo cambió desde ese día, todo cambió desde hacía dos malditos meses.

Logré traer a mi novia un mes después a esta locura, mis padres la adoraron de inmediato, Gabo —ya saben, es Gabo— y Ana se enganchó con él

de inmediato, Isa solo le sonrió.

Isabella perdió peso —quince kilos— incluso un día luego de una de esas crisis nerviosas que le ocurrían fue hasta el baño, tomó la balanza rosa —esa misma que mi madre botó a la basura millares de veces— y sin más la tiró a la calle, luego se sentó en el piso y lloró varios minutos para luego seguir en su mundo ausente, todos nos sentimos impotentes, su psicólogo dijo que eran reacciones normales, eran etapas del duelo que vivía, al parecer se encontraba en la segunda etapa —la de la rabia y agresividad— de igual manera acabó con los espejos de su habitación, en solo un día los hizo añicos, los demás espejos de la casa los tuvimos que guardar.

Pese a todo, mamá logró que regresara a clases, veía clases sola con cada profesor, ellos fueron muy amables en ese particular, lo hacían por ayudar a mi hermana y para que no perdiera el año escolar, lo hacían porque sabían todo lo sucedido y porque Isa no toleraba ver gente a su alrededor que no fuéramos su familia o amigos muy allegados. El único alivio —y era muy pequeño— pero contaba, era que comenzó a hablar, muy poco lo hacía, eso fue hazaña de mamá, le había dejado pasar ciertas situaciones, no obstante un día le comenzó a gritar, quería que racionara de su letargo y lo consiguió, desde entonces conversaba aunque fuera en monosílabos.

Organizamos entre las chicas, Ana, Jonathan y yo un día de picnic. Iveth pensó en ir a la playa, pero lo descartamos, el mar era una de las cosas que Isabella no toleraba, al igual que la música, los taxis y los paseos fuera de casa.

Mis padres se encontraban en la cocina preparando unas hamburguesas, Gabo y yo preparábamos la gran mesa de madera en el pequeño jardín para el picnic. Isa estaba balanceándose en el gran columpio doble, su cabello había crecido mucho, ese día tenía puesto un vestido de algodón blanco con pequeñas florecitas en todos los colores. Orejitas a un lado de ella le lamía las manos, los brazos, ella solo miraba el cielo azul lleno de nubes blancas, a veces deseaba poder leer mentes para saber en qué pensaba.

Abrieron la puerta trasera de la casa, era mamá que venía con una bandeja cubierta de panes de hamburguesa, detrás de ella papá y el resto de nuestros invitados, me apresuré en ayudar a papá con las sodas.

Todos saludaron de uno en uno y mi novia me dio un beso fugaz, eso me hizo sonreír como idiota. Nos acomodamos en la gran mesa y Mónica e Iveth fueron por mi hermana, no las perdí de vista mientras se dirigían a Isabella,

algunas veces reaccionaba de manera agresiva y grosera, así que yo —más que mis padres— me mantenía alerta, solo por ella no por los demás, no deseaba que la lastimaran. Aunque debo reconocer que sus amigas eran las mejores, le tenían una paciencia regia, incluso le habían aguantado insultos en su etapa de rabia.

Esa vez, Isa se encontraba más pálida que otros días, eso me descomponía, aunque vi una sonrisa débil en sus labios que me causó un tremendo alivio. Se levantó del columpio y este se siguió balanceando con Orejitas arriba, sus amigas intentaron darle un abrazo, pero las esquivó —reacción normal— caminó hasta la mesa y se acomodó en uno de los puestos alrededor de la mesa en el jardín. Papá decidió decir unas palabras, no sabía si era buena idea, mi novia notó mi tensión y me agarró una mano para tratar de que me calmara un poco.

—Bien, chicos... eh... solo quería darles las gracias a cada uno de ustedes por estar aquí para mi hija, luego de... en fin, esto demuestra el significado de la verdadera amistad, gracias. —Lucía incómodo y no quiso mirar a Isa, todos asintieron para finalmente sentarse, mamá le dio un beso en la mejilla. Nadie quería hablar más, pronunciar ese nombre —Alejandro— estaba vetado. Era prohibido tocar el tema del accidente así que procedimos a comer en silencio.

Luego de haber comido suficientes hamburguesas conversamos amablemente, todos menos Isa, se encontraba en ese mundo al que no nos dejaba entrar, mamá miró su plato —no había probado la comida— « ¡No de nuevo! » pensé. Ya le había dicho que dejara de obligarla, su desesperación de madre terminaba por ganarle a la razón, los demás no prestaban atención, yo sí, me había convertido en su protector las veinticuatro horas del día.

—Cariño... debes probar la comida, solo un poco —rogó mamá en un susurro.

—No tengo hambre —dijo secamente y miró a la nada. Mamá suspiró.

—Por favor, inténtalo —insistió.

—No... —contestó en el mismo tono.

Mamá hizo algo que no había hecho antes, creo que dos meses en esa situación dio como resultado lo que sucedió. Tomó un pedazo de hamburguesa y trató de dársela a Isabella en la boca, Isa comenzó a mirar con asco la hamburguesa e inició un sin fin de arcadas, mamá la miró con asombro y molestia, mi hermana empalideció y se levantó de su silla, corrió a la casa, me froté el rostro con desespero porque los demás ya se habían percatado de

la escena. Sus amigas fueron inmediatamente tras ella y mi madre se encogió de hombros. Ana trató de tranquilizarme, si continuaba así terminaría yo también en el psicólogo. No sé cuánto tiempo realmente transcurrió hasta que Mónica salió despavorida de la casa.

—¡Señora Valeria, Isa no para de vomitar y ahora ha perdido el conocimiento!

De inmediato todos entramos a la casa y luego a la habitación de Isabella, fui el primero en llegar a su baño, Iveth se encontraba llorando en el piso con la cabeza de mi hermana sobre sus piernas y le acariciaba el rostro, mi hermana estaba blanca como un papel, me acerqué a ellas y me arrodillé, tenía las manos heladas al tacto, la tomé en mis brazos y la llevé a la cama; mamá hizo lo que se debía hacer en esos casos: colocarle un algodón impregnado de alcohol cerca de su nariz .

Nada de nada, no volvía en sí, decidimos finalmente trasladarla al hospital.

A partir de ese día, la vida de todos, definitivamente, no fue la misma.

ACTUALIDAD

8 años después...

Mi noche ha sido larga y agotadora, recordar todo mi pasado me ha dejado vulnerable.

Desde que él murió nada ha sido igual. Nada. Los dos meses después de su partida le hice vivir un infierno a mi familia, era solo una niña casi a punto de cumplir los dieciocho años.

Hoy tengo veintiséis, el tiempo es lento cuando estoy sola en casa, pero cuando estoy en otras cosas o en mi trabajo mi mente está relajada y tranquila. Aún tengo pesadillas —no siempre— solo cuando estoy alterada o estresada con el trabajo, actualmente soy asistente de un gran empresario dueño de varias cadenas hoteleras, es un buen hombre, me hace recordar mucho a papá, tienen la misma forma de ser, tan sencilla, no pareciera ser el dueño de casi todos los hoteles del mundo. Mi vida es un constante viaje por todo el planeta: Europa, India, Emiratos Árabes, América. En esta última nuestra parada fue en Toronto —hermosa ciudad— es en donde se inauguró uno de los hoteles.

Tomé este trabajo por la adrenalina de volar, mi mayor pánico siempre han

sido los aviones y todavía lo son, he viajado infinidad de veces durante cinco años y mi miedo no cede —es fuerte el condenado— sin embargo amo mi trabajo, lo disfruto. Mi familia es maravillosa, se mantuvieron conmigo hasta que salí a flote, hasta que salí de ese agujero.

A mi hermano César lo adoro más que nunca, fue mi mayor apoyo, mis amigas son también mi sol y luz; Jonathan también fue parte de ese soporte para mí, tengo tiempo sin verlo porque se encuentra en Paris, con sus famosos cuadros, tengo varios de él en mi departamento.

Desde hace mucho no me sentía plena y tranquila, no puedo decir que feliz —nadie es feliz del todo— la felicidad va y viene, es imposible ser feliz todos los días del mundo, de eso se trata la vida, ¿no?

Logré graduarme de secundaria, después vino la universidad —administración de empresas, luego idiomas—. Tengo pocos amigos a parte de mis dos adoradas hermanas, Jona y Gerardo.

A los chicos los mantuve a raya, casi todos habían escuchado de mi caso y al parecer eso les bastaba para no acercarse —mejor así— mi corazón tuvo un solo dueño y empiezo a sospechar que así será siempre.

Por primera vez mi barco iba tranquilo en el mar de la vida, digo iba porque todo se descontroló cuando recibí ese correo electrónico.

«¿Por qué ocho años después? »

De su familia nunca volví a saber más nada, se esfumaron, luego de un año mi hermano contrató un detective privado y no logramos nada, decidimos desistir y yo decidí continuar el camino, mi vida, decidí luchar, él no hubiese querido verme derrotada, de eso estaba segura.

Las nubes danzan frente a mí a través de la ventana, me levanto de la cama y me dirijo a la sala en donde está mi laptop, la abro y leo de nuevo el correo:

Asunto: ¿Eres tú mi dulce amor?

Hola, tú:

Debes ser la persona número 200 o algo parecido a la que le he escrito y no bromeo. ¿Por qué? bueno, realmente es algo difícil de explicar en un correo, solo a mi favor debo decir que busco a alguien que casualmente lleva tu nombre y apellido, necesito con urgencia hablar con ella, es un asunto de vida o muerte. Si no me crees un loco desequilibrado te veo en la dirección que anexo abajo.

Suspiro y me muerdo el labio, ¿qué es esto?, ¿alguna broma estúpida? miro la hora en la laptop, las 7:00 am. Quedé de verme con esa persona a las doce del mediodía, aún hay tiempo para pensar con cabeza fría.

Decido llamar a mamá por teléfono, aunque me mudé de casa hace cuatro años, ella todavía me trata como una adolescente, no acepta que crecí. Mis padres luego de un tiempo se mudaron de nuestro primer hogar por mi estado emocional, la casa me recordaba mucho a Alejandro, por eso tomaron esa decisión. Tomo el teléfono inalámbrico y le marco.

—*Diga —responde con esa voz dulce de siempre.*

—*Hola, má —digo con media sonrisa.*

—*¡Cariño, me tienes en el olvido! —refunfuña con ternura.*

—*¡Qué exagerada eres, mamá! no hablamos desde... —Miro de nuevo la hora—, ayer a las cuatro de la tarde.*

—*Debe ser la edad, mi amor. Y, a ver, tú no llamas tan temprano, ¿todo bien? —Suspiro porque siempre intuye algo como todas las madres.*

—*Algo así, mamá... verás...*

Procedo a contarle toda la historia. Escucho unos suspiros ahogados, otros grititos, un pequeño llanto, se altera, se calma y al final me pide no ir a esa cita —teme por mi salud mental— la ignoro y le recuerdo lo que ella siempre me aconseja «*que escuche a mi corazón*» y eso es lo que estoy haciendo, a mi mente no la tengo del todo controlada, tampoco me estoy haciendo ilusiones de que él esté vivo, lo deje partir hace tiempo, pero solo es curiosidad, quiero saber quién se encuentra detrás de esto y poner fin a esta locura.

Me ducho, me cambio formalmente como lo suelo hacer para ir a mi trabajo, por fortuna estoy en mis días libres, desayuno, reviso algunos correos, concreto otras citas para mi jefe y al final decido continuar la lectura de uno de mis libros inconcluso de una de mis escritoras favoritas —Ana Coello— eso es para acelerar el tiempo; cuando leo el tiempo vuela y más si son historias de Ana. Y como tal, eso sucede, son ya las once de la mañana y mi celular suena, mis sentidos se ponen alerta. Fijo mi vista en la pantalla —es Gabo— mi eterno *Pitufu*, tiene diecinueve años, ya está en la universidad estudiando arquitectura, es todo un galán rompe corazones, no tiene novia, pero sí su respectivo club de fans. No es por nada, pero mi hermanito es precioso.

—*Hola, Pitufu. —Escucho su resoplido de frustración.*

—*¿Te cansarás de llamarme así algún día?*

—*Nunca jamás, Pitufu, ¿cómo estás?*

—*Eh... bien, estoy en casa de César, Ana y él me invitaron a almorzar, mamá llamó algo preocupada, nos contó sobre ese correo que recibiste... Isa*

no lo sé... espera, te va a hablar César. —Escucho un pequeño sonido y luego la voz de mi hermano mayor.

—Hola, Isa, ¿estás segura de ir a verte con un extraño? porque no sabes quién es, solo porque diga que es "Alejandro Castillo" no deberías correr a su encuentro. Si vas a ir, voy contigo. —Niego con la cabeza, mi hermano aún se cree mi guardaespaldas y no me importa que lo siga siendo, es un gran hombre, se casó con Ana hace tres años y tienen un precioso bebé, mi encantador sobrino Lucas.

—Mis amigas me acompañarán, César, si igual quieres ir, no me opondré.

Decide no ir porque confía en Iveth, si algo sale mal sabe cómo es ella, pobre de aquel que se cruce en su camino con malas intenciones.

Es como un sueño ver lo que cada uno de mis hermanos y familia han logrado, mis amigas también se casaron, juntas y el mismo día hace cuatro años, fue una locura porque fui la dama de honor de ambas, por suerte fue una boda en conjunto y se casaron con sus novios de siempre —Hernán y Alfredo— buenos chicos y hoy excelentes hombres. Mónica tiene un niño de dos años —Augusto— Iveth una nena de dos —Lena— Les hago bromas porque como se casaron el mismo día, sus bebés nacieron casi en la misma fecha, les digo que sus retoños se terminarán casando y solo se ríen de mis ocurrencias.

Falta media hora para la cita y voy con mis amigas en el auto de Mónica, no hablamos, cada una va sumida en sus pensamientos. Aunque parezca extraño me encuentro calmada, no lo sé, anoche me encontraba ansiosa, pero hoy estoy tranquila.

Concreté la cita casualmente en uno de los hoteles de mi jefe, al norte de la ciudad. Llegamos quince minutos antes y un botones nos recibe el auto, ya me conoce así que se esmera en atendernos a mis amigas y a mí, Mónica le entrega las llaves de este para que lo lleve al estacionamiento y nosotras nos dirigimos al restaurante del hotel.

Me ubico en una mesa al centro y mis amigas no muy lejos, el mesonero se muestra confundido, le explico rápidamente que espero a alguien. Me siento y espero, el amable mesonero me sirve una copa de agua y mis amigas a lo lejos me sonríen. Cinco minutos después alguien me habla.

—¿Isabella? —Me giro para ver a la persona que me acaba de llamar y mi corazón se detiene, mi copa cae al piso y el tiempo retrocede años atrás, las

imágenes de un niño encantador en la sala de mi casa se reproducen rápidamente ante mis ojos.

«¡Hola Isa, tenía muchas ganas de verte y le dije a mi hermano para venir con él!»

Arturo.

El ya no tan pequeño hermano de Alejandro se encuentra de pie frente a mí, es todo un hombre, tan parecido a su hermano que no puedo evitar que comiencen a salir lágrimas como lluvia en pleno desierto. Arturo se apresura a sacar un pañuelo y me lo ofrece, yo lo tomo con manos temblorosas, sin embargo le hago un pedido porque lo necesito urgente.

—Arturo... ¿puedo... darte un... abrazo? —digo entre balbuceos por el llanto. Y en segundos él me toma por los brazos y me abraza fuerte y con cariño, mi llanto empeora en medio del restaurante, algunos miran curiosos, otros continúan con su almuerzo, mis amigas lloran al igual que yo, pero no se mueven de sus sillas. Un mesonero se acerca para recoger la copa rota del piso. Ignoro a todos y cierro los ojos fundida en los brazos de Arturo, siento por un momento que es Alejandro e incluso lleva su mismo perfume, mi paz y tranquilidad me abandonan, esto es peor de lo que pensé, siempre voy a extrañar a Alejandro. Siempre. Me había adaptado a su ausencia, a no tenerlo en mi vida durante estos años, y ahora que veo a Arturo es como revivirlo todo, abrazar a Arturo es como abrazarlo a él, no quiero que me suelte, no quiero que se aleje y la herida en mi corazón se abre de nuevo.

«¡Oh Dios, no de nuevo, no puedo volver a revivir otra despedida cuando Arturo se vaya! »

Han transcurrido algunos minutos y sé que debo soltarlo. Arturo es tan caballeroso que ni siquiera ha hecho el intento de despegarme de él. Mi mente me habla «debes soltarlo, Isabella» me citó acá por algo y eso hace que mi mente reaccione. Por fin me despego y lo miro apenada limpiándome las lágrimas.

—Lo siento tanto, Arturo... lo siento...

Me sonrío y me ayuda a sentarme, alzo la vista a su rostro y el parecido me vuelve a impactar, sus ojos están brillosos, no puedo apartar la vista de él, se sienta frente a mí algo nervioso. Habla de inmediato porque yo me estoy volviendo nada con su cara.

—¡Isa... Wow! Ha pasado tanto tiempo, pensé que no te iba a encontrar nunca, no tienes idea del montón de Isabellas que he contactado, es

impresionante. —ríe aun nervioso—, ya casi llevo un año en esto, ya estaba a punto de darme por vencido... apenas puse un pie en la puerta supe que eras tú, no has cambiado, sigues igual de hermosa como tantas veces le escuché decir a mi hermano. —Decido no interrumpirlo, escuchar cosas de Alejandro me dan un respiro de felicidad.

»Aunque estuviera dormido me despertaba y comenzaba a contarme su día junto a ti, su felicidad por tenerte, ese gran amor que te tenía, yo era un niño, Isa, pero recuerdo cada palabra de cuando se refería a ti, esos recuerdos permanecen vivos. Me contó feliz que se casaría contigo así se callera el mundo... ese día que tuvieron el accidente, mamá recibió esa llamada, ella se desesperó, lloró un rato, llamó a papá... yo no sabía que sucedía, ellos actuaban extraño, luego esa tarde me llevaron al hospital y vi a tu familia, querían ver a mi hermano, pero solo permitían entrar a mis padres... luego mamá salió de ese sitio —de cuidados intensivos— para ese entonces no sabía que era, lloró, habló con varios médicos y luego con papá.

»No sabía muy bien que pasaba, Isa... papá se fue, luego regresó a los minutos y me llevó con él de regreso a casa, al poco tiempo llegó un camión de mudanza, por más que preguntaba mi padre no respondía, solo empacaba toda nuestra ropa en las maletas... y nos fuimos. Lejos, a una ciudad a nueve horas de acá, ya instalados allá, papá era quien más estaba en casa conmigo, fueron semanas, meses, años, solo veía a mi madre por las noches, ellos seguían igual, sin responder a mis preguntas, sin saber de mi hermano, yo decidí concentrarme en mis estudios, más nada, hasta que un día hace ocho años, mamá llegó a casa... con Alejandro.

¿Han sentido en algún momento que mientras duermen tienen una sensación de estar cayendo al vacío y despiertas de repente?

Bueno, así me siento en este instante, mi llanto se calmó, estoy tranquila, mi mente está procesando las últimas palabras de Arturo. Lo observo sin ninguna emoción.

—No entiendo bien de qué hablas, Arturo ¡He vivido ocho malditos años creyendo muerto a tu hermano...!

—Lo siento, Isabella... de verdad lo siento... mi hermano estuvo en coma durante siete años, lleva un año en casa, mamá me prohibió hablarle sobre él a nadie, pero... veras, él desde que abrió los ojos preguntó por ti y así lo ha hecho desde entonces, mi madre le dijo que tú habías fallecido... debido a que permaneció tanto tiempo en coma y se encontraba débil se lo creyó, parece un

niño pequeño, ha estado en terapias psicomotoras y ha estado nadando mucho también... Rudy ha estado visitándolo, no imaginó que estuviera vivo... pero él no es el mismo, parece que su alma se encuentra... muerta; y no lo vas a creer, pero fue ella quien me propuso que te buscara porque desea que Alejandro vuelva a ser feliz, así que le hice caso y comencé a investigar y enviar correos a todas las Isabellas que encontraba en las redes de esta ciudad.

»Incluso estuvimos en tu antigua casa, pero ya no vivías allí, mis padres no saben que estoy en esta ciudad, cuando me diste la dirección del sitio de nuestra cita, no lo sé, pero mi esperanza creció, sabía que esta vez eras tú. Mis padres piensan que estoy de paseo con mis amigos de la universidad. Ahora no sé si hice bien en buscarte, si ya tienes una vida hecha, sin embargo debía intentarlo... por favor, he hablado lo suficiente, di algo, Isabella. ¿Qué piensas hacer?

«¡Está vivo... él está vivo, mi amor está vivo! »

Me llevo las manos a la boca para no gritar. Mis emociones se van al tope y me levanto, corro, corro fuera del restaurante, necesito aire.

Llego al gran jardín del hotel, flores en todos los colores lo decoran, doy vueltas y vueltas con los brazos extendidos, miro al cielo y caigo sentada en la grama, mareada y extasiada.

—¡Isabella! —Mis amigas me llaman, se agachan junto a mí en la grama, Arturo se queda de pie. Me contemplan en silencio, lo sé, ellas temen por mi salud mental, Arturo luce muy asustado.

—Estoy bien... ¡Luego de ocho malditos años estoy respirando como se debe! ¡Está vivo! ¡Mi esposo está vivo! —Mis amigas creen que ahora sí he perdido la cordura, si no lo hice en ese entonces, ¿lo estoy haciendo ahora? Se miran confundidas.

—Por Dios, Isa, no de nuevo... menos ahora, no puedes te necesitan, además, ¿no te das cuenta? él es Arturo, su parecido con Alejandro es impactante, pero no es él.

Comienzo a reír con fuerza, ellas no saben nada, piensan que confundo a mí cuñado con mi esposo, esto es tan divertido, mis carcajadas hacen que termine tumbada en la grama, la risa se me desborda y hace que me duela el estómago. Arturo se pone las manos en la cabeza y ríe relajado, mis amigas deciden dejarme reír aunque en sus rostros la preocupación se nota a borbotones.

Me calmo, tomo un respiro y me siento con las piernas cruzadas, debo tener cabeza fría de ahora en adelante.

Saco mi celular, marco el número de mi abogado —el único en quien confío— y gracias a Dios, es mi hermano.

—César, necesito tu ayuda como abogado. Por favor, reúne a todos en casa de mamá, necesito urgentemente hablar con ustedes en una hora.

Cuelgo antes de que mi hermano comience su bombardeo de preguntas, marco otro número, el de mi jefe

—Hola, señor Ben, necesito un pequeño favor, ¿podría usar su jet privado esta tarde?

El señor Ben de inmediato accede, confía en mí. Mi cabeza trabaja a millón, hoy mismo mi esposo regresa a casa conmigo.



Capítulo 15

NADA ES ETERNO, SALVO QUE TÚ LO QUIERAS

Observo el crepúsculo por medio de la pequeña ventana del jet, el sol ya casi se oculta para darle paso a la noche. El cielo se ve esplendoroso, el vuelo transcurre tranquilo. El capitán anuncia un cielo despejado con un tiempo de vuelo de cincuenta y cinco minutos. Mi hermano está sentado frente a mí, me guiña un ojo y le sonrío, se encuentra ansioso y yo poseo una mezcla de ansiedad y alegría, sin embargo debo estar en calma, sacar a Alejandro de esa casa traerá discusiones, pero llevo a alguien conmigo que me hace poderosa.

César, él será mi ayuda legal, si esa señora se opone a que Alejandro salga de esa casa pues está muy equivocada, tengo todo el derecho del mundo ya que soy su esposa, ya fue suficiente daño, destrozó corazones, borró sonrisas y mató ilusiones. Hay que dejar el odio atrás para seguir adelante. Observo a Arturo, este se encuentra entretenido, juega como un niño pequeño con otra persona.

Mi familia, reunirlos a todos fue lo de menos, lo peor fue cuando vieron a Arturo, mamá lloró apenas lo vio y le dio un gran abrazo interminable como lo hice yo, hubo muchas emociones, el ambiente estuvo tenso, luego calmado, después el asombro reinó. Aunque en el jet voy con pocos, en este pequeño viaje los corazones de mi familia entera —que ahora ha crecido— vienen conmigo, deseando que la maldita pesadilla termine de una buena vez para mí.

Aterrizamos en esa ciudad exactamente cincuenta y cinco minutos más tarde, ya anocheció, siento un pequeño temblor en mi cuerpo, aun creo que estoy en una de esas pesadillas recurrentes de mi pasado, esa que no me

dejaba en paz a diario, empezaban del mismo modo, él, el mar, nuestra boda y el accidente, siempre eran igual, en el mismo orden, despertar y comprobar que era la realidad, era peor que la propia pesadilla en sí.

Bajamos del jet de uno en uno, le agradezco al amable capitán —Franco— he viajado con su tripulación otras veces sola o con el señor Ben. Me asiento con media sonrisa al igual que las lindas azafatas, ya en el hangar nos espera una limusina, todo es disposición de mi jefe, pedido al cual no me pude negar, de todos modos íbamos a necesitar transporte. El amable chofer nos recibe con las puertas abiertas e ingresamos a esta, Arturo dice que su casa queda a media hora del aeropuerto y emprendemos nuestro recorrido.

Las calles se encuentran oscuras, iluminadas por faroles o por la luz de la luna, en la limosina suena suavemente música clásica, la música, esa que tanto amaba de mis *BsB* la dejé de escuchar, eran demasiados recuerdos que dolían y perforaban mi corazón, preferí dejarla atrás.

No sé realmente que nos depara el futuro, por mi parte todavía lo amo, incluso cada día mi amor fue creciendo más sin poderlo evitar, soy de esos seres que aman una sola vez en la vida y para toda la eternidad.

La limusina se detiene, bajo el vidrio y veo una casa de dos plantas no muy grande, mi corazón comienza a palpar apresurado, aprieto mis manos y mis uñas se clavan en las palmas, me lastiman por la fuerza que empleo. Arturo asiento, quiere infundirme valor, lo que él no sabe es que desde hace tiempo el miedo ya no forma parte de mis emociones, luego de lo que padecí, el miedo es solo una sensación de pequeñez.

—Mamá no está en casa. —Avisa Arturo—, no ese encuentra su auto en el garaje, debe estar con sus amigas y lo más probable es que papá esté con ella, es viernes y es normal que salgan a sus noches de amigos... Alejandro no sale, a menos que sea para dar pequeños paseos cerca.

Yo asiento y respiro profundo, mis manos comienzan a temblar y una sensación de mareo me invade.

No sé de donde sale, pero una botella de agua aparece frente a mis ojos, la mano de mi hermano la sostiene mientras que otra pequeña mano sostiene una de las mías.

—Toma un sorbo y hagamos lo que vinimos a hacer.

Destapo la botella y sorbo un buen trago de ese líquido cristalino, coloco la mano en la manija y abro la puerta despacio, miro de nuevo a mis acompañantes, todos asienten, bajo lentamente, luego los demás. Arturo se

adelanta apresurado con las llaves para abrir la puerta, subimos unos pequeños escalones, entonces mi cuñado abre la gran puerta blanca con incrustaciones de vidrio, entra y nos invita a pasar, cuento hasta diez mentalmente y camino hasta un pequeño recibidor.

La casa posee la misma decoración de la antigua casa donde ellos vivían antes.

—¿Arturo?, ¿eres tú, enano? —Mi corazón se detiene, creo que no estoy respirando y comienzo a hiperventilar, mis nervios se descontrolan y amenazan con estallar.

Hace ocho años era una niña soñadora, alegre, ingenua, de corazón noble, creía en la gente, en los buenos sentimientos, sentimental a decir basta, apasionada de la música, de mi grupo *Backstreet Boys*, pésima en matemáticas, perfeccionista del orden, hija amada, hermana bendecida, mi único tormento era yo misma con aquellos ridículos kilos demás, hoy me río de ellos ¡A la mierda esos kilos! Era feliz con ellos, disfrutaba la vida con ellos y hoy lo reconozco, con ellos... él me amo así, él me vio a mí, a mi corazón, a mis ojos, a mi alma, así me amó, así me enamoró, desde aquel día cuando sus ojos negros se posaron en los míos algo dentro de mí me dijo que él sería mi amor eterno, solo que no estaba preparada para semejante sentimiento, tan potente como una bomba nuclear.

Hoy, ocho largos años después, lo amo más que antes, más que ayer, más que siempre.

Alejandro parece venir de la cocina, se detiene ante la pequeña comitiva, de inmediato me mira y la taza con un líquido humeante que tiene en su mano derecha cae al piso en cámara lenta.

¡Dios! Esto parece irreal. Un milagro.

Sigue siendo él, excepto que se encuentra más delgado, sus pequeños músculos se mantienen, una barba de días lo acompaña y sus ojos negros parpadean rápidamente, al parecer no cree lo que ve a través de ellos, todo desaparece ente nosotros: mi familia, su hermano, la casa, solo hay un cielo estrellado envolviéndonos.

Mi pecho se acelera porque quiero correr hacia él, pero algo me detiene, así que es él quien se dirige hasta mí lentamente, en segundos lo tengo enfrente, su aliento a escasos centímetros de mis labios, sus manos me toman el rostro con adoración y con sus dedos pulgares acaricia mis mejillas, yo cierro los ojos y... siento sus labios sobre los míos, suaves, deliciosos y

pausados.

El corazón me duele de una manera que no puedo explicar, es por tenerlo de nuevo junto a mí, es como si mi corazón hubiese necesitado de algo más que lo hiciera trabajar como se debe, en perfecto orden, lo que sucede es que su otra mitad ya está de vuelta y ahora vuelve a ser un solo corazón. Me guindo a su cuello y él me abraza fuerte, muy fuerte y quiero detener el tiempo aquí junto a mi amor. Lágrimas resbalan por mis mejillas imparables.

—¿Mami?

Esa vocecita, ella es la que me saca del momento mágico que estoy viviendo, abro los ojos y detengo el beso. Alejandro me mira confundido y baja la mirada, detrás de mí.

Valentina Alejandra, nuestra hija de siete años, nos observa con inocencia.

Aquella tarde de picnic que hicieron en la antigua casa de mis padres, en donde me dieron asco unas hamburguesas y por las cuales vomité hasta perder el sentido, supe de mi pequeña.

No me pregunten cómo se dio mi embarazo, porque todavía lo sigo haciendo yo. Alejandro, se cuidó durante esos tres días felices luego de nuestra boda.

A veces creo que fue el propio Dios, quien la envió a ella para no dejarme volver loca, para que tuviera un motivo para seguir, por el cual luchar y guerrear, y que mejor y más grande motivo que el de un hijo.

Ya en el hospital los médicos hicieron pruebas y demás encontrándose con mi pequeño bultito mágico de ocho semanas, los médicos se asombraron porque su corazoncito latía tan rápido como un tren a toda velocidad, mi cuerpo estaba a rebosar de medicamentos para la depresión, dosis fuertes y letales para ese ser chiquitito, sin embargo allí estaba ella, mi guerrera, mi niña valiente, peleando por su vida y luchando con sus manitas diminutas, mi campeona, siete meses después llegó al mundo mi Valentina. Por ella decidí seguir adelante, si ella tuvo fuerzas para pelear conmigo y que la dejara vivir, yo no debía hacer menos.

Ha sido mi luz, mi cordura, mi guía, mi paz, mi armonía, mi pequeño pedacito de felicidad, por ella valió la pena seguir viviendo.

Yo me hago a un lado para que su padre pueda verla bien, han sido años sin saber de ella, de su existencia, espero esto no lo impacte. Mamá no quería que la expusiera, pero ahora las cosas son diferentes.

Le tomo una de sus manitas y me agacho para estar a su altura, la observo, tiene el cabello como el mío y el rostro de su padre, lleva un vestidito marinero con medias blancas y zapatillas negras, su cabello liso está suelto, desde que tuvo uso de razón le hablé de su papá, ha visto sus fotos así que lo conoce perfectamente, excepto que no le había mencionado que estaba "muerto" esa parte la reservaba para cuando fuera una adolescente, por ahora, ella lo creía de viaje en un país lejano. Le hablo cerca, sonriendo al ver sus cachetes como algodones de azúcar rosa.

—Valentina... él es tu papá, ya lo conoces, lo has visto en fotos. —Ella levanta sus ojitos negros hacia él, le sonrío risueña y Alejandro cae de rodillas a sus pies, comienza a llorar y la toma entre sus brazos, parece que quiere absorberla, la besa en su cabecita, mejillas, manitos.

Mi esposo me tiende una mano y así nos abraza a las dos, mi llanto empieza de nuevo, por fin juntos los tres... gracias Dios, tu tiempo es perfecto.

Mi hermano y Arturo lloran también, es una escena que nos conmueve a todos. Me siento libre, puedo respirar mejor y siento que estoy completa. Luego de un interminable momento, Alejandro y yo nos calmamos, nos ponemos en pie ayudando a nuestra princesa, sin embargo, Alejandro la carga, no quiere despegarse de ella y Val se engancha a su cintura con sus piernitas, le da un beso en la mejilla y con una sonrisa que amo, le habla.

—Te extrañé muchísimo, papito. Te quiero. —Mi esposo llevado por las mil emociones cierra los ojos y coloca su rostro en la cabecita de nuestra niña quien se acurruca en su hombro.

—Dulce amor... ¡Dios! Las amo, las amo, las amo... creo que esto es un sueño... tú, ella, yo pensaba que habías muerto en aquel accidente, bueno, eso fue lo que mi ma... ella me dijo. —Aprieta los labios con fuerza tragándose las lágrimas—, ¿cómo pude creerle?, ¿sabes? nunca te creí muerta, no entendía eso, aquí en mi pecho algo me decía que permanecías en este mundo, simplemente pensé que me había vuelto loco, que era una manera de tenerte conmigo creyendo que estabas viva. Y mírate, lo estabas y mejor aún, con nuestra hija.

—¿Por qué le dices a mami, dulce amor, papito? —Pregunta esa vocecita llena de ternura. Mi esposo suelta una carcajada que me llena el alma.

—Porque ella es dulce, mi princesa hermosa. Y ahora tú serás mi dulcito de amor. —Le pellizca la pequeña nariz como solía hacerlo conmigo y ella ríe despacito, besa de nuevo a su padre, lo ama desde que le mostré una foto de

él. Alejandro me da un beso corto, pero cargado de sentimiento, luego observa, enternecido, impresionado a su hermano menor. —Gracias, Arturo, gracias hermano por traer de nuevo a mi vida, la felicidad.

—Isabella y tú se merecen estar juntos, hermano. Por eso desde que preguntaste por ella, me juré buscarla. Me tomó un año, pero gracias al cielo lo logré. —Me aproximo a mi cuñado, para abrazarlo con fuerza, gracias a él, volvemos a estar juntos mi esposo y yo.

—Muchas gracias, Arturo. Siempre te he querido desde que te conocí y pese a la madre que tu hermano y tú tienen, eso no les afectó su forma de ser o su crianza, gracias al cielo por eso.

Los presentes en la sala sonreímos ante esto último.

La puerta se abre, son ellos, los padres de Alejandro. Aunque me tenso, me mantengo firme, sin embargo, trato de quitarle la niña a Alejandro, pero él se niega. Su padre tiene los ojos como platos al igual que ella, están mirando a nuestra hija y están armando el rompecabezas en su cerebro.

Valentina abre su boquita, color rosa.

—¿Ellos son mis otros abuelitos, mami? —Alejandro la aferra más a él, parece un león cuidando de su cría. Y algo increíble sucede, su madre comienza a llorar y no quita los ojos de mi bebé, la mira con... ternura.

—Se parece tanto a ti cuando eras un niño, Alejandro, tiene tu... misma carita. —Intenta acercarse, Alejandro y yo retrocedemos, César reacciona como siempre ha querido delante de esta señora.

—No creo que pueda tener el privilegio de acercarse a mi sobrina, usted misma la quiso lejos, usted separó a sus padres, usted ha causado años de dolor y sufrimiento, de sueños rotos y esperanzas perdidas... usted no se ha ganado el privilegio de disfrutar de esta hermosa niña que es el fruto de ese amor que usted siempre odió... creo que estoy siendo justo. —Nadie dice nada, todos miran en diferentes direcciones, me he equivocado al pensar en la reacción de sus padres, sobre todo la reacción de ella, al verla así, en ese papel cariñoso, en ese papel de abuela el panorama es otro, la perdono en mi mente, pero no se lo digo, no ahora, más adelante cuando mi corazón se encuentre totalmente recuperado y pleno, quizá.

»Debemos irnos, tenemos un vuelo que tomar, ¿Isa? —Me apresura César, yo asiento y salgo sin decir nada, Alejandro me sigue con nuestra hija en brazos, ni siquiera se despide de sus padres. Arturo al parecer también nos acompañará de regreso, es que desde que vio a su sobrina no se le ha

despegado, durante el vuelo estuvo jugando con ella de lo más encantado.

—Lo siento, mamá, papá, pero quiero estar unos días con mi sobrina y mi hermano, también con Isa, estoy de vacaciones y creo que es el mejor momento para estar con ellos.

Sus padres asienten con miradas tristes, ni modo, esto no es nada comparado con lo que yo viví, pero mi corazón no es orgulloso, para poder seguir caminando a nuestro maravilloso futuro necesito olvidar y perdonar.

El vuelo de regreso es feliz, feliz, muy feliz. Yo lo estoy con mi esposo, mi hija, la familia completa al fin, ni en sueños imaginaba semejante regalo del cielo, estoy profundamente agradecida por esta enorme bendición, por tenerlos a los dos a mi lado.

«Tu tiempo es perfecto, Padre, si debíamos pasar años de dolor para sentir esta felicidad plena, pues valió la pena.»

En casa de mis padres todo es una algarabía, brindis, una fiesta a la vida, por estar juntos de nuevo, mamá no ha parado de llorar. Valentina, no se despega de su padre y Arturo no se despega de ella, es muy gracioso.

Es hermoso ver todo esto, mis amigas con sus esposos, sus niños, mis padres, mi hermano con su esposa e hijo, mi cuñado, mi hija y... de nuevo mi esposo.

Ya es entrada la madrugada y cada quien se ha ido despidiendo, mamá me sugiere que la niña y Arturo se queden unos días con ellos porque mi esposo y yo necesitamos recuperar el tiempo, sonrío picara y yo estoy colorada.

—¡Mamá!

—No has cambiado en ese aspecto, si Iveth estuviera ahorita acá gozaría contigo, lástima que ya se fue.

—¡Que tremenda eres!

—Se le llama hacer el amor, Isabella.

Le sonrío con ternura.

—Mamá... gracias por ser mi amiga, mi madre, mi todo, sin ti no lo hubiese logrado.

Me acerco para abrazarla por largo rato, creo que voy a llorar, pero le ordeno a las lágrimas retroceder. Terminamos de limpiar la cocina y nos dirigimos a la sala, mi princesa se ha dormido en los brazos de su padre, me detengo deleitándome con ese momento único, busco mi celular y les tomo una foto que desde ahora se convertirá en mi fondo de pantalla.

Él me sonrío tiernamente, le digo que es hora de irnos a mi departamento,

asiente, le pido que me siga para dejar a nuestra hija en el cuarto que mis padres le decoraron para ella, era mi antigua habitación.

—¿Tenemos que dejarla? Pregunta con tristeza.

—Mamá lo sugirió. Dice que necesitamos... recuperar el tiempo —no puedo evitar sonrojarme y él asiente con mirada cargada de brillo.

—Realmente tenemos mucho tiempo que recuperar, hablar, son tantas cosas mi amor... No puedo creer aún que te tenga conmigo y que tengamos una hija hermosa.

A mi esposo le ha costado dejar a nuestra hija en casa de mis padres, sin embargo comprende que necesitamos tiempo a solas, y por otro lado su hermano Arturo, estará feliz compartiendo con Valentina, algunos días.

Llegamos a mi apartamento y Alejandro no ha conversado mucho, se encuentra muy pensativo, sus ojos vagan por toda la sala, sonrío.

—Tienes un lindo departamento.

—Mónica me ayudó a escogerlo, es agente inmobiliario. Iveth me ayudó con la decoración y... ¿a que no adivinas de quién son esos cuadros? —Le digo apuntando con un dedo a una de las paredes de la sala, él agudiza la vista.

—¡Vaya, Jonathan! —dice con media sonrisa.

—Ese mismo, y obtuve un pequeño descuento por ser su amiga. —Comienzo a reírme fuerte por mi propio comentario, pero él no lo hace, solo me mira hipnotizado. Me preocupa su manera de ser ahora, como se está comportando, parece retraído, bajo la mirada—, Ale... yo...

No termino la frase porque él se lanza hacia a mí como un lobo hambriento, me pega a la pared y empieza a besarme con ferocidad, le correspondo, nuestros besos son sonoros, fuertes, cargados de lujuria y pasión, me abre la blusa de un solo golpe, rompe mi sujetador como un animal salvaje.

—Te amo, Isabella —dice con voz ronca—, te amo, pero esta noche te deseo tanto que creo que las horas no nos alcanzarán para amarte como se debe.

—Te amo... yo también te deseo con todo mi ser...

Y así nos desvestimos como locos desesperados, él rompiendo todo a su paso y yo siendo más sutil. Cuando por fin estamos como Dios nos trajo al mundo, allí mismo de pie y pegada a la pared me hace suya, al principio siento una pequeña molestia y él se detiene.

—¿Te hago daño? —Pregunta entre jadeos.

—No... es solo... el tiempo —respondo de igual forma.

Ríe como tonto y yo le muerdo esos labios carnosos que tanto me hicieron falta. Y de esa manera nos amamos, entregándonos completamente el uno al otro, siendo uno solo, haciéndonos invencibles luego de diez tantos años separados forzosamente.

Llevamos tres días encerrados en mi apartamento el cual parece un campo de batalla, hemos hecho el amor por todos lados, solo hemos parado para comer y hacer las respectivas necesidades y bañarnos juntitos.

Siento que voy explotar de tanta emoción que siente mi pecho. Justo ahora al fin estamos en la gran cama de nuestro cuarto, fue el único lugar donde no habíamos estado, no hemos usado ropa, ¿para qué? estoy sobre su pecho somnolienta y agotada, tanta actividad me tiene agotada, sin embargo basta que él ponga un dedo sobre mi piel y mi cuerpo reacciona.

—Eres malo, por tu culpa me he vuelto adicta a tu cuerpo —susurro con un pequeño bostezo. Él tiene una de sus manos en un sitio muy vulnerable, la mantiene quieta, pero cuando la mueve me activo.

—Estamos a la par, amor. Me he vuelto adicto también, me declaro esclavo de tu cuerpo. —Suelto una risa ahogada.

—¿Alejandro?

—Dime, dulce amor...

—¿Crees que esta vez sí logremos estar juntos? —Él suelta un suspiro, me toma del mentón para penetrarme con esos ojos negros que son solo míos.

—Total y absolutamente seguro, mi hermosa. Te amo, Isabella, desde siempre... fueron ocho años y aún te amo más, saldremos adelante, ya tuvimos suficiente intromisión del jodido destino.

—Igual yo, amor, te amo tanto, mucho más ahora, tantos años sin ti a mi lado... Valentina fue mi motorcito, sin ella no creo haberlo logrado.

—Por eso te amo todavía más, me has dado una hija, es increíble que te haya recuperado y también tenga una hija, es... extraordinario.

—Ella es nuestro regalo de Dios.

—Me duele que hayas pasado por tanto dolor, Isabella. Al menos yo estuve en coma, donde no sentía nada, pero sí recuerdo soñar contigo a cada instante.

—Ya tendremos tiempo de hablar de tantas cosas...

—Así es, dulce amor, por otro lado deseo retomar la universidad, graduarme, trabajar.

—Y lo vas a lograr, yo estaré a tu lado, ¿sabes? antes pensaba que en la

vida nada es eterno... pero al haberte recuperado de nuevo esa idea ha cambiado.

—¿En qué sentido, amor mío?

—En que todo es eterno si se mantiene vivo en tu corazón.

6 meses después...

Los mareos se han calmado al igual que las benditas náuseas, este nuevo bebé es tremendo, mucho más que mi Valentina.

Tengo cuatro meses de embarazo y es un varoncito, Alejandro y yo estamos muy felices, con mucha ilusión, sobre todo él, porque esta vez se encuentra a mi lado, y va a poder disfrutar a plenitud de mi embarazo, el anterior no estuvo allí porque alguien no lo quiso, nos impidió el estar juntos, aunque ella no tuvo culpa de aquel terrible accidente, sin embargo las cosas no se hubiesen dado de ese modo, una boda apresurada por el odio de ella hacia mí... en fin, ya la perdoné, a Alejandro aún le cuesta dar ese paso.

Arturo es quien se encarga de llevar a Valentina a casa de sus abuelos paternos una vez al mes y siempre lo acompaña mi hermano Gabo, por petición mía. Mi princesa por ser una niña no está enterada de nada de toda esa pesadilla que nos hicieron vivir sus abuelos paternos, es ajena a eso, ella le encanta visitarlos y ellos... estoy impresionada del amor que le profesan a mi hija y eso para mí es mucho más de lo que puedo esperar de ellos.

Hoy es mi cumpleaños, 29 de septiembre, me hago la *desentendida*, pero sé que mis amigas junto a mi esposo traman algo, es imposible que me oculten cosas, las llamadas, mensajes, tienen todo cronometrado, incluso nuestra princesa está confabulada con su padre, estoy muy curiosa al respecto, mi esposo desde que regresó a mi vida no deja de sorprenderme con regalos románticos, es lo que más adoro de él, aunque en realidad lo adoro por completo.

Alejandro, salió muy temprano con Valentina, me dijeron que me vistiera muy linda hoy y esperara por ellos para mi regalo de cumpleaños. Escucho el sonido de un auto, estoy en los muebles de la sala recostada esperando paciente, me froto mi pequeño vientre abultado.

—Arriba Alejandro, papito y tu hermana llegaron. —Me coloco de pie con sumo cuidado y avanzo a la puerta para recibirlos. Nos mudamos hace dos meses a una casa más espaciosa por el nuevo bebé, es un sitio tranquilo y bonito, mi querida Mónica me ayudó de nuevo esta vez.

—¡Hola, mis rayos de luz! —Los saludo feliz, ellos son mi razón de vida. Mi esposo me guiña un ojo y me besa en los labios.

—Hola, dulce amor... bien, no hay tiempo, necesito vendarte esos ojitos que amo y colocarte unos audífonos. —Lo miro desconcertada.

—¡Sí, mami! Se nos hace tarde. —Nuestra hija da saltitos muy entusiasta.

—Ay por Dios... está bien, estoy siendo secuestrada por lo que veo. —Río sin parar, mi esposo me gira y me venda los ojos, me besa el cuello y me estremezco.

—Calma, hermosa, en la noche serás solo para mí —susurra en mí oído. Yo trago nerviosa.

Llegamos a un sitio, me suelto uno de los audífonos, hay mucho ruido, autos, gente, algarabía.

«¿Será que invitaron a toda la ciudad a mi cumpleaños? » me pregunto mentalmente.

Ya no insisto en preguntar a donde me llevan, cada vez que lo intento me regañan y obligan a colocarme los audífonos justo como lo están haciendo ahora.

Alejandro no me suelta, me guía con sus manos en mis hombros y nuestra hija me lleva tomada de una de sus manitos, subimos poco a poco unas escaleras y de repente me quitan la venda y los audífonos. Mi mandíbula cae al piso.

—¡Oh, Dios!

Me encuentro en una escenario frente a una multitud impresionante, a uno de mis costados mis amigas y en el centro del escenario mi grupo de siempre, los *Backstreet Boys*. Sabía de su concierto en la ciudad, me dio entusiasmo, le comenté a mis amigas y cuñada para asistir, pero todas dijeron que no podrían ¡Ahora sé por qué!

—¡Bienvenida de nuevo, Isabella! ¡Feliz cumpleaños...! Esta canción es para ti... *The One*.

I guess you were lost when I met you, Still there were tears in your eyes

So out of trust and I knew, No more than mysteries and lies

There you were, wild and free, Reaching out like you needed me

A helping hand to make it right, I am holding you all through the night

I'll be the one, I'll be the one, Who will make all your sorrows undone

I'll be the light, I'll be the light, When you feel like there's nowhere to run

*I'll be the one, To hold you and make sure that you'll be alright
'Cause my faith is gone, And I want to take you from darkness to light
There you were, wild and free, Reaching out like you needed me
A helping hand to make it right, I am holding you all through the night*

Y mis lágrimas comienzan a salir, es inevitable no hacerlo. Abrazo a mi esposo quien sostiene en brazos a nuestra princesa y Alejandro comienza a cantarme al oído.

Me necesitas como yo te necesito.

Podemos compartir nuestros sueños.

Puedo enseñarte lo que significa el verdadero amor.

Solo toma mi mano, nena por favor. Seré el único. Seré la luz.

Donde puedes correr para estar bien.

Seré el único. Seré la luz. Donde puedes correr.

Sentada sobre una mecedora, me balanceo despacio con mi pequeño bebé en brazos. El pequeño Alejandro, es un bebé encantador, bien portado y muy tranquilo. Ya tiene tres meses, nació por parto natural, a diferencia de su hermana, ya que para ese entonces, me encontraba muy débil, deprimida por la supuesta muerte de mi esposo y vulnerable por completo, así que el ginecólogo optó recomendar una cesárea, por el bien de mi hija y el mío propio.

Beso la cabecita de mi niño, su cabello huele delicioso, como todo él. Se ha quedado dormido hace unos minutos luego de tomar su leche materna. La casa se encuentra en total silencio, aunque no falta mucho para que lleguen ellos, el resto de mi felicidad: mi esposo e hija. Alejandro, debe recoger a Valentina en el colegio, ella cursa el primer grado, es muy aplicada mi princesa. Mientras que mi esposo, inició sus estudios en la universidad, lo hace por las noches, así lo quiso, porque durante el día, trabaja como contador en el restaurante de Iveth y su esposo, Alejandro es muy bueno con los números y aunque no tiene un título de contador, no es necesario, hace un trabajo impecable.

Él no tiene necesidad de trabajar, con mis ahorros podríamos vivir tranquilamente durante un buen tiempo, sin embargo, a mi esposo eso de estar en casa todo el día sin nada que hacer, no le agradaba del todo, los fines de

semana estaban bien para él, pero toda la semana lo mantenían irritado, no le parecía y en realidad no es que no hiciera nada, casi todo el tiempo me ayuda con nuestros hijos y quehaceres del hogar. Cuando noté que necesitaba trabajar, Iveth casualmente me comentó que le urgía un contador y Alejandro, que se encontraba cerca y nos había escuchado, pidió una prueba para ver si se estaba apto para el puesto y si, lo está, tanto, que Iveth le ha pedido que no los abandone cuando termine su carrera de Ingeniería Civil.

Alejandro, es un hombre excepcional e incomparable. Se ha adaptado de nuevo a una vida “normal” como él mismo lo dice, porque para él, realmente se sentía muerto cuando creyó que yo lo estaba. Ambos vivimos lo peor que le puede pasar a una pareja:

El que alguien más intente destruir un amor al precio que sea sin importar el daño que cause. Sufrir por culpa de la oposición de otros.

Gracias a Dios, a la vida misma, no pudieron romper nuestro lazo inquebrantable de amor. Alejandro y yo peleamos y enfrentamos una dura batalla con nosotros mismo, porque nos encontrábamos débiles al sabernos lejos el uno del otro, al creernos muertos. Peleamos una batalla con su propia madre. Resulta increíble que algunas veces, tu propia sangre te lastime al punto enfermizo de creer que te hace un bien.

Lo logramos. Vencimos y no nos cansamos de agradecer cada que podemos a Dios, por ayudarnos a reencontrarnos y a redimirnos del dolor, y por iluminar de nuevo nuestras vidas.

Aprendimos de una forma horrible que en este mundo, algunos vivimos momentos crueles, dolorosos, pero, necesarios para valorar lo que realmente se ama, lo que es realmente importante.

Puedo decir con orgullo que Alejandro y yo somos sobrevivientes. Que la vida nos regaló y concedió milagrosamente una segunda y extraordinaria oportunidad para continuar amándonos; ese amor que consideramos especial con su propia luz mágica, una luz que se ha duplicado muchísimo más gracias a nuestros dos potentes milagros: nuestros hijos.

El verdadero amor nunca muere, eso lo sé ahora. Puedes seguir tu vida, intentar resurgir, conseguirlo, pero, a esa persona que amaste de una forma única, siempre la vas amar eternamente.

Gracias, Alejandro, por tu incondicional amor, por amarme tal y como era, por seguir haciéndolo. Por enseñarme: a amar, a confiar en mí respecto a mi peso, a luchar por mis sueños, a creer en lo imposible, a ser valiente y

a no perder la fe. Gracias por nuestros dos hijos, gracias por ser como eres y gracias a Dios, por bendecirme contigo.

FIN



Agradecimientos

A mi Dios, Padre Celestial, por iluminarme y guiarme cada día, a mi esposo Luis por soportar dormir solo incontables noches mientras yo escribía, a mis dos hermosos hijos, Victoria Isabel y Luis Carlos por el grandísimo apoyo y paciencia, por comprender que era hora de que mamá dedicara tiempo a lo que le apasiona.

A mi querida amiga y hermana Nena, por ser mi luz, y la primera lectora de esta historia, y por convertirse en mi empuje, por su incondicional y constante ayuda a diario, nunca se cansa de darme porras.

A mi querida amiga, Carolina, quien se ha convertido en una hermana, por motivarme a escribir esta historia y cerrar un ciclo.

A mis maravillosos padres, María y Javier y mis grandiosos hermanos, Javier, Gilberto y John por ser mis luces en la bruma.

Y finalmente a una extraordinaria e inolvidable amiga que partió mucho antes; de ella aprendí que las grandes amistades se mantienen vivas a través del tiempo y que estas, nunca jamás mueren.

Sobre la autora



Katerine Leal, nació en Colombia y vive en Venezuela desde los cuatro años, es la mayor de tres hermanos. Desde pequeña escribe, ama hacerlo, pero esto ocurrió porque era muy tímida para expresarse delante de los demás y prefería hacerlo escribiendo, luego el amor por la lectura se presentó un día cuando era muy joven, al leer una historia de Corín Tellado, quedó *flechada* y desde entonces lee todo tipo de historia siempre y cuando su género sea el romance.

Madre alcahueta de dos hijos, sus motores de vida, esposa enamorada y una soñadora incorregible, graduada en Licenciatura Ambiental, carrera que luego de estudiarla, admitió que no era lo *suyo*, en realidad quería ser, maestra.

Posee varias historias en la plataforma de Wattpad por medio del usuario @kaylivilu

Su sueño más grande: ver alguna de sus novelas en una librería.

Katerine Leal